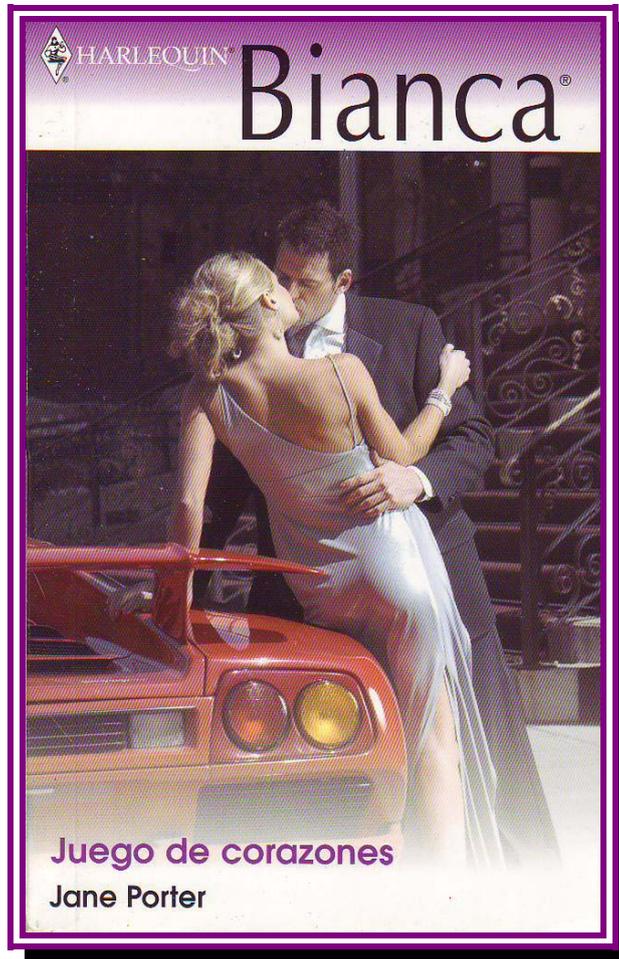


Juego de corazones

Jane Porter



Juego de corazones (26.7.2006)

Título Original: Taken by the highest bidder (2005)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1687

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Carlo Belluci y Samantha "Sam" van Bergen

Argumento:

¿Habría comprado a aquella bella baronesa inglesa para acostarse con ella?

Samantha van Bergen había sido vendida al mejor postor, el sexy piloto de carreras italiano Carlo Belluci.

La inocente Sam temía que Carlo quisiera seducirla, pero no tardó en descubrir que la deseaba por un motivo secreto... y acostarse con ella no era más que un extra...

Capítulo 1

El marido de Samantha van Bergen había desaparecido. Una vez más. Pero afortunadamente, Sam sabía dónde estaba.

Sabía dónde encontrarlo cuando no volvía a casa después de varios días.

Mientras subía las escaleras del Gran Casino de Montecarlo, pensaba que se trataba de una batalla entre ellos, una batalla que estaba perdiendo.

Johann siempre había sido un jugador compulsivo, pero hubo un tiempo en que ganaba algo. Antes solía alejarse de las mesas cuando las cosas se ponían feas. Pero ya no lo hacía. Se quedaba allí sentado, perdiendo y perdiendo.

Cuando se abrió la puerta del salón privado de categoría VIP, Carlo estaba sentado tomando una copa en su mesa favorita. Molesto por la interrupción, miró hacia arriba, pero su enfado se disipó rápidamente cuando reconoció a la bella y rubia Samantha Van Bergen, más conocida como la baronesa de Bergen.

Jugó una mano y la miró. Había algo en aquella joven inglesa que le fascinaba. No sabía por qué. Sólo la había visto una vez, pero le causó tanta impresión aquella noche seis meses atrás que no la había olvidado.

La primera vez que la vio también había sido en el casino. Carlo al igual que todos los hombres en la sala se había girado para mirarla.

La baronesa era pequeña, delgada y bellísima. Tenía una cara ovalada, muy delicada, el pelo rubio, y con rizos largos que le daba un aire angelical. Había muchas chicas guapas en aquel lugar, pero su expresión seria le había hecho pensar.

Miró a la joven baronesa mientras ésta permanecía de pie, sin ningún indicio de nerviosismo o inseguridad en su rostro. Cuando se acercó a Johann van Bergen, su expresión era de pura concentración, una demostración de preocupación profunda.

Carlo estaba seguro de que aquella debía de ser la misma expresión de Juana de Arco antes de entrar en batalla.

A Carlo nunca le había caído bien Johann y jamás le caería bien. Se había sentado en aquella mesa a propósito para jugar contra el barón. Había descubierto unos meses atrás que Johann van Bergen no sabía jugar a las cartas, ni apostar, y que tampoco era capaz de abandonar una partida cuando lo estaban desplumando. Y aquella noche, sin ninguna duda, lo estaba desplumando.

Carlo recogió unas fichas, y las lanzó sobre la tapicería igualando la apuesta de doscientas cincuenta mil libras. No era una apuesta pequeña, pero tampoco de las grandes. Aquella noche ya se habían jugado más de cinco millones de libras. Y una vez más, Carlo había vuelto a ganar a Johann.

Con los ojos entrecerrados, la observaba. Samantha se acercaba a la mesa justo cuando uno de sus rizos largos se cayó hacia adelante sobre su pecho. Envidió aquel rizo. Sintió el deseo de enroscarlo alrededor del dedo y jugar con él, para después dejarlo caer entre los pechos de ella.

Entonces levantó su vaso para dar un trago a su whisky. Aquel trago permitió que el deseo ferviente que sentía hacia Samantha se disipara un poco. Ella le hacía sentirse curioso, carnal y posesivo.

Se inclinó sobre el costado de Johann y colocó una mano en el muslo de él.

La mano de ella no debía estar sobre el muslo de Johann sino en el suyo. Carlo se imaginó besándola hasta que los labios y lengua de ella se ablandaban debajo de los suyos. Se la imaginó desnuda en su cama, sus miembros suaves contra los suyos.

Pero su Juana de Arco rubia tenía que cumplir una misión, y no hacía caso a nadie excepto a Johann, al que hablaba en tono suave. Carlo no podía oír lo que le decía a Johann van Bergen, pero el barón se limitó a contestarle con voz seca y fría:

—Vete a casa, allí es donde deberías estar.

Pero no se marchó. Continuó susurrando a la oreja de Johann, palabras urgentes que sólo el barón podía oír, palabras que sólo le enfurecieron más.

—No necesito una madre —dijo secamente—. Ya tuve una. Y a ti no te necesito. Tú no has hecho nada por mí.

Samantha se sonrojó y se repuso de aquella humillación dolorosa de la forma más digna que pudo. Sin decir nada, se quitó la capa que llevaba puesta y se la entregó a uno de los caballeros que esperaba junto a la puerta. Después acercó una silla y se sentó detrás de Johann.

Durante la siguiente media hora, Carlo la observó. Le gustaba mirarla. La última vez que la había visto hacía seis meses, le había parecido extremadamente bella. Aquella noche sin embargo le pareció mucho más deslumbrante. La deseaba. Y la tendría tarde o temprano, aunque fuera la esposa de otro hombre.

Carlo lanzó las cartas sobre la mesa. A continuación se reclinó en su silla y se tomó tiempo para observar a aquella mujer. Porque él ya la consideraba suya. Tenía todo lo que él deseaba en una mujer; era joven, delgada, sexy y estaba casada. Que estuviera casada le resultaba aún más seductor.

La sensación de sentirse tentado le gustaba. Era agradable desear a alguien. Le hacía sentirse vivo y él sabía mejor que nadie que ya no sentía nada por nadie.

Pensó que el barón era estúpido por haberse casado con una mujer como ella para después ignorarla. Porque allí había mujeres bellas, pero la joven esposa de Johann no era la típica belleza rubia, era algo más refinada.

Decidió ver el farol que Johann se estaba marcando, y obligó al barón a enseñar sus cartas. Como en otras ocasiones, no llevaba nada.

A Carlo le costaba disimular su desprecio. Johann estaba echando su vida a perder con el juego. Él lo consideraba un estúpido. Un jugador debía entender cuáles eran los riesgos y aceptarlos. Pero Johann no era un jugador de verdad, no sabía arriesgar y tampoco sabía lo que era perder.

El por el contrario sí. Sabía lo que era ganar, y sabía lo que era perder, y lo último no le gustaba nada. Por eso no perdía nunca. Hacía tanto tiempo que no perdía, que casi lo había olvidado.

Pero aquella ligera sensación de amargura, la del perder, todavía le quemaba la boca, el corazón y le llevaba a arriesgarse más. A arriesgar y a ganar.

Para él era una sensación de conquista.

Sam estaba sentada detrás de Johann, mirando las nuevas cartas de su marido. Se preguntaba si él estaría tan nervioso como ella. No tenía absolutamente nada y sin embargo permanecía allí como si todas las cartas fueran ases.

«Dios mío, Johann, ¿qué estás haciendo?»

Ya habían perdido la villa. Las cuentas bancarias estaban a cero. Ya no quedaba nada que apostar. Disgustado, Johann lanzó sus cartas sobre la mesa, mostrando lo que llevaba. Nada. Sólo tres sietes.

Sam intentó ocultar su vergüenza. Tres sietes. Había perdido su casa con tres sietes.

Pero, ¿dónde estaba su sentido común? ¿Su instinto de supervivencia? ¿Por qué hacía tantas estupideces?

— Me retiro — dijo Johann.

Johann era un barón austriaco, un playboy que formaba parte del círculo social más alto de Montecarlo, y que mantenía su bronceado tomando el sol todos los días en la terraza de la piscina, normalmente con un cóctel en la mano.

— No me queda nada, Belluci.

Sam dio gracias a Dios de que hubiese terminado.

— Johann...

— Cállate — espetó él.

Ella se sonrojó y se mordió la lengua. Sabía que aquel hombre llamado Belluci la miraba y lo escuchaba todo. Sabía que Belluci la había mirado aquella noche, había sentido su mirada sobre ella varias veces y sus miradas duraban cada vez más. La hacía sentirse extraña. Hacía que ella se sintiera sola. Y totalmente vulnerable.

No quería sentirse así. Ni en aquel momento ni nunca.

Belluci sonreía perezosamente mientras dejaba sus cartas sobre la mesa.

— Tuviste una buena racha.

— Por poco te gano — afirmó Johann mientras pedía otra ronda para todos.

Las manos de Sam se cernieron sobre sus rodillas.

«Por favor, no más copas. No más alcohol por esta noche»

— Por muy poco — dijo Carlo.

De repente, por primera vez, Sam se dio cuenta de las trampas que Belluci le había puesto a Johann a lo largo de toda la noche, incitándolo a seguir, y lo odió por

eso. Pero, ¿con qué propósito seguía? Ya había despojado a Johann de todo. De su casa, de sus riquezas y su respeto. ¿Qué más quería quitarle?

— Por muy poco — asintió Johann.

Entonces Johann permaneció quieto estudiando al otro hombre.

— ¿Una mano más? — propuso picando el anzuelo.

— Johann. Por favor.

— Te he dicho que te calles — espetó Johann.

El calor le abrasaba la cara. Era humillante estar en aquel lugar suplicando a su marido que parara y le prestara atención. Pero estaba dispuesta a hacer todo lo que tenía que hacer para lograrlo. Estaba dispuesta a hacer lo fuese por la pequeña Gabriela.

— Johann — suplicó suavemente.

Johann la ignoró. Pero Belluci la miró, con una mirada calculadora que la atravesó. Una mirada que decía que él era despiadado y orgulloso, y que estaba sediento de sangre.

Ella se inclinó hacia delante y tocó el hombro de Johann.

— Johann, te lo suplico...

Johann le quitó la mano de su hombro con un gesto brusco.

— Vete a casa antes de que pida a Seguridad que te echen.

— No puedes continuar — susurró ella con la cara sonrojada.

Estaba totalmente aterrorizada. El futuro jamás le había parecido tan oscuro.

Johann miró sobre su hombro e hizo un gesto al guarda de seguridad que esperaba junto a la puerta de la sala VIP.

— ¿Le importaría acompañar a la baronesa hasta la salida? — preguntó con frialdad e hizo un gesto para que le sirvieran otro cóctel —. Desea marcharse.

Todos menos Johann la miraban, pero ella no se inmutó a pesar de que el guarda de seguridad ya la había agarrado por el brazo.

— ¡Esto no está bien! — gritó ella.

Pero nadie respondió. Podía sentir los ojos de Belluci sobre ella.

El guarda se inclinó.

— Por favor, madame.

Sam se puso de pie totalmente enfurecida.

— Si no te importo yo, por lo menos piensa en Gabby.

Él no contestó. Era como si ni siquiera la hubiese oído. En lugar de reaccionar, permaneció tranquilo bebiéndose el cóctel mientras el crupier repartía las cartas.

Uno de los guardas escoltó a Sam entre los sonidos de las máquinas tragaperras del casino. Ella odiaba los casinos, odiaba aquellos sonidos, los colores y las luces, todo aquel glamour falso que seducía a tantas personas.

Afortunadamente, el guarda de seguridad no la tocó, ni se dio prisa por echarla. No había ninguna prisa. Ella, al igual que los de seguridad del casino, sabía que lo que estaba pasando estaba ya fuera de su control. Nadie tenía el poder de detener a un jugador compulsivo. Montecarlo se había construido con el dinero de jugadores que no sabían controlarse.

Sam volvió al casco antiguo de la pequeña población a recoger a su hija, que se había quedado en casa de unos vecinos. La pequeña Gabby estaba dormida. La llevó en brazos hasta su casa y la acostó. Después bajó al salón, donde se sentó en uno de los sillones envuelta en una manta. La casa estaba fría, pero no podía subir la calefacción. Ya no podían permitirse esos lujos. No tenían dinero para nada.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, pero ella se presionó los ojos con las palmas de las manos para no llorar. No podía llorar. Sólo los niños y las personas débiles lloraban.

Pero algunas lágrimas cayeron de todos modos y burlaron el placaje de sus manos.

Todo aquello le parecía demasiado triste. Había hecho todo lo posible para darle a su hija Gabriela una vida mejor. Por eso se había casado con Johann, por eso había soportado tantos desprecios. Sam había hecho todo lo que estaban en su poder para mejorar la vida de su hija. Pero no había servido de nada. Johann estaba decidido a seguir jugando, bebiendo, a cualquier precio.

Después de un largo rato se quedó dormida finalmente y no se despertó hasta que oyó los pasos de Gabriela por las escaleras.

— ¿Dónde está papá? — preguntó la pequeña Gabby.

Gabby ya se había puesto el uniforme del colegio, era una niña de cinco años realmente bonita. Pocos días pasaban sin que alguien la detuviera por la calle para comentarle a Sam lo bonita que era la niña.

La madre de Gabby había sido una modelo española. Incluso había trabajado en algunas películas en España. Siempre había tenido la esperanza de marcharse a Hollywood a probar suerte, pero murió de forma trágica un año después de nacer Gabby. Había ciertos detalles sobre la muerte de la madre de Gabby que todavía no se habían esclarecido. Sin embargo, Gabby había heredado la belleza española de su madre.

— Qué buena eres. Ya estás lista — dijo Sam, poniéndose de pie y doblando la manta —. Tu papá ha salido y volverá enseguida.

— Hace días que no viene a casa — dijo Gabby en tono quejumbroso—. Y tú todavía llevas puesto el mismo traje que anoche.

— Anoche me quedé dormida en el sillón. Vamos a desayunar y después te ayudaré a peinarte.

Sam siguió hablando y distraendo a la niña hasta que llegaron al colegio, que estaba a medio kilómetro de la casa, pero después de despedirse de ella, sintió que sus defensas se venían abajo.

¿Qué iban a hacer a partir de aquel momento? ¿Cómo iban a arreglárselas? ¿Cómo iban a pagar el colegio de la niña? No tenían hogar, ni dinero, ni comida...

Sam no tenía nada propio, ni siquiera una cuenta bancaria. Cuando se casó con Johann, él dejó de pasarle dinero para sus gastos y el poco dinero que Sam había ahorrado a lo largo de aquellos últimos años ya se lo había gastado en Gabriela. Johann no comprendía que las niñas crecían y que había que comprarles ropa y juguetes nuevos.

Mientras regresaba andando a su casa, Sam se enfrentó a las realidades de sus vidas. Durante los cuatro años que había estado con los van Bergen, su vida no había hecho más que empeorar. Si hubiese tenido familia, se habría marchado con Gabby a vivir con ellos. Pero no le quedaba familia y había pasado la mayor parte de su vida y adolescencia en un orfanato de Chester. Había terminado el instituto a los diecisiete años y, con la ayuda de una beca de la parroquia, había ingresado en la Universidad de la Princesa en Manchester, pero incluso con la beca había tenido que trabajar a tiempo parcial para costearse los gastos.

Subió los cuatro escalones de su casa y entró. Justo cuando estaba a punto de desabrocharse el abrigo oyó la voz de Johann llamarla.

– Baronesa, si tienes un momento, me gustaría hablar contigo.

Ella se presentó ante él con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo.

– ¿Sí?

– Por favor, quítate el abrigo. Verte así de forrada me pone nervioso.

Sam se desabrochó los botones del abrigo lentamente y lo dejó sobre un sillón.

– ¿De qué quieres hablar?

Johann tenía una copa en la mano.

– He zanjado mi deuda con Belluci.

La nube oscura que colgaba sobre su cabeza se disipó de golpe. Se sintió hasta mareada de alivio y no pudo ocultar una sonrisa.

– ¿En serio? ¡Es maravilloso! ¡Me alegro muchísimo!

– Llegaré aquí dentro de una hora a buscarte. Sam suspiró fuertemente y después volvió a respirar.

– ¿Qué?

Pero Johann no le contestó. En lugar de eso un tenso silencio se instaló en la sala de estar. Sam contuvo la respiración, era incapaz de pensar, no entendía nada. Estaba segura de que Johann aclararía aquel malentendido.

Pero él no dijo nada.

– Di algo – dijo ella con la voz rota.

– Ya lo he hecho.

Sam sólo veía pequeñas lucecitas delante de los ojos. Aquello no podía estar ocurriéndole a ella. Seguro que lo había entendido mal.

– Entonces repítemelo.

– Me has entendido perfectamente la primera vez.

Sam no se podía creer que él hubiera hecho algo semejante. Había sido un jugador compulsivo desde que lo conoció pero aquello era impensable.

Sam dio un paso hacia él asustada antes de detenerse y dar otro.

– No has podido cambiarme...

Los ojos de Johann se abrieron fugazmente y él la miró con desprecio antes de reclinarsse aun más en el sillón.

– Te jugué y te perdí.

– ¿Me perdiste? ¿Cómo has podido perderme?

– Estas cosas ocurren.

– Explícame todo esto.

Él abrió un ojo y la miró, inspeccionándola.

– ¿Llevas un vestido nuevo?

– No. No podemos permitirnos ropa nueva, ¿lo has olvidado?

Johann gruñó y se cambió de mano el vaso.

– Mein Gott, me recuerdas a mi madre. Ella también era una cascarrabias.

Sam no se inmutó. Johann podía mofarse de ella si quería. Su matrimonio había sido de conveniencia de todos modos. Nada más y nada menos. A ella no le importaba lo que él pudiera pensar, como tampoco le había importado su opinión de ella cuando se casó con él. La única razón por la que se había casado con él era para proteger a la niña. Una niña que él rechazaba y descuidaba.

– No pienso irme con él – dijo ella –. Tendrás que buscar otra manera de saldar tu deuda.

– ¿Oh? ¿Ahora te haces la dura? Me pregunto si serías tan dura ahora si le hubiese ofrecido a mi hija en lugar de a ti. Gabriela, mi preciosa hijita.

Se rió por lo bajo y meneó los hielos dentro de su copa.

– Eso también lo pensé. ¿Y por qué no? Pero Belluci te quería a ti. No sé por qué. No tienes dinero, educación, contactos, ni familia. Eres británica. Aburrida. Y si me permites añadir una cosa más, eres frígida.

– No importa que yo sea frígida, ya que no tendrás la oportunidad de comprobarlo.

– Seguro que yo no. Pero no creo que él te quiera para otra cosa.

– ¿Y qué voy a hacer ahora?

– Carlo vendrá a buscarte. Ahora tú eres su problema y le deseo toda la suerte del mundo.

– ¡Johann!

– ¿Tienes que gritar? Me duele la cabeza.

Ella se inclinó hacia él.

– ¡Esto no tiene gracia!

– Lo sé. Pero lo he perdido todo. Mis coches, mis propiedades. Y ahora mi villa. Lo he perdido todo.

– ¿Por qué te lo jugaste todo?

– ¡Cielos, Sam! Tampoco es que haya matado a nadie. Todo ha sido un error.

Sam se quedó de piedra mirando al hombre que había sido su marido durante cuatrocientos sesenta y cinco días, y su jefe durante dos años. Era alcohólico, jugador compulsivo, mujeriego y el padre de una de las niñas más bonitas del mundo.

– ¿Y qué será de Gabby?

– No lo sé. No llegamos a hablar de ella.

– No permitiré que se quede aquí contigo. Si yo me marchó, Gabby se vendrá conmigo.

Johann dio otro trago a su copa que casi vació.

– Eso no depende de ti. No depende de nadie. Él decide. Él es tu dueño ahora.

¿Su dueño? Como si de un trozo de carne se tratara. ¿Una propiedad?

Su garganta empezó a hincharse de dolor. Siempre había sabido que Johann nunca la había querido y que sólo se había casado con ella para impedir que la familia de Gabby se la llevara, pero ¿por qué se mostraba tan cruel y fría con ella?

– ¿Vas a utilizar a Gabby para que me acueste con un hombre?

Sam se hundió en el extremo del sofá.

– A mí nunca me serviste.

Sam se sentía presa del pánico. Tenía veintiocho años y sabía perfectamente quién era, y Johann tenía razón. No era una mujer provocativa, ni siquiera sensual. A pesar del anillo de boda que llevaba en el dedo, no sabía nada de los hombres, del sexo ni del deseo. Siempre había creído que una mujer no necesitaba a un hombre, que no era importante ser o no sexy. Había estado sola tanto tiempo que no necesitaba a nadie, excepto a Gabby. Ella quería a Gabby con todo su corazón.

– Estoy dispuesta a aceptar, pero con una condición. Que me dejes adoptar a Gabby.

– No tengo ese poder de decisión.

Él se comportaba como si Gabby fuera una pelota de tenis. Estaba dispuesto a lanzarla en cualquier dirección, donde más le convenía.

— ¡Mentira! Tú eres su padre, su representante legal...

— Ya te lo he dicho, Sam. ¿Por qué no me escuchas? Carlo viene a por ti. Él te quiere a ti. Sólo a ti. ¿Lo entiendes?

Ella le escuchaba, pero no le entendía.

La idea de que un hombre la quisiera era incomprensible para ella y se quedó mirando a Johann tanto tiempo, que empezaron a dolerle los ojos, la mente y el corazón.

El barón Van Bergen era apuesto y resuelto. Egoísta, impulsivo e inmaduro. Y el padre de la niña más bonita del mundo, a la que ella amaba con toda su alma. Sam había trabajado de niñera para algunas de las familias más ricas del mundo y jamás había conocido a una niña como Gabriela.

— Quiero verlo — dijo ella —. Quiero verlo ahora mismo.

— Vendrá más tarde, Sam.

— No pienso esperar. Quiero verlo ahora mismo. Tengo que hablar con él...

— ¿Y qué va a decirme?

Se oyó una voz desde la entrada, y sin mirarlo, Sam reconoció su voz. Carlo Belluci. El diablo había llegado.

Capítulo 2

Sam sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo e indignada se giró hacia la puerta.

— ¿Cómo ha entrado? — preguntó ella.

— Con mi llave.

— ¿Su llave?

Carlo esbozó la misma sonrisa retorcida que la noche anterior.

— Esta villa es mía.

— Está loco — le contestó ella, clavando los dedos en el sofá, mirando a Johann—. Los dos estáis locos. No podéis jugaros vuestros hogares, a vuestras esposas y a vuestras familias.

Pero los ojos de Johann estaban cerrados, tenía la copa vacía sobre su pecho y Sam se giró violentamente hacia Belluci.

— No puede quedarse la esposa de otro hombre.

— Se puede si alguien se la apuesta.

— ¿Cuánto dinero le debe exactamente?

Aquel hombre era diez centímetros más alto que Johann, pero mucho más corpulento. Tenía hombros muy anchos y era musculoso.

— Ahora ya no me debe nada, baronesa van Bergen. Su marido ha pagado su deuda.

Ella ignoró el dolor que sentía en el pecho. Johann había pagado sus deudas con ella. Sabía que su marido no la amaba, pero usarla como moneda de cambio le pareció infame.

— Yo no estoy en venta, señor Belluci. Esto es un error...

— No hay ningún error — la interrumpió él suavemente—. Nuestros abogados se han reunido y hemos firmado los papeles. Le he perdonado su deuda. Así que tendrá que marcharse conmigo.

— ¿Marcharme con usted? — repitió.

— Sí. Puede que esté casada con Johann, pero ya no es su mujer. Ahora me pertenece a mí.

Ella lo miró en silencio, llena de miedo. Él parecía relajado y totalmente en control de la situación, así que intentó demostrar la misma calma.

— Señor Belluci, si me dice lo que le debemos, podríamos llegar a un acuerdo.

— ¿Eso cree?

Ella no era ingenua. Tenía veintiocho años y había trabajado de cuidadora durante más de diez. Sabía cómo eran los hombres. Tal vez hubiera algunos buenos,

pero la mayoría eran egoístas y ninguno era santo. —¿Qué le debemos? —preguntó con frialdad.

—No es una cuestión de dinero, baronesa.

—Siempre es una cuestión de dinero, señor Belluci.

Los ojos de él se transformaron y le lanzó una mirada cálida.

—¿No cree que podría ser por amor? Ella intentó reírse, pero no pudo.

—Pero ni siquiera me conoce, señor Belluci.

—Me gusta lo que veo.

—¿Mi pelo? ¿Mis ojos? —espetó ella con desdén.

—Eso no es amor. Eso es...

Pero su voz se cortó cuando sus ojos se cruzaron con los de él y vio algo tan intenso y explosivo, que aquella sensación de miedo se volvió casi mortífera.

—¿Qué, baronesa?

Sintió debilidad en las piernas, como si estuviese nadando en un agua gélida y densa. La cabeza le daba vueltas y por poco se desmayó...

—Indecente —replicó ella.

—Tal vez lo sea —contestó él, mirando su reloj—. Son las nueve. Enviaré un coche para que la recoja a las cuatro. Eso le dará tiempo para hacer la maleta y despedirse.

No pudo evitar mirar en otra dirección. Estaba aturdida. No tenía nada que guardar en una maleta, pero lo que más temía era decir adiós. Amaba locamente a la niña. La amaba como si fuera su hija.

—¿De verdad piensa seguir adelante con esto?

—Baronesa, su marido me debe más de diez millones de libras esterlinas. ¿Qué quiere que haga?

—¿Perdonárselas? —preguntó ella con esperanza.

Carlo hizo un gesto de impaciencia y sin embargo no pudo evitar sonreír por aquella gracia totalmente fuera de lugar.

—No sabe quién soy, ¿verdad?

—¿Debería?

Intentó hacer memoria, buscaba una clave de su identidad, pero su nombre seguía sin significar nada para ella.

—No. Lo único que necesita saber es que soy un mal perdedor. Odio perder y por eso no pierdo nunca.

El hombre se giró y se dirigió hacia la puerta. Durante un instante Sam se quedó paralizada.

Pero ante la posibilidad de tener que dejar a Gabby, de tener que despedirse de ella, tomó su abrigo y salió corriendo detrás de Carlo justo cuando éste se disponía a subirse a su coche deportivo rojo.

– No puede hacernos esto. Tengo que pensar en Gabby... – Ella no es su hija.

Sam lo miró y meneó la cabeza. Gabby era su hija, por lo menos en su corazón.

– Jamás la abandonaré.

– Baronesa, me esperan en el Hotel de París dentro de diez minutos...

– Entonces concédame diez minutos.

Sam se puso el abrigo.

– Lléveme con usted y hable conmigo por el camino.

– Luego no podré traerla.

– No me importa.

– Está bien.

Ella se subió en el asiento del copiloto y cerró la puerta.

– Volveré andando. No me importa andar. Pero tenemos que hablar de Gabriela. Es importante.

Carlo le lanzó una mirada dura antes de arrancar el coche y se alejaron de la casa.

– Hable. Tiene diez minutos.

Sam colocó las manos encima de sus muslos. Le temblaban las manos y su corazón latía incontroladamente. Tuvo que respirar profundamente para calmar los nervios. Dio gracias a Dios de que Gabby todavía estuviera en el colegio el resto de la mañana. Pensó que podría resolver aquella pesadilla antes de que la niña regresara a su casa a las tres.

Pero antes de que pudiera tener la oportunidad de hablar sobre Gabby, el teléfono móvil de Carlo sonó y, después de comprobar el número, lo descolgó. Fue una llamada larga y todavía estaba hablando cuando llegaron a la entrada del Hotel de París. Los turistas que se bajaban de los autobuses habían ocupado la plaza y hacían fotos del histórico Café Divan.

Mónaco siempre estaba lleno de turistas deseosos de visitar la casa del Príncipe Rainiero y su difunta esposa, la actriz de Hollywood, Grace Kelly.

Lo que ella quería y necesitaba era captar la atención de Carlo.

Cuando los mozos del hotel se acercaron al coche para atender a su dueño, Sam combatía las ganas de echarse a llorar. Aquel hombre no le había dado tiempo de explicarse.

Se sentía furiosa e indignada. ¿Qué clase de hombre sería capaz de separar a una mujer de su familia? ¿Qué clase de hombre sería capaz de aceptar a una mujer como premio?

Se dijo a sí misma que no debía perder el control. En lugar de perder los nervios, decidió concentrarse en la arquitectura de aquel lugar. El Hotel de París y el casino fueron construidos en el siglo XIX en una plaza con vistas al mar.

De repente, Carlo dejó de hablar y guardó su teléfono.

– Lo siento, pero...

– ¡No! ¡No! – dijo ella, nerviosa – . No pienso marcharme.

– Baronesa.

– Usted no lo entiende. No se trata de mí, se trata de Gabriela.

La expresión dura de la cara de él se ablandó un instante.

– No la estaba despidiendo, baronesa.

– ¿No?

– No. Iba a pedirle disculpas por la llamada. He pospuesto la reunión. Ahora tengo una hora libre para hablar de Gabriela.

Sam se sintió aliviada y avergonzada a la vez.

– Lo siento. No lo sabía. Pensé que... me estaba echando.

– ¿Echarla? Baronesa. Acabo de gastarme diez millones de libras en usted. Lo último que querría en este momento sería deshacerme de usted. ¿Le apetece entrar?

– ¿Señor Belluci?

– ¿Sí, baronesa?

Algo en su voz la hizo sonrojarse y dar un paso hacia atrás. Ardía un fuego en su interior. Él era un hombre duro y seguro de sí mismo y físicamente muy fuerte.

Y eso era lo que más nerviosa la ponía. Sam no estaba acostumbrada a tanta fuerza varonil y nunca en su vida había conocido a un hombre como Carlo Belluci. Era verdad que había estado casada dos veces, pero ninguno de sus maridos había ejercido tal poder magnético sobre ella.

– Sólo quiero que sepa que he venido aquí para hablar con usted. ¿Queda claro?

– Entonces comprenderá que, cuando una mujer decide levantar un muro, un hombre se siente tentado a derribarlo.

Ella sintió un calor repentino por todo el cuerpo y se ruborizó hasta las orejas.

– No intentaba provocarlo.

– Pero en eso reside su encanto, baronesa. Usted no tiene que hacer nada para provocarme – dijo él girándose ante los escalones de mármol del hotel y cediéndole el paso.

El portero saludó a Carlo y les abrió la puerta.

– ¿Lo conocen aquí?

– Vengo muy a menudo.

– ¿Celebra muchas reuniones aquí?

– Si quiere llamarlas reuniones.

Era una respuesta en clave, pero ella la entendió a la perfección.

– ¿Se reúne aquí con mujeres?

– Tengo una suite aquí.

– ¿Siempre?

– Cuando siento la necesidad de divertirme.

Seguramente quería decir que cuando tenía la necesidad de acostarse con una mujer. Ella se giró y miró el vestíbulo del hotel. Se sentía vieja y anticuada. Tenía veintiocho años y era célibe. Cuando Charles, su primer marido le propuso casarse, creyó que su vida cambiaría, que se convertiría en una esposa, madre y también en una amante apasionada. Pero su vida era distinta de lo que había soñado y se había convertido en una mujer cansada y preocupada.

– Puedo enseñarle mi suite, si lo desea.

– No, gracias – replicó, dirigiéndole una mirada furiosa.

Carlo se rió suavemente. Le gustaba la pasión que a veces demostraba aquella mujer. Se sintió aliviado al descubrir que no era tan seria. La noche anterior le había parecido llena de vida y agresiva, pero aquella mañana parecía muy inglesa y asustada.

A Carlo le encantaban las mujeres, pero no le gustaba verlas asustadas.

Él deseaba a Samantha, la quería para él, quería poseerla, pero no quería a un perrito asustado en su cama. Quería una mujer apasionada.

– Pero tendrá que verla. La pregunta es, ¿cuándo?

Sam le escuchaba y sin embargo su cerebro no conseguía entender lo que él quería transmitirle.

En lugar de eso veía los labios de él moverse, y la forma de su boca la fascinaba. Tenía una mandíbula poderosa y unas cejas negras y espesas. Los ojos eran de color avellana. Pero lo que más la fascinaba de él era que sus ojos estaban llenos de vida.

¿Había pasado tanto tiempo con Johann que había olvidado lo que era hablar con un hombre que la miraba y la escuchaba? ¿Había estado tan aislada durante los últimos cuatro años que había olvidado cómo se comportaban los hombres?

– ¿Cuándo cree que querrá verla, baronesa? Samantha pestañeó, sabía que se había perdido la pregunta que Carlo acababa de hacerle.

– No lo sé – murmuró.

Él hizo un gesto con la cabeza, se giró y empezó a atravesar el gran vestíbulo del hotel. Sam se apresuró a seguirle el paso. Él era alto, ancho de hombros y sus pasos eran largos, pero medidos.

– Tenemos que hablar – dijo ella casi sin aliento. Carlo apenas giró la cabeza para mirarla.

– ¿Sobre qué?

– Sabe perfectamente de qué tenemos que hablar. Esto es inhumano. No se puede jugar con la vida de las personas. Mucho menos con la de una niña.

El ralentizó sus pasos cuando llegó a una zona reservada con sofás de terciopelo rojos y azules.

– Yo no juego con la vida de las personas. Siempre he preferido el dinero en efectivo. Acciones. Propiedades. Lamentablemente a su marido sólo le quedaba usted para jugarse.

– ¡No tiene por qué ser tan falto de escrúpulos, señor Belluci!

Carlo enarcó una ceja y a Sam le pareció que aquella expresión era la del mismo diablo, si el diablo jugaba a las cartas.

– ¿Y por qué no?

– Porque usted es un caballero, señor Belluci.

Él esbozó una media sonrisa burlona.

– No debería suponer tanto. Podría estar equivocada.

Después, se sentó en uno de los sillones. Sam permaneció de pie junto a él, con la boca abierta. Ella pensó que estaba enfadado, casi tan enfadado como Johann.

– ¿Y qué pasa con Gabriela?

Él se encogió de hombros.

– ¿Qué pasa con ella?

– No puede permitir que se quede con Johann. No es un buen padre.

– Entonces puede quedarse con un familiar, alguien más apto para cuidar de ella.

– Es posible, pero no conozco a ninguno. Creo que la familia de su madre intentó quedarse con ella hace mucho tiempo, pero eso fue hace años. Ni siquiera sé dónde podrían estar ahora.

Él la estudió un minuto.

– ¿Entonces por qué no consiguió la familia de la madre de Gabby la custodia?

– Porque yo me casé con Johann para demostrar al juez que tenía una familia estable.

– ¿Aunque sabía que eso era mentira?

– Lo hice por Gabby, para protegerla. El juez nos otorgó la custodia. Gabby confía en mí, señor Belluci. Ella depende de mí. No puedo decepcionarla.

– Ni siquiera es su hija y, a pesar de eso, quiere protegerla.

– Alguien tiene que hacerlo.

Los ojos de Carlo se cerraron ligeramente mientras estudiaba su expresión.

— Usted la ama.

— Sí — dijo ella sin dudarlo un instante.

— ¿Y a su marido? ¿Lo ama tanto como a ella?

— He hecho todo lo que he podido para protegerlo. — ¿Y eso es lo mismo que amar?

— Es lo que es, señor Belluci.

La expresión de dureza en la cara de Belluci no cambió, y sin embargo Sam notó que algo había cambiado. Cuando él comenzó a hablar de nuevo, su tono de voz fue diferente.

— No me gusta su marido — dijo él—. Nunca me gustó su marido, pero ahora me gusta mucho menos.

— ¿Porque me apostó a las cartas?

— Después intentó venderme a su hija, la misma que se negó a entregar a su familia legítima.

La boca de ella se secó instantáneamente y se sintió como una marioneta.

— Él jamás haría algo así.

— Lo intentó. No le bastó con apostarla a usted. Quería cambiar a su hija por una de las propiedades que había perdido. La villa por su hija.

— No.

— Es la verdad.

— ¿Y qué dijo usted?

— Yo no compro a niños, baronesa.

Ella movió la cabeza aturdida. Sabía que Johann era egoísta, un jugador, un borracho, pero eso le pareció repulsivo.

— ¿Entiende ahora por qué no puedo permitir que se quede con ella? ¿Entiende ahora por qué debo protegerla?

— Baronesa, no tengo ninguna autoridad sobre ella. Sólo los tribunales pueden...

— ¡Yo sí puedo! ¡Yo soy su madrastra!

— Johann no lo permitirá. No mientras crea que pueda cambiarla por algo.

— ¿Cuál es el precio? — susurró Sam—. ¿Qué pide por ella?

— Tres millones. El precio de la villa.

— Yo valía diez millones y su hija sólo tres.

— Eso mismo pensé yo.

Sam apretó la mandíbula fuertemente. Sentía pánico por lo que el futuro deparaba a Gabriela. Sentía un pánico incontrolable por el hecho de que iba a perderla.

– Siéntese – dijo Carlo –. Respire hondo. Tiene mala cara, podría desmayarse aquí. ¿Quiere que le traigan un poco de agua?

– No – dijo ella.

Sam se sentía terrible y devastada. Le temblaba todo el cuerpo.

Durante un minuto no hizo nada más que concentrarse en la respiración, inspiró y exhaló lentamente. Pero respirar profundamente no la ayudaba. Le dolía cuando inspiraba y le dolía más cuando exhalaba. Nada podía cambiar aquel dolor.

– No es su hija – le dijo Carlo en voz baja.

Sam experimentó un ataque de furia incontrolable.

– Pero ella siente que es mi hija, y la protegeré como si lo fuera. Yo me ocuparé de ella pase lo que pase. Usted puede continuar siendo egoísta, pero yo no lo seré.

– Sé que no lo será. Por eso la quería. No ha caído en mis manos por casualidad.

Si lo que él pretendía era consolarla, estaba fracasando miserablemente. Con cada palabra que decía, la intranquilidad en ella no hacía más que crecer. La sensación de que todo estaba cambiando de forma dramática le hacía sentir que la situación estaba fuera de su control.

– ¿Usted quería que esto sucediera?

– Muchísimo.

– No puede quedarse con la esposa de otro hombre. Una de las poderosas cejas de Carlo se arqueó.

– Se puede cuando alguien la olvida y la tiene descuidada.

Ella meneó la cabeza suavemente y Carlo sonrió.

– ¿No le parece exasperante, baronesa? – dijo después de una breve pausa –. Mientras usted se desvivía por pagar las facturas, su marido se pasaba las noches en un casino gastándose miles y miles de libras todas las noches.

Desde luego que le parecía así, pero no podía encontrar palabras para expresar lo que sentía. Entonces combatió las ganas de llorar.

– Dejó de hacerlo una temporada.

– Pero no por mucho tiempo. Lo sé. Porque cada vez que él perdía, yo ganaba. Y todo lo que él me ofrecía, yo me lo quedaba.

– Entonces todo es culpa suya.

– Es un jugador compulsivo.

– Es una enfermedad.

– Lo sé.

— ¿Y a pesar de eso no puede ser compasivo?

— No.

La expresión de la cara de él cambió lentamente todos los músculos de su mandíbula se tensaron.

— No soy un hombre compasivo.

Capítulo 3

Carlo envió a Sam a su casa en taxi y durante todo el trayecto no dejó de fijarse en la hora. Estaba obsesionada con el tiempo. Faltaba cuarto de hora para las doce del mediodía. Carlo había dicho que un coche pasaría a recogerla a las cuatro. Tenía menos de cuatro horas para hacer las maletas, arreglar su vida y despedirse de Gabby después de haber compartido sus vidas durante más de cuatro años...

Sam no entendía nada. Aquella situación le superaba, no porque Johann jugara y hubiese perdido toda su fortuna. Las apuestas entre Johann y Carlo no tenían nada que ver con ella ni con Gabriela. Si querían jugar, que viviesen con las consecuencias. Ella y Gabriela jamás debían sufrir por sus malas decisiones.

Y Gabriela sufriría si ella la abandonaba. Gabby ni siquiera había cumplido los cinco años, ¿y en cuántos hogares diferentes había vivido? ¿Cuánta gente le había dado amor de verdad?

«Amor», repitió Sam en silencio saliendo del taxi. Pero era amor lo que Gabby necesitaba, no cosas. Necesitaba amor, no dinero.

Una vez que Sam había decidido lo que tenía que hacer, también supo dónde tenía que ir. Cuando Gabby regresara del colegio, ambas se marcharían para siempre.

Sam miró en todos los dormitorios y descubrió que Johann estaba inconsciente en su cama. Sabía que no necesitarían muchas cosas para el viaje que iban a emprender. Algo de ropa y los juguetes favoritos de Gabby.

Y aunque sólo tenía unos pocos, no hubo suficiente dinero para juguetes aquel año.

Después entró en su dormitorio a hacer su maleta, ella y Johann jamás habían compartido dormitorio. Durante esa época del año haría frío en Inglaterra, mucho más frío que en Mónaco o en el sur de Francia, pero allí estarían a salvo. Allí, Carlo no sabría dónde buscarla.

Después de hacer las maletas, Sam volvió a comprobar que había metido los pasaportes y documentos que necesitaría una vez llegara a Inglaterra, y pidió un taxi.

Dentro de muy poco, Gabby y ella estarían lejos de Johann y sus problemas. Empezarían una vida nueva que Johann no podría estropear con su problema con la bebida.

Sabía que Gabby saldría del colegio en cualquier momento, así que salió y dejó las dos maletas delante de la puerta principal, listas para meterlas en el taxi en cuanto éste llegara.

Sam vio a Gabby bajando las escaleras del colegio y levantó la mano para saludarla. Gabby le devolvió el saludo con alegría. Qué niña tan buena y dulce, pensó. Jamás había conocido a una persona tan dispuesta a compartir amor y a recibirlo. El corazón de Gabby era de oro macizo.

Gabby salió por la puerta del colegio y se abrazó a las piernas de Sam.

– ¿Cómo te ha ido? – preguntó Sam abrazándola.

– Muy bien. Pero hoy era el día de compartir. Y olvidé traer algo. Pero luego la maestra dijo que podíamos compartir un cuento y yo conté una historia muy graciosa sobre un ratón que vivía en el bolsillo de papá y de las aventuras que vivía el ratoncito en el casino.

Sam palideció.

– ¿Contaste una historia sobre tu padre y el casino?

– No, Sam. De papá no. Del ratón que él siempre lleva en el bolsillo.

– ¿Y se quedó el ratón dentro del bolsillo de tu papá?

– No. Jugó a las cartas con papá en el casino. Pero era un ratoncito muy listo y no perdía nunca. No como papá. Todo el mundo quería ese ratoncito porque ganaba muchísimo dinero. Y nos compró a ti y a mí una casa muy grande y un coche sólo para ti.

Gabby respiró hondo y miró a Sam.

– ¿Te gusta la historia?

Sam se sentía disgustada por dentro.

– Eres una niña muy inteligente, Gabriela Grace, pero eso ya lo sabes tú, ¿verdad?

Gabby se rió sin más y ambas regresaron andando de la mano hasta la villa. Pero cuanto más se acercaban a la villa más preocupada se sentía Sam. ¿Cómo iba a decir a la niña que se marchaban? ¿Cómo podía contarle que iban a vivir separados de Johann en un país desconocido?

Al llegar a la casa las cosas se complicaron, ya que, aparcado delante de la villa, estaba el coche deportivo rojo de Carlo.

Carlo apareció cuando ellas entraron en la casa.

– Buenas tardes, baronesa.

Gabby lo miró y sin ningún reparo preguntó:

– ¿Quién eres tú?

Sam intentó pensar en una respuesta, pero Carlo respondió con voz suave y tranquila:

– Un amigo de la familia.

Y le ofreció la mano a Gabriela.

– Soy Carlo Belluci. ¿Y tú cómo te llamas?

– Gabriela Grace Van Bergen.

– Qué nombre tan grande.

– Yo soy una niña grande.

La sonrisa de Carlo se volvió irónica y se giró para mirar a Sam.

– Veo que ya has hecho las maletas.

De nuevo, el mundo se vino abajo.

– Sí, pero yo...

– ¿Está papá aquí? – interrumpió Gabby tirando de la mano de Sam.

– Está arriba durmiendo – contestó.

Gabby se soltó y subió corriendo las escaleras. ¿Cómo podía Carlo insistir en algo así? A lo mejor no era un caballero, sino un hombre despiadado y cruel. Cuando Gabby desapareció, Sam se acercó a Carlo y en voz baja le dijo:

– No puede hacernos esto. Piénseselo, por favor intente verlo desde la perspectiva de la niña. No conoce a otra madre más que a mí.

De repente la niña bajó corriendo las escaleras.

– ¡Sam! Papá no está. Se ha ido.

Sam no estaba segura de si sentir miedo o alivio.

– A lo mejor se ha ido a pasear.

– No, Sam. Se ha marchado. Se lo ha llevado todo. Su abrigo y todo lo demás.

Gabby saltó los últimos tres escalones que quedaban.

– Seguro que se ha ido de viaje sin nosotras.

El alivio, el miedo, la esperanza y el pánico, una sensación detrás de otra, golpearon a Sam. Si Johann se había marchado, y Carlo no quería a la niña, entonces Gabby acabaría en manos del gobierno hasta que encontraran a Johann.

Aturdida, Sam miró a Carlo. Todo lo que estaba ocurriendo era culpa suya. Él era el mismo diablo, el mismo que le había invitado a copas a Johann y había jugado a las cartas con él. Sam sabía que había emborrachado a Johann a propósito, hasta que había jugado más allá de todas sus posibilidades.

Pero lo cierto es que Johann siempre había jugado por encima de sus posibilidades.

Sam no pudo dejar de mirar el rostro impasible de Carlo. Él parecía totalmente indiferente. Y tal vez hasta entonces no le hubiese tenido ninguna simpatía, pero en aquel instante lo odiaba. Odiaba su seguridad, arrogancia y el poder que creía tener sobre ella.

– ¿No le parece asombroso? – espetó ella—. Se sienta a jugar a las cartas y cuando se quiere dar cuenta ha heredado la familia de un hombre.

Él no dijo nada, simplemente la miró fijamente con sus ojos de color de avellana.

– No tiene sentido. ¡Nada de esto tiene sentido! ¿Qué es lo que quiere de nosotras?

– A lo mejor soy un hombre generoso con un corazón bondadoso.

– ¿Con corazón? Cuánto lo dudo, aquí está pasando algo más...

Se interrumpió a sí misma para no decir lo que estaba pensando. Era incapaz de decir aquellas palabras delante de Gabby. En lugar de eso, se tragó su furia y colocó la palma de su mano sobre la cabeza de Gabby.

– Voy arriba – dijo ella más calmada –. Quiero comprobar si Johann ha dejado alguna nota. Estoy segura de que sí. Seguro que nos pide que nos unamos con él en cuanto llegue a su destino.

Carlo arqueó una ceja.

– ¿Eso crees?

– Lo creo – espetó ella aunque no era verdad.

A ella no le hubiera sorprendido que Johann se hubiera fugado. Su naturaleza era huir de los problemas.

Sam subió las escaleras apresuradamente de la mano de Gabby. El dormitorio de Johann estaba vacío. Abrió la puerta del armario, todos los cajones estaban vacíos, en uno de ellos sólo quedaba un dibujo de Gabby.

Miró el dibujo de la niña. Aquellas figuras representaban a Johann, Sam y Gabby juntos en la playa, como si fueran una familia feliz. Pero nunca lo habían sido.

Sam no oyó a Carlo acercarse por detrás.

– Qué pintura tan bonita de la familia Van Bergen de vacaciones.

– Gabby es una artista con mucho talento.

– Y muy optimista.

Se estaba girando para salir por la puerta cuando vio un sobre encima de la cama, apoyado en la almohada de Johann.

Él la había abandonado, pensó Sam. Abrió la carta y leyó:

Sam, estoy acabado, me marcho a trena. Pensé que los dos podríamos vencer a Belluci pero el juego se ha acabado. Belluci juega siempre para ganar, y ha ganado. Si te sirve de consuelo, puedes quedarte a Gabriela. Tú sabrás darle una vida mejor que yo. Ahora lo he perdido todo. Te deseo toda la suerte del mundo. La vas a necesitar.

Johann van Bergen.

– ¿Qué es eso? – preguntó Carlo.

«Un milagro», pensó Sam con el corazón latiéndole aceleradamente. Pestañeó y dio la vuelta a la carta para que él pudiera verla.

– Léala.

Lo hizo y se la devolvió.

– Ahora ella me pertenece – dijo Sam con el corazón lleno de emoción sabiendo que a partir de ese instante Gabby estaría a salvo.

Todos aquellos años preocupándose y rezando para que un milagro así ocurriera.

Gabby era suya. Johann se había marchado y le había dejado a Gabriela.

— ¿Qué hacemos ahora, señor Belluci? — preguntó ella, sabiendo que aquello podría cambiarlo todo y que él podría negarse a quedarse con ambas. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacerlo?

Él se encogió de hombros.

— Nos vamos.

— ¿Ahora?

— Tendré que acomodarnos en el Hotel de París hasta que haya hecho un arreglo permanente.

— ¿Entonces Gabby puede quedarse conmigo?

— De momento sí.

— Ahora es mía. Le guste o no, seguiremos juntas. Tomaron té en el restaurante del Hotel de París, en el jardín terraza con unas vistas espectaculares del puerto. El servicio no era lento, pero para Sam cada minuto parecía una eternidad. Tampoco ayudó mucho que varias personas se acercaran para desear suerte a Carlo. Aunque cordial, Carlo no animó ningún tipo de conversación y tampoco se molestó en explicarle qué había hecho para merecer tanta atención. Después de que los últimos se despidieran, Sam quiso saber más.

— ¿Vive en Mónaco?

— Tengo un ático aquí, sí.

— ¿Pero no es su residencia habitual?

— Divido mi tiempo entre mis distintas residencias.

— ¿Cuántas residencias tiene?

— Las suficientes para no aburrirme.

— ¿Disfruta siendo tan enigmático?

— En absoluto. No sé que es lo que quiere saber exactamente.

— Lo quiero saber todo.

— ¿Todo?

Él volvió a sonreír y ella no entendió por qué. Todo lo que decía le hacía sonreír.

— Sí. Todo. Quiero saber dónde vive. Quiero saber qué hace. También quiero saber quién es usted, ¿cómo pasa su tiempo libre y qué tipo de amigos tiene?

— ¿Quiere definir mi carácter?

— Sí.

Él se encogió de hombros y se reclinó en el asiento.

— No puedo hacer eso por usted. Tendrá que formular una opinión de mi carácter basándose en su propio juicio. Pero sí puedo contarle algunas cosas básicas. Vivo en la Costa Azul. Tengo una casa en Brasil, pero no voy mucho. Tengo mi

propia empresa. Tengo éxito y económicamente soy muy solvente. ¿Era eso lo que quería saber?

No. No era eso lo que ella quería saber. Esas cosas no importaban, y le molestaba que el dinero pudiera impresionar a las personas tan fácilmente.

El dinero era útil, compraba cosas y ayudaba a tomar decisiones más deprisa. Pero no lo era todo. Arruinaba a las personas.

Sam miró a Gabriela, que estaba hablando con la camarera y que señalaba a algo que había visto en el puerto.

—No es su cuenta corriente lo que me interesa, señor Belluci. Sino su corazón. Eso es lo que me preocupa. No sé si usted tiene o no.

—Yo tampoco lo sé —acordó él—. Pero los corazones están sobrevalorados. Es mucho mejor ser frío, y hacer lo que se tiene que hacer, que hacer lo que uno siente que debe hacer.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Usted se siente unida a Gabby. Por eso la ha reclamado como si fuera suya, pero piénselo. No tiene ningún derecho legal sobre ella. Ninguna relación sanguínea con ella.

—Johann quiere que yo la críe.

—¿Y eso le da derecho?

—Sí.

—¿Qué me dice de la familia de su madre? ¿No cree que una pariente sería mejor madre?

—El amor no entiende de relaciones sanguíneas.

—¿No?

—No.

Sam lo miró con odio. Él tenía una cara muy bella, la cara de un ángel caído y sin embargo tenía un corazón oscuro y egoísta.

—Yo quiero a Gabriela y ella a mí. El amor es un don. No se puede comprar, ni ganar a las cartas. No la cambiaría por nada en el mundo.

—¿Ni siquiera por tres millones de libras?

—¿Intenta hacerse el gracioso? Porque teniendo en cuenta la situación es muy insensible por su parte decir eso.

—¿Sabe una cosa, baronesa? Hay muchas personas graciosas en Inglaterra. Los cómicos más grandes son ingleses y yo he visto todas las películas de Monty Python. Pero usted, lamentablemente, carece de sentido de humor.

—¿Y qué le resulta gracioso de nuestra situación? —exigió ella—. Usted ha cambiado nuestras vidas para siempre y le parece gracioso.

—No todos los cambios son malos, baronesa.

— En este caso sí. Por favor no nos haga dejar la villa. No saque a Gabby del único hogar que ha conocido.

— No puede decirse que fuera un hogar.

— Pero ésa no es la cuestión.

— Entonces debería serlo.

Hizo un gesto al maitre del hotel para pedir la cuenta.

— Os acompañaré hasta mi suite y después empezaré a buscar a Johann.

— ¿Y qué pretende hacer exactamente con una mujer y su hija? ¿Podrá deducir en impuestos?

— Creo que acaba de intentar ser graciosa.

Dejó varios billetes encima de la mesa y se puso de pie.

— ¿Nos vamos?

— No ha contestado a mi pregunta.

— No tengo por qué hacerlo.

No estaba dispuesta a ceder. Quería que él le diera una respuesta sincera. Estaba harta de ser ninguneada por todo el mundo.

— ¿Qué piensa hacer con nosotras? — repitió una vez más en voz baja pero firme.

— Voy a encontrar a Johann...

— ¿Porqué?

— Quiero asegurarme de que todo sea legal.

— El me dejó los documentos, me dejó una carta...

— ¿Y no puedo asegurarme de que sea legal? ¿Puede alguien regalar a una niña, así sin más? Primero intentó apostar a Gabby a las cartas, y después la abandona. A mí me parece muy sospechoso.

Aquella respuesta hizo mella en Sam mientras las guió hasta el ascensor en el que subieron a su suite.

No importaba lo que Carlo averiguase. Jamás devolvería Gabby a Johann. No estaba dispuesta a entregar a Gabby a nadie.

Carlo les enseñó rápidamente la suite.

— Aquí estaréis cómodas — les dijo en el cuarto de estar —. Podéis ver películas, la televisión, lo que os apetezca mientras yo hago algunas llamadas. Una vez que haya terminado, seguiremos donde lo dejamos.

El cerró la puerta del dormitorio. Sin dudar, Sam entró en el segundo dormitorio, donde estaban sus maletas. Después de tomar el equipaje, Gabby y ella se apresuraron hasta el ascensor.

Los taxis hacían cola delante del hotel y tardaron sólo un minuto en ponerse en marcha. A pesar de la rápida huida, Sam fue incapaz de respirar profundamente durante el trayecto hasta el aeropuerto de Niza. Era importante que tomaran el siguiente vuelo de British Airways hasta el aeropuerto de Heathrow en Londres, y desde allí podrían huir hasta Manchester.

Le costaba creer que estaban huyendo de aquella manera. Y sobre todo que regresaba a su país.

Habían pasado ocho años desde que dejó Cheshire, ocho años desde que había huido y se había jurado no volver nunca más.

Pero como decía una expresión antigua, situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas. Y Sam estaba convencida de que aquella situación era desesperada.

Llegaron a Chester muy tarde. El taxista les había aconsejado que no hicieran el viaje en taxi tan tarde desde Manchester hasta Chester, pero Sam insistió. No tenía dinero suficiente para un taxi y para pagar el hotel. Tenían que llegar a Chester. No tenían donde dormir.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó el taxista—. No está en la misma ciudad, ¿verdad?

—No. La verdad es que está más cerca de Upton. Se llama Rookery.

Sam vio cómo el conductor miraba en el espejo retrovisor hasta que sus ojos se encontraron.

—¿No es eso un orfanato?

—Sí.

—Claro —dijo el taxista en tono amable—. Conozco ese lugar.

Quince minutos más tarde, el taxista giró por la izquierda y entró en un camino entre dos setos gigantes. Era un camino privado muy largo y daba la impresión de que estaba totalmente abandonado por la cantidad de baches que tenía.

El taxista detuvo el coche pero no apagó el motor.

—Está abandonado.

Y tenía razón. No había coches, ni luces, ni personas. No había señales de vida en ninguna parte.

—¿La esperaban? —preguntó.

Sam meneó la cabeza, incapaz de sacar la voz. Había contado con el orfanato, había contado con la señora Bishop, la ama de llaves, y el señor Carlton, el encargado. Ellos siempre habían estado allí. El orfanato había sido su hogar.

—¿Vivió usted aquí? —le preguntó el taxista.

—Sí.

Fue lo único que Sam pudo decir. Fue incapaz de decir otra cosa. Si Charles hubiese estado vivo todo hubiese sido diferente, pero el orfanato estaba cerrado. No tenían dinero ni dónde ir.

Eso significa que tendrían que quedarse allí. Encontraría la forma de entrar o, mejor aún, intentaría entrar a la fuerza en la cabaña del guardabosque al otro lado del edificio.

— ¿Dónde quiere que las lleve? — preguntó el taxista —. ¿A Chester? Hay hoteles y pensiones bastante decentes en el pueblo.

Sam meneó la cabeza y abrió la puerta del coche.

— No, gracias. Vamos a quedarnos aquí.

El taxista movió la cabeza, era obvio que no estaba de acuerdo con su decisión, pero tampoco se sentía capaz de intervenir.

Había cometido un error yendo allí. Debió marcharse con el taxista cuando tuvo la oportunidad.

Pero era demasiado tarde en aquel momento para arrepentirse. Tenían que conseguir entrar en la cabaña del guardabosque y, una vez dentro, Sam podría encender un fuego y calentarse.

La vieja cabaña hecha de madera y piedra estaba pegada al orfanato y, aunque parecía pequeña, tenía dos dormitorios, una cocina pequeña y un salón con paredes de piedra.

De puntillas Sam extendió el brazo por encima de la puerta y sondeó el marco de la puerta con la esperanza de encontrar una llave. Y para su sorpresa la encontró. Dio gracias a Dios y rápidamente introdujo la llave en el cierre de la puerta y la giró.

— Lo conseguimos — dijo Sam en tono alegre —. Ahora voy a intentar encender un fuego para calentarnos.

Prácticamente dos horas más tarde todavía intentaba encender un fuego, fue incapaz de encontrar cerillas en la oscuridad. Por suerte, Gabriela se había quedado dormida en el sofá viejo relleno de plumas, envuelta en aquellas mantas antiguas de lana. Por lo menos Gabby estaba caliente, pensó Sam.

Todavía estaba mirando la chimenea antigua y negra cuando oyó el sonido de un coche acercarse y detenerse, los faros enfocaron directamente la cabaña destartada y descuidada. No era el taxista que había regresado para saber cómo estaban. Nadie sabía que ellas estaban allí.

Sam se acercó a la ventana muy nerviosa. El coche que había aparcado fuera era un Mercedes de color oscuro. Ninguno de los trabajadores del orfanato conduciría un Mercedes. Además, ya era muy tarde.

Sam permaneció de pie delante de la ventana con el corazón en un puño hasta que la puerta del conductor se abrió y Carlo Belluci salió.

Incrédula, Sam se quedó observando su oscura figura. No era posible. A pesar de la distancia, los vuelos, los taxis y las fronteras, la había encontrado. Y en tan solo unas horas.

Capítulo 4

Encerrada dentro de la cabaña, Sam escuchaba mientras él llamaba a la puerta una y otra vez.

Hasta tres veces.

Y cada vez que llamaba, lo hacía con más contundencia.

Miró en el salón donde Gabriela dormía, pues si Carlo continuaba llamando así a la puerta, acabaría despertándola.

– Abra la puerta, baronesa – dijo Carlo con voz profunda.

Parecía estar enfadado. En Montecarlo, se había comportado cínicamente, pero jamás enfadado.

– Voy a contar hasta tres y después echaré la puerta abajo.

Ella no dijo nada. Seguro que se trataba de un farol. Aquella puerta era muy fuerte y sería imposible echarla abajo.

– Baronesa, yo no hago promesas que no pueda cumplir. Considérelo mientras cuento hasta tres.

Ella sintió un escalofrío subirle por la columna vertebral.

– Uno.

Sam aguantó el aliento.

– Dos.

– ¡Espere! No puede derribar la puerta. Tiene cientos de años.

– Entonces ábrala antes de que cuente hasta tres.

Las manos de Sam temblaban mientras se apresuraba a abrir el cierre de la puerta antigua. Una corriente fría la sorprendió. No se había dado cuenta de lo mucho que había bajado la temperatura.

– ¿Qué está haciendo aquí? – preguntó ella.

– Qué pregunta tan estúpida.

– Márchese antes de que llame a la policía.

– No tiene teléfono, baronesa. Y por lo que veo, tampoco tiene electricidad ni gas.

Sam estaba temblando y se abrazó para proteger su pecho del frío.

– Usted tiene un teléfono, y con él llamaré a la policía.

– Genial. Después puede explicarle a la policía de Cheshire lo del tráfico de niños.

– ¡Tráfico de niños! Tengo su pasaporte y su partida de nacimiento.

— Eso no le da derecho a sacarla del país. Todavía no es su tutora legal. No ha seguido los procedimientos legales. El hecho es que ha quebrantado tantas leyes internacionales que pasará mucho tiempo entre rejas. Ahora en marcha.

Él era alto, tan alto, que ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara.

— No.

— Entonces pasaré sin su permiso. ¿Dónde está?

— ¿Quién?

En la oscuridad ella pudo ver la expresión de su cara y no era nada agradable.

— A pesar de ser una mujer inteligente, usted es muy inocente. He viajado por la misma ruta que usted y he hablado con muchas personas en el aeropuerto. ¿Dónde está la niña?

— Está durmiendo en el sofá. Se quedó dormida mientras yo intentaba hacer fuego.

— Que por lo visto no ha conseguido.

— No pude encontrar las cerillas en la oscuridad.

— ¿Y cuál era su plan? ¿Quedarse aquí y morir de frío?

— Tenía la esperanza de encontrar las cerillas por la mañana.

— ¿Y qué pensaban comer? Estoy seguro de que no tienen comida.

— No.

Él meneó la cabeza.

— ¿Ha encontrado algo que quemar por lo menos?

— Sí. Rastrojos y algo de leña.

Él se agachó junto a la chimenea y sacó un mechero de su bolsillo.

— Hacía mucho frío — confesó ella —. Y estaba empezando a preocuparme.

— Podría haber pedido ayuda — contestó él.

— ¿A usted? ¿Al hombre que pretendía devolver a Gabby a Johann?

— Jamás dije que la devolvería. Dije que haría lo que era correcto.

— Pero sabía que él no era un padre adecuado.

— Sí.

— Entonces ahórrele sufrimientos. No tiene por qué preocuparse por mí, ni mis sentimientos, sólo preocúpese por los sentimientos de Gabby. Por favor, no le haga daño.

— No lo haré.

— ¿No cree que es traumático alejar a una niña de su hogar?

– Pero usted acaba de hacerlo. ¿No la ha sacado de Mónaco, el único hogar que había conocido, y la ha traído hasta un lugar remoto y asolado? ¿Hasta Chester o como se llame donde estemos ahora? Desde su perspectiva, este lugar oscuro y frío debe parecerle Tombuctú.

– Esto es Inglaterra, no Egipto.

– Una niña italiana no notaría la diferencia. Sam se puso de pie.

– Su madre era española, no italiana.

– Lo sé.

Carlo dejó caer sus párpados para ocultar sus ojos oscuros.

– Conocía bastante bien a su madre, así que dejemos la competición de quién conocía mejor a quien.

Los dos estaban sentados junto al fuego hablando en voz baja, pero aquel último comentario captó la atención de Sam y se quedó mirando perpleja y con la boca abierta a Carlo.

– ¿Usted conocía a su madre?

– Sí.

– ¿Antes de Johann?

– Sí.

Sam no podía dejar de mirar las facciones duras de Carlo.

– ¿Qué sucedió?

– La vida es así. La madre de Gabriela siguió su camino. Pero ésa no es la cuestión ahora. La cuestión es usted y su huida con Gabriela...

– Me la llevé de viaje. Soy su madrastra, puedo hacerlo.

– Así es, baronesa Van Bergen – dijo él y después sonrió, fue una sonrisa dura e implacable que hizo temblar a Sam interiormente.

A pesar del miedo que sentía dijo:

– Me gustaría que dejara de llamarme «baronesa».

– ¿Y cómo le gustaría que me dirigiese a usted?

– Puede llamarme «Sam».

– Eres una mujer muy contradictoria, Samantha. Por un lado pareces muy correcta y remilgada, pero por otro pareces tener un carácter apasionado.

– ¿Podría hablarme más de la madre de Gabriela?

Gabby solía preguntarnos por ella. Yo nunca supe qué contarle.

– Era actriz.

– Eso no. Aspectos de su personalidad. ¿Cómo era?

— ¿Mercedes? — dijo él y después hizo una pausa —. Era muy bella. Estaba llena de vida y era muy divertida.

— ¿Crees que Gabby es así?

— Creo que Gabby es una mezcla de su madre y su padre.

Sam se giró y miró a Gabriela, que dormía encima del sofá envuelta en mantas.

— Siempre quise una vida diferente para Gabriela. Más estable y predecible. Una cosa es que un adulto tenga que salir adelante en la vida, pero otra cosa muy distinta es que lo tenga que hacer una niña.

— ¿Ha sufrido mucho Gabriela?

— Estoy segura de sí. Las dos hemos sufrido. Nunca había suficiente dinero. Johann nunca estaba en casa. Puede que sea el padre de Gabby, pero nunca le ha prestado atención ni le ha dado cariño.

— ¿Era un hombre diferente antes de casaros?

— No.

— ¿Pero decidiste casarte con él de todos modos? ¿Por las comodidades?

— Mi vida nunca ha sido cómoda. Siempre he trabajado duramente.

— Y seguro que odiabas ser baronesa.

— Así es. Todo era una farsa.

— ¿Una farsa?

— Johann no me quería, ni yo a él. Fue un matrimonio de conveniencia, sólo eso.

— ¿Nada más?

— Nada más — dijo Sam temblando de frío y acercando las palmas de las manos al fuego —. Me casé con él por conveniencia.

Ella se inclinó más hacia el fuego sintiendo el peso de tantos años de secretos y silencio.

— Verá, señor Belluci. Antes de ser baronesa, era la niñera de los van Bergen.

— ¿La niñera? — preguntó sorprendido.

— Nunca se lo había dicho a nadie hasta ahora. Johann me prohibió que lo hiciera. No quería que nadie supiera que yo había trabajado, pero en privado nunca dejaba de recordármelo. Era una de las formas que tenía de humillarme. Para él yo sólo era una trabajadora, y no una aristócrata.

— Debiste abandonarlo — dijo Carlo.

— ¿Y dejar sola a Gabby?

Sam respiró profundamente y se miró los dedos. Johann le había comprado un anillo, pero le pidió que se lo devolviera cuando empezó a escasear el dinero.

— No podía hacerlo.

– ¿Por qué siente tanta devoción por ella?

– No lo sé. Supongo que Gabby necesitaba alguien que la quisiera y yo...

Se detuvo un instante al darse cuenta de lo cerca que había estado de decir que ella también necesitaba a alguien a quien amar.

– A mí me gusta sentirme útil – terminó.

– ¿Y Johann te encontró útil?

– Simplemente hacía lo que él necesitaba que hiciera.

– Incluyendo mantener alejada a la familia de Mercedes.

Sam pestañeó.

– Ése fue mi error. Pensé que iba a mantener unida a la familia. Pensé que sería una buena esposa.

Sus ojos se encontraron y ambos se quedaron mirándose sin pestañear durante minuto.

– Todos cometemos errores – dijo él finalmente.

Algo en su voz casi la hizo llorar. Parecía comprensivo y aquello le pareció insoportable. Su vida, al igual que la de Gabby, no había sido fácil y pocas personas se habían preocupado por ella. Sólo Charles, pero desapareció de su vida de repente.

– Pase lo que pase... – dijo ella toscamente, pensando que había cometido un error en volver al orfanato—. No sienta lástima por nosotras. No necesitamos su piedad.

– Yo no he dicho nada de piedad.

– Puede que no. Pero puedo ver lo que está pensando. Él se inclinó hacia delante y la agarró de la barbilla para que lo mirase.

– Entonces tengo que comprarte gafas, Samantha, porque por lo visto no ves nada bien. No puedes ver lo que tienes delante, ni lo bueno ni lo malo, y ése es el problema. No sólo para ti, sino también para Gabriela.

– Yo creo que Gabriela no le importa.

Él la soltó de golpe y se reclinó en la silla.

– Es tarde. Son casi las dos de la madrugada. Hablaremos más por la mañana.

Ella asintió. Se sorprendió por su cambio de humor y no le pidió más explicaciones por miedo a que se enfadara.

– Hay dos dormitorios, pero hará mucho frío en ellos. – ¿Están hechas las camas? – preguntó él mientras se ponía de pie.

– Sí. Hay mantas de sobra en los baúles al pie de las camas.

– ¿Dónde vas a dormir tú?

– Yo dormiré cerca de Gabby.

Él se dio la vuelta para marcharse a dormir, pero se detuvo en el pasillo y se giró.

– Puede que no fueras la esposa que esperabas ser, pero te aseguro que Johann no era el marido que esperabas que fuera.

A Sam los ojos le ardían. Pero jamás admitiría a Carlo que nunca había esperado nada de Johann. Había trabajado para él antes de casarse. Sabía perfectamente quién era y lo que era, y tal vez por eso aceptó su propuesta. Había sido un matrimonio de conveniencia, un matrimonio sin amor. Sabía que jamás llegaría a amar a nadie de la forma que había amado a Charles, y francamente, pensaba que no se merecía ser amada después de perderlo.

– ¿No hay un dicho que dice, ten cuidado con lo que deseas?

Sam levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron.

– Es cierto. Yo también aprendí esa lección.

Ella se abrazó las rodillas con fuerza.

– De cualquier modo, es muy tarde. Buenas noches – dijo ella.

La mañana llegó antes de lo esperado, pero el fuego no se había apagado. Sam descubrió más tarde que Carlo se había levantado varias veces a lo largo de la noche para alimentar el fuego con más troncos para mantener caliente la casa.

Gabby se alegró al descubrir que tenían compañía.

– ¡Eres tú! – dijo la niña cuando vio a Carlo entrar por la puerta cargado con leña –. Has venido a vernos a Inglaterra.

– Así es.

Gabby agarró una de las mantas y se tapó con ella mientras Carlo colocaba los leños junto a la chimenea.

– Tú jugabas a las cartas con papá.

Sam se giró hacia Gabby.

– ¿Cómo lo sabes?

– ¿Es verdad, no? Y también le quitaba el dinero a papá.

– ¡Gabriela!

La niña miró a Carlo y después a Sam.

– ¿Pero es verdad, no?

Carlo echó un tronco al fuego.

– Sí – dijo sin más –. La verdad es que no se le daban bien las cartas.

– Eso es lo que dice Sam.

En ese instante la expresión de la niña cambió.

– ¿Te gustaría jugar a las cartas conmigo? ¿Sabes jugar a las familias? – preguntó Gabby.

Sam por poco se ahoga.

– Él no sabe jugar a los mismos juegos de cartas que nosotras, Gabriela.

– Yo puedo enseñarle – contestó Gabriela.

– Creo que recuerdo cómo se juega – dijo Carlo sonriendo ligeramente –. De hecho, se me daba bastante bien.

– ¿En serio? Apuesto a que soy mejor que tú. – Entonces la niña se inclinó y dijo en voz baja. – Gano a Sam. Gano a todo el mundo.

Sam se sonrojó, pero Carlo se rió con aquella voz tan masculina que le caracterizaba.

– Eres igual que tu padre, ¿verdad? – dijo en voz alta mirándola directamente a los ojos.

Y de repente Sam comprendió sin querer. La noche anterior había pasado por alto los hechos, pero aquella mañana no podía esconder la cabeza en la arena. Todo empezaba a tener sentido. Los juegos de cartas, las apuestas altas, y la confiscación de las propiedades.

Se sintió obligada a hacerle preguntas a partir de ese momento.

Tal vez no se tratara de un jugador impulsivo. A lo mejor jugaba por motivos más importantes. Tal vez Carlo era el padre de Gabriela y no Johann...

Todos aquellos pensamientos desaparecieron de la mente de Sam cuando Gabriela se acercó a la ventana y anunció:

– Se acerca una mujer y parece enfadada.

Sam intercambió una mirada fugaz con Carlo antes de dirigirse a la puerta. Pero se quedó paralizada al ver a la anciana de pelo gris delante de la puerta antigua.

– ¿Señora Bishop? – susurró Sam.

La anciana se sorprendió tanto de verla como ella.

– ¿Samantha?

Sam cerró la distancia entre ambas y la abrazó.

– ¿Qué está haciendo aquí? La señora Bishop la agarró por los hombros.

– Yo debería hacerte la misma pregunta. Nos has dado a todos un gran susto. Me contaron que habían visto luces aquí anoche, así que le pedí a mi yerno que me trajera. Ha pasado tanto tiempo. ¿Dónde has estado?

– Fuera.

Sam intentó sonreír, pero no pudo. De repente el pasado con sus dolorosos recuerdos la alcanzó y no lo pudo soportar. Hacía ocho años que Charles había muerto y de repente le pareció como si hubiese sido el día anterior.

– ¿Cómo está todo el mundo? ¿Y dónde? ¿Cuándo cerraron el orfanato?

– Poco después de marcharte tú.

—Entiendo. ¿Quiere pasar?

La señora Bishop asintió con la cabeza y siguió a Sam.

—No puedes quedarte aquí. Esta cabaña está destrozada. Aquí no tienes agua, ni calefacción. ¿En qué estabas pensando?

Sam sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé.

La señora Bishop vio las lágrimas y empezó a asentir con la cabeza.

—No te ha ido demasiado bien, ¿verdad, hija mía? Sam sabía que no podría resistirse a la bondad de la señora Bishop, pero también sabía que no podía venirse abajo delante de Gabby y de Carlo. Aquella sensación le recordó que lo mejor sería presentarlos a todos.

Pero la señora Bishop ya había visto a Gabby. Se agachó y preguntó:

—¿Pero quién es esta jovencita?

Gabby se colocó al lado de Sam.

—Soy su niñera.

—Y mi mamá. Mi madrastra —le corrigió la niña—. Ella se casó con mi papá. Johann van Bergen. Pero él nos abandonó. Tenía problemas de dinero.

La señora Bishop miró a Sam rápidamente.

—¿Es verdad?

—Más o menos —dijo Sam sonrojándose.

—¿Y por eso habéis venido aquí? ¿No tenéis adónde ir?

Dicho de aquella manera resultaba aterrador. Parecía como si Sam hubiese arrastrado a la pequeña a través de un continente a un orfanato en ruinas en Cheshire.

Sam se había criado allí, había ido a la escuela allí, y se hubiese quedado allí a vivir como esposa de Charles si éste no hubiese muerto. No era de extrañar que hubiese huido allí cuando no sabía adónde ir. Hasta los dieciocho años, el orfanato había sido todo su mundo.

—Estamos de paso —dijo finalmente cuando recuperó la voz—. Pero pensé que sería bueno visitar este lugar antes de establecemos en algún sitio.

—¿Estás en apuros? —preguntó la anciana.

Sam se sonrojó y meneó suavemente la cabeza, entonces Carlo dio un paso hacia delante.

—Samantha quería que viéramos su casa —dijo, a la vez que colocaba su brazo por encima del hombro de Sam—. Creía que era importante que supiéramos de dónde venía.

—Sí, claro —dijo la señora Bishop—. Entonces sabéis algo de su vida. Ha sufrido mucho a pesar de ser tan joven. Yo era el ama de llaves cuando llegó al

orfanato. Fueron tiempos muy difíciles, pero la queríamos mucho y se adaptó enseguida, aunque muchas noches la oíamos llorar.

— Señora Bishop — dijo Sam avergonzada.

— Sé que es duro, Samantha — dijo la señora Bishop—. Pero si él te quiere la mitad que nosotros, querrá saberlo todo.

— Ya sabe suficiente.

— ¿Entonces le has contado lo de Charles?

La expresión de la señora Bishop cambió aún más.

— Aquella tragedia va a ser difícil de olvidar...

— Señora Bishop — dijo ella con la voz quebrada.

Pero la señora Bishop se dejó llevar tanto por el recuerdo y las historias, que no fue consciente de la agonía de Sam.

— Fue algo terrible. Nadie podía creérselo, ni sabía qué hacer. Nuestra Sam fue novia y viuda en el mismo día.

Capítulo 5

El silencio que siguió no duró mucho, no más que el silencio que sigue a un comentario difícil, pero a Sam le pareció una eternidad. Nunca había hablado a nadie de Charles. Nunca había hablado a nadie de un matrimonio que había durado menos de ocho horas.

Se apartó del lado de Carlo.

— ¿Adónde se fue a vivir después de que cerraran el orfanato, señora Bishop? — preguntó, tomando las riendas de la situación —. Sé que tenía familia por la zona.

Consiguió su propósito de distraer a la anciana.

— Me rompí la cadera hace algunos años y tuve que irme a vivir con mi hija y su familia — dijo la señora Bishop y después se inclinó para mirar a Gabriela —. De hecho, tengo dos nietas de tu misma edad. Son gemelas.

A Gabby se le iluminaron los ojos.

— Yo tengo casi cinco años. El dieciséis de febrero es mi cumpleaños.

— Pues hoy es domingo. Es el día perfecto para tomar té y celebrar una fiesta.

Sam sonrió y pasó la mano por la cabeza de Gabriela.

— Parece divertido. A lo mejor Gabby puede conocer a sus nietas más tarde.

— ¿Por qué no se viene conmigo a casa ahora mismo? — preguntó la señora Bishop.

— Ni siquiera hemos desayunado — dijo Sam sintiendo que el pánico volvía a apoderarse de ella.

— Puede desayunar con las niñas. Vivimos una calle más abajo, a menos de medio kilómetro.

— ¿Puedo ir? — preguntó Gabby, tirando de la mano de Sam—. ¿Me dejas? Seguro que tienen muñecas y montones de juguetes.

— ¿No te da miedo ir? — preguntó Sam suavemente.

— ¡No! A mí nada me da miedo.

Y era cierto. Gabby era una niña muy valiente. Sam nunca había entendido de quién podía haber heredado su deseo de aventuras, pero todo empezaba a encajar y a tener sentido.

Miró a Carlo y vacilante le preguntó: — ¿Te importa que vaya?

— No si a ti te parece bien — contestó él—. Y puedo darle a la señora Bishop mi número de móvil. Así podrá llamarnos cuando las niñas se cansen de jugar o Gabriela quiera volver.

Sam asintió agradecida.

— Buena idea. Podemos ir a buscarla más tarde.

– O puedo traerla yo.

Mientras la señora Bishop y Carlo intercambiaban sus números de teléfono, Sam fue a buscar el abrigo de Gabby. Después la peinó con los dedos como buenamente pudo y le hizo una coleta.

– Pórtate bien – susurró. Gabby sonrió y dijo:

– Siempre lo hago.

Y justo cuando iban a salir por la puerta, la señora Bishop se dio la vuelta.

– Sam, casi se me olvida. Tengo llaves del orfanato. ¿Por qué no os quedáis allí?

– No sé – dijo Sam.

– Quédate la llave de todos modos – dijo la señora Bishop extendiendo la mano –. Devuélvemela cuando os marchéis.

Sam era consciente de que Carlo estaba detrás de ella mientras veía a la señora Bishop bajar por el camino y meterse en coche.

– No te gusta perderla de vista, ¿verdad? – le preguntó Carlo.

– Me preocupo mucho cuando no está cerca.

– ¿Por qué?

– Porque han ocurrido cosas en el pasado – contestó ella de forma evasiva.

No quería entrar en detalles sobre el intento de secuestro que había sufrido unos años atrás. Sam había acabado en el hospital y Gabby había tenido pesadillas durante meses.

– ¿Puedes contármelo? – preguntó Carlo.

Sam se encogió de hombros. No le gustaba hablar de cosas malas o de aquello que le provocaba miedo.

– Ocurrió algo hace unos años. Desde entonces soy más protectora con Gabby. No ha vuelto a ocurrir nada, pero me sigue preocupando.

– ¿Pero confías en la señora Bishop?

– Oh, sí. La señora Bishop fue como una madre para mí cuando vivía aquí. Haría cualquier cosa por mí, y sé que cuidará muy bien de Gabriela. Es una mujer muy amable.

– ¿Entonces por qué estás tan nerviosa?

La respuesta era sencilla. Se sentía atrapada con él allí. Y no quería que estuviera con ellas en aquella cabaña tan pequeña. No quería estar a solas con él. Era demasiado grande y demasiado intenso. Demasiado diferente.

Él no le gustaba. No quería que le gustara, que estuviera cerca de ella, pero algo en su interior le decía que no iba a marcharse de su lado ni del de Gabby.

– Es duro haber vuelto aquí – dijo.

Sam apretó con fuerza la llave del orfanato que tenía en el puño. Una vez más se preguntó por qué había decidido acudir a aquel lugar. Una vez más se arrepintió de su decisión.

—Pensé que querías marcharte a primera hora de la mañana —añadió, consciente de que Carlo la miraba y la evaluaba.

—Eso me hubiese gustado. Pero tenemos que hablar de cosas, cosas que Gabriela no debe oír. Ahora es un buen momento para que hablemos.

Sam asintió e hizo todo lo que pudo para fingir que no le pesaban las extremidades.

Carlo sugirió ir a Chester a desayunar y a comprar comida por si decidían quedarse una noche más.

—Si vamos a quedarnos una noche más, ¿no crees que deberíamos quedarnos en un hotel? —preguntó Sam, cuando ambos estaban sentados a la mesa de un restaurante.

—¿Y darte otra oportunidad de escapar? Me temo que no.

—Estoy segura de que no dormiste bien anoche.

—Eres muy amable preocupándote por mí. Pero no deberías. Aunque parezca refinado, soy mucho más duro de lo que parezco. Y a pesar de que no fue la noche más cómoda de mi vida, por lo menos sabía dónde estabais.

Sam sintió un calor extraño subir por su cuello hasta sus mejillas.

—¿Y si te prometiera no escaparme nunca más?

—No te creería.

Él sonrió pero era una sonrisa dura.

—No confío en ti.

—Todo lo que he hecho...

—Sí, lo sé. Sé que todo lo que has hecho ha sido por Gabriela. Pero en realidad lo haces por ti. Tú no quieres perder a Gabriela. No quieres vivir sin ella.

—¿Y por qué debería vivir sin ella? He pasado muchos años a su lado, la he amado como si fuera mi hija.

—Pero tú no eres su madre. No eres familia suya.

—¡Tú tampoco!

—¿Estás segura?

El estómago de Sam se encogió de golpe. Había llegado el momento de la verdad. Ya no podía huir de lo inevitable.

—Es una Belluci —dijo él lenta y deliberadamente—. Llevo años intentando recuperarla.

—Pero las apuestas... Johann...

— ¿Y por qué iba a comprarla? Es mía, debería estar conmigo. Sabía que, si te ganaba, Gabriela te seguiría. Sabía que sólo podría quedarme con Gabby después de haber destruido a Johann.

— No te creo.

— Por favor, Sam. No seas cobarde.

Sam sintió ganas de vomitar y colocó su mano sobre el estómago.

— ¿Te has hecho la prueba de ADN?

— Sí.

Aturdida, meneó la cabeza. Era incapaz de pensar en aquel instante. Los pensamientos eran incontrollables y el miedo y la confusión demasiado fuertes.

— ¿Entonces por qué no está contigo? ¿Por qué el tribunal no te nombró tutor legal?

— Con el tiempo lo harán, pero no quiero esperar más. Mi paciencia se ha agotado. Me he perdido los primeros cuatro años y medio de Gabriela. No voy a perderme más.

Un nuevo pensamiento se le pasó a Sam por la cabeza, aún más aterrador que los anteriores. Necesitó de todo su coraje para formular la pregunta.

— ¿Estabas detrás del intento de secuestro hace tres años?

— No.

Pero sabía lo que había ocurrido, pensó ella con el corazón latiéndole incontrolladamente. Aquella pregunta no le sorprendió lo más mínimo.

— ¿Pero sabías algo?

— Sé que te hirieron.

Sam lo miró fugazmente y después dijo:

— No fue para tanto.

— Estuviste una semana en el hospital.

Ella sonrió suavemente y recordó cómo Johann le había propuesto matrimonio mientras aún guardaba cama en el hospital. Él le dijo que la necesitaba y que, casándose, Sam le ayudaría a convertirse en un hombre mejor.

Pero no resultó ser así. Después de la boda, en cuanto Sam se recuperó totalmente, tuvo que asumir más responsabilidades en la casa en la que ya no era sólo la niñera, sino que tenía que cocinar y cuidarla.

— ¿Cómo te enteraste? — preguntó ella.

— Llevaba tiempo vigilando a van Bergen.

— ¿Nos espías?

— Yo prefiero llamarlo investigación — dijo Carlo lentamente y con cuidado—. Estaba decidido a reunir pruebas. Quería asegurarme de que Gabriela estuviera a salvo hasta que viniera conmigo.

— ¿Intentaste ir a los tribunales?

— Llevamos años en los tribunales, pero eso requiere mucho tiempo. Dentro de poco saldrá una sentencia...

— ¿Por qué jugabas a las cartas?

— Por venganza — replicó Carlo—. Quería hacerle sufrir como él me había hecho sufrir a mí. Me parecía justo.

— La venganza nunca es justa.

— Eres una chica muy buena, Samantha.

— Entonces yo no era importante. Nunca me quisiste a mí...

— Eso no es cierto — la interrumpió él—. Te quise desde el principio. Me lo jugué todo pensando que, una vez que te tuviera a ti, Gabriela vendría después.

— Eso no tiene sentido.

— Sam, tú te casaste con Johann por Gabriela. Sabía que si te tenía a ti, tendría a Gabriela. Y tenía razón.

Él le sonrió, pero era la sonrisa de un depredador.

— Tú la has protegido desde el principio. No te guardo rencor por eso. De hecho, me siento agradecido de que la hayas amado por ser ella y no por su cuenta bancaria.

— ¿Tiene una cuenta bancaria?

— Tiene un fondo fiduciario inimaginable. Es una Belluci.

— No sé lo que significa eso.

— Significa que ella es rica. Significa que siempre se preguntará si los hombres la querrán por ella misma o por su dinero.

— Eso es terrible.

— Es una realidad.

Sam apretó los labios e intentó digerir todo lo que estaba averiguando.

— ¿Y eso es lo que tú quieres para ella? ¿Una realidad durísima en la que su vida esté regida por el dinero y no por el amor?

— Sam, la vida es así. No pienso disfrazarla para Gabriela. Es una niña fuerte y se siente segura de sí misma. Puede ser una niña rica criada con amor.

Por alguna razón Sam sintió la injusticia. Ella, que se había esforzado tanto durante muchos años, nunca había tenido amor ni dinero.

— ¿Y tú tienes ambas cosas? ¿Eres rico?

— Sí.

– ¿Y tienes amor?

El se rió de un modo burlón y frío.

– No, pero eso ha sido una elección mía.

Sam nunca había conocido a nadie como Carlo Belluci, y tampoco entendía a los de su clase.

– ¿Por qué no querrías tener amor?

– El amor es complicado. Implica emociones complejas, además de culpabilidad y miedo. Soy más feliz sin él.

– Sin amor.

– Ya te lo he dicho. Soy feliz así.

Ella movió la cabeza perpleja.

– ¿Entonces por qué quieres a Gabby? El vaciló un instante.

– Porque es de la familia Belluci. Y quiero que sea criada como una Belluci.

Ella no podía soportar su forma de pensar. Era horrible y egoísta.

– No quieres llevarte a la niña por eso...

– Para mí es suficiente – dijo él, cortante, antes de levantar la carta –. ¿Sabes lo que vas a desayunar? Guardaron silencio durante un rato hasta que les sirvieron el desayuno y Sam no pudo soportar aquel silencio más tiempo.

– ¿Qué vas a hacer?

– Volveremos a Montecarlo mañana por la mañana. El lunes, Gabby irá a un colegio nuevo.

– ¿Un colegio nuevo?

– Sí.

– Estás completamente loco.

Y lo estaba. Tenía que estarlo para pensar que podría arrancar a Gabriela de todo lo que había conocido y había llegado a amar.

– Los adultos comprenden los cambios, quizás puedan cambiar de vida de la noche a la mañana, pero los niños no...

– No te estoy pidiendo permiso, Samantha. Te lo estoy contando. He tomado una decisión. Ya no te incumbe.

Ella se estremeció. Sabía que aquello no era cierto.

Sabía que Gabriela siempre sería de su incumbencia. Tal vez ya no fuera su cuidadora, ni siquiera su madrastra, pero Gabby formaba parte de su corazón, de su vida.

– ¿Por qué tienes tanta prisa?

—Ya he perdido bastante tiempo intentando recuperarla. Me niego a perder más.

La desesperación de la situación le hizo apretar los puños debajo de la mesa. No podía más.

—¿Y qué me dices de Gabby? ¿Eres consciente de todo lo que va a perder?

Los ojos de Carlo se cerraron ligeramente.

—Un día me lo agradecerá.

—Puede que sí, pero puede que no. Él se encogió de hombros sin más.

—Un día lo sabremos.

Sam sintió como si la hubiese partido el corazón por la mitad. ¿Cómo podía hacer eso? ¿Cómo podía siquiera hablar así?

—¿Por qué no le das algo de tiempo? —le suplicó—. Por lo menos déjala terminar el curso en el colegio al que va. No cambies su vida de la noche a la mañana. Es muy pequeña y ya ha pasado por mucho. Dale tiempo para entender lo que está pasando, para que pueda adaptarse.

Él se reclinó en la silla.

—Le daré tiempo. Tiene los próximos quince años para adaptarse.

—¿Qué clase de hombre eres?

El aguantó la mirada fijamente. La forma que tenía de mirarla despertó todos los sentidos de ella.

—El tipo de hombre que consigue lo que quiere.

—¿Has pensado alguna vez en lo que quieren los demás?

—Eso no me preocupa.

Sam se puso en pie.

—¡Qué frialdad!

—Sí, pero muy práctico.

Terminada la conversación, Carlo se concentró en comer el desayuno. Ella deseaba poder hacer algo, tener el poder para intervenir de la misma forma que había frustrado el intento de secuestro tres años antes lanzándose sobre el secuestrador. Había utilizado su cuerpo para proteger a Gabby y en aquella ocasión había funcionado.

Hasta cierto punto.

Le temblaba el labio inferior y se lo mordió. No estaba dispuesta a permitir que aquel hombre la afectara tanto ni a dejarle ganar.

Esperó hasta que él terminó y después recogió su abrigo y bolso.

—¿Podemos ir a buscar a Gabby?

—No has comido nada.

– No tengo hambre – contestó ella.

Tres años antes, había salvado a Gabby siendo valiente. ¿Por qué no podía encontrar la forma de salvarla en aquel momento?

Hacía mucho frío fuera del restaurante y Sam temblaba de camino a la tienda donde compraron leche, pan y comida para la cena. Se sintió aliviada cuando por fin llegaron al coche. Carlo encendió la calefacción inmediatamente. Durante el trayecto no hablaron. Sam miraba por la ventana e intentó no obsesionarse con los planes que Carlo había hecho para Gabriela, pero le era imposible pensar en otra cosa.

– Necesitaré tu ayuda – dijo él de repente –. He traído la solicitud de ingreso del colegio, y hay una lista muy larga de cosas que necesita. Un uniforme adecuado y cosas básicas.

– Carlo.

– En principio quería dejarla en el colegio en el que está. Pensé que tú podrías seguir llevándola por las mañanas, y recogerla después de salir de clase. Pero ahora que tengo claro que eso no va a funcionar, ya no puedo confiar en ti.

– Puedes...

– No puedo. Debido a mi trabajo tengo que viajar muchísimo. Por eso he decidido que el mejor lugar para ella es Ludwin...

– ¿Ludwin? ¡Es un internado!

– Uno de los mejores de Europa. La lista de espera es larguísima. He tenido suerte de que la aceptaran.

Sam se inclinó hacia delante para ver la expresión de su cara, creía que estaba bromeando.

– Todavía no ha cumplido los cinco años.

– Los cumple el mes que viene.

– Sí, y cree que vamos a celebrarlo con una fiesta con payasos y malabaristas. Me ha estado ayudando a planearlo.

– En lugar de eso la llevaré al circo real de Montecarlo.

La boca de Sam se abrió y después se cerró. No podía articular palabra. ¿Cómo podía enviar a una niña de cinco años a un internado?

– ¿La has mirado bien, Carlo? Es una niña. Es demasiado pequeña para ingresar en un internado. Todas esas reglas... Los otros niños podrían meterse con ella, las normas y los castigos...

– Eso la endurecerá.

A Sam le empezaron a caer lágrimas por las mejillas.

– Uno se endurece cuando te han roto el corazón y todas tus esperanzas han sido destrozadas. Que a un niño le ocurra eso antes de tiempo no ayuda a forjar su carácter. No hagas eso, Carlo.

— Yo me crié en un internado y sobreviví.

— Sí, sobreviviste. Pero sobrevivir no es vivir. Yo lo sé. Mis padres murieron cuando yo tenía seis años. Me crié en un orfanato. Un lugar donde viven niños porque no tienen otro sitio adonde ir, pero Gabby tiene un sitio. Te tiene a ti y a mí...

— Ya no formas parte de esto, Samantha — dijo él lanzándole una mirada fría —. Ya no puedo confiar en ti.

— ¿Entonces por qué me querías a mí? — susurró ella — ¿Por qué me separaste de Johann?

Él vaciló un instante, y después se dio cuenta de que se merecía una respuesta sincera.

— Por tres razones. Una, sabía que Gabby iría donde tú fueras. Dos, tú me separaste de Gabby...

— ¿Yo?

— Si no te hubieras casado con Johann, Gabby habría estado conmigo desde hace años.

— Yo no sabía...

— Eso no importa. Afortunadamente, la he recuperado y haré lo que sea necesario para que esté conmigo.

— ¿La quieres?

— Es mi familia. Es una Belluci.

Estaba decidido a hacerle entender a Samantha que no tenía ningún control sobre el futuro de Gabriela. Tenía que aceptarlo como su nuevo guardián.

— Tú conoces sus tallas. Te daré la lista que me han enviado de Ludwin. Me imagino que querrá traerse algo de su casa. Una manta o un animal de peluche. Si es que tiene uno...

— Tiene una muñeca que le encanta.

— Entonces que se la traiga.

— La harás mucho daño, Carlo. Es una niña que ha perdido a su madre, y al hombre que creía que era su padre. ¿Cómo puede ser un internado con reglas espartanas una solución?

— Ese colegio tiene una reputación impecable. Me han asegurado que harán todo lo que sea necesario para que la niña se adapte.

— Pero no conocen a Gabby, ni les importa. A mí sí. Y a ti también.

Las lágrimas seguían cayéndole por las mejillas.

— Puedes odiar a Johann y a mí. Odiar nuestras vidas. Las verdades y las mentiras. El mundo en el que vivimos. Pero no juegues a ser Dios. Y no me digas que no lo estás haciendo, porque ya has tomado la decisión de llevarla a ese internado.

– ¿Qué otra opción tengo? No puedo dejarla contigo. No si no puedo confiar en ti.

– Pero puedes. Te lo prometo.

– ¿Puedo confiar en tu palabra?

– Sí.

– Ojala pudiera confiar en ti, pero no puedo. Tuve suerte de que vinieras aquí. Afortunadamente, la trajiste a Chester. Sabía por un informe de un investigador privado que te habías criado en Cheshire. Él me dijo que, si huías, seguramente te encontraría aquí. Pero la próxima vez no huirás aquí. ¿Y después qué? ¿Dónde encontraré a Gabriela entonces?

– No la separaré de ti, te lo prometo.

Él se armó de valor ante la angustia de la voz de ella, se negaba a permitir que los deseos de ella se antepusieran a los suyos.

Sam continuó suplicándole.

– Soy una persona honesta y justa, Carlo. Te doy mi palabra. Si te tomas tiempo para conocerme, comprobarás por ti mismo que soy digna de tu confianza.

No podía mirarla, no podía permitir que la angustia de su voz le afectara. Se estaba dejando llevar por la emoción, pero con el tiempo, cuando ella encontrara a otra persona y tuviera sus propios hijos, le agradecería que la hubiese separado de Gabriela.

– Lo siento, pero no puedo volver a confiar en ti. Ella agachó la cabeza, pero él vio caer la primera lágrima.

– Por favor.

Se dijo que no debía pensar en ella ni mirarla. No la mires. Se trataba de un asunto familiar. Su familia. La familia que había dejado de existir. Sólo quedaba Gabby. Era la última de los Belluci. Tenía que recuperarla.

– No es una cuestión personal – dijo él cuando a ella le cayó otra lágrima por la cara –. No te estoy castigando.

Intentó suavizar el tono de su voz para consolarla, como si eso fuera posible.

– Dijiste que había tres... dijiste que había tres razones – musitó ella.

Él la miró fijamente. Vio la suavidad de sus labios y la terrible tristeza de sus ojos. Tal vez al principio buscara hacerle daño. Tal vez al principio le motivara la venganza, pero entonces no la conocía. Cuando la vio la primera vez pensó que era una rubia insensible más. Pero Samantha no era así. Debajo de su aspecto bello, había todo lo que él hubiese deseado en una mujer; era cálida, inteligente y leal.

– Eres deslumbrante – dijo sin rodeos –. Y te quería sólo para mí.

Capítulo 6

El se la había llevado porque la deseaba.

Para Sam era inconcebible que alguien pudiera desearla tanto. No se sentía deseable. No se sentía como debía sentirse una mujer.

Volvieron al coche y, una vez dentro, Carlo metió la mano en un bolsillo y sacó su móvil. Después de marcar un número, se lo pasó.

—Llama a la señora Bishop —dijo calmadamente— éste es su número. Di que vamos a pasarnos a recoger a Gabriela.

Sam no estaba de humor para discusiones y además echaba de menos a Gabby. Marcó el número de teléfono y la señora Bishop contestó. Hablaron brevemente, pero cuando Sam dijo que irían a su casa a recoger a Gabby, la señora Bishop protestó:

—¡Qué lástima, cielo! Las niñas han preparado un espectáculo de marionetas. Ahora mismo las estaba ayudando a hacer el vestuario.

Sam sintió un dolor fuerte en el estómago. Ella también había jugado con las mismas marionetas cuando vivía en el orfanato. Eran de la señora Bishop, y solía llevarlas al orfanato para que los niños pudieran jugar con ellas.

—No estará haciendo nuevos disfraces a las marionetas, ¿verdad?

—Por supuesto. Las obras nuevas requieren un vestuario nuevo.

Sam sonrió y recordó lo habilidosa que era la señora Bishop cosiendo. Había enseñado a Sam a cocinar y a coser, habilidades que le fueron muy útiles cuando ingresó en la academia de niñeras de Manchester.

—Seguro que se lo está pasando muy bien.

—Así es, Sam. Las niñas se lo están pasando muy bien juntas. Por favor, dejad que se quede a cenar. No tenéis prisa por volver a casa, ¿verdad?

—Déjame hablar con Gabby, por favor.

Gabby gruñó cuando la señora Bishop le pasó el teléfono.

—¡No podéis recogerme ahora! Nos hemos inventado una historia y estamos preparando el vestuario para las marionetas.

—Pero llevas mucho tiempo allí, Gabriela.

—¡No quiero marcharme! Hemos hecho galletas y la señora Bishop nos está ayudando a hacer los vestidos. Tienen un teatrillo con cortinas doradas y vamos a contar un cuento.

Sam miró a Carlo y tapó el auricular del teléfono con la palma de la mano.

—Gabby quiere quedarse a jugar más tiempo. Van a hacer una representación con marionetas.

—¿Se lo está pasando bien?

– Sí, muy bien.

– Entonces es mejor que se quede más tiempo. Puedo ir a recogerla antes de la hora de cenar.

Sam le dijo a Gabby y a la señora Bishop lo que Carlo le había dicho y colgó, después le devolvió el móvil.

– Me alegro de que se lo esté pasando bien. Sólo juega con otros niños cuando está en el colegio – dijo Sam –. Johann no la dejaba ir a casa de otras niñas, y tampoco permitía que vinieran a casa a jugar con ella.

– ¿Por qué? – preguntó Carlo.

– No lo sé. Pero Gabby lloraba cuando no la dejábamos. Johann y yo discutíamos mucho por esa cuestión. Pero le daba igual. Nunca cambió de opinión.

– Lo siento.

– Yo también.

Sam de repente sintió una avalancha de emoción tan fuerte, que tuvo que morderse el labio para impedir que los ojos se le llenaran otra vez de lágrimas.

Echaba de menos a todos. A sus padres, a Charles, hasta a Gabby, aunque a ella todavía no la había perdido.

– La quiero – susurró, mirando por la ventanilla del coche.

Había empezado a nevar. La temperatura debía de estar bajando, ya que la nieve empezaba a cuajar en el suelo.

– Aunque me sepa de ella, siempre será mi niña.

– Entonces facilítale el cambio – dijo Carlo con voz tan fría y dura como las ramas de los árboles en el exterior –. Ayúdala a adaptarse. No la confundas más.

Seguía nevando cuando llegaron al orfanato y la casa del guardabosques parecía más oscura y pequeña. No podía imaginarse pasando el resto de la tarde en aquella casa con Carlo.

Antes de que Carlo aparcara el coche, Sam le dijo: – Voy a entrar en el orfanato a buscar velas para esta noche. Siempre había de sobra en la despensa. Las luces fallaban a menudo y solíamos depender de las velas y lámparas de queroseno hasta que conseguíamos arrancar el generador.

Después de aparcar, Sam y Carlo salieron del coche. Carlo abrió el maletero, sacó las bolsas y empezó a llevarlas a la cabaña.

– ¿Sabes dónde están las lámparas? – preguntó Carlo.

– Deberían estar en la despensa, junto a las velas. Allí era donde las guardábamos.

– Espérame. Te acompañaré.

El orfanato estaba muy oscuro. Habían cortado el suministro de electricidad después de su cierre. Una vez dentro, Sam no necesitó luz para desplazarse en su

interior. Se había criado allí, había pasado quince años de su vida dentro. Para bien o para mal, el orfanato había sido su único hogar.

Como había supuesto, encontró las cajas de velas, cerillas y las lámparas de queroseno en la despensa.

—Voy a llevar las lámparas a la casa —dijo Carlo.

Sam asintió.

—Voy a echar un vistazo por aquí. Enseguida vuelvo.

Con una vela en la mano, Sam deambuló por el orfanato. Los muebles seguían iguales aunque un poco deteriorados. Todo estaba exactamente como ella lo recordaba. Pensaba que la casa estaría más sucia y llena de polvo, pero todo estaba colocado y ordenado. Sam supuso que la señora Bishop seguía yendo a aquel lugar a limpiar.

Había más luz en el piso superior. Las ventanas del segundo piso no habían sido cerradas con tablas y se quedó sin aliento cuando vio el retrato del reverendo Charles Putman colgado en la pared de las escaleras.

Era su Charles.

Estudió aquella cara guapa y la expresión gentil de sus ojos marrones, hasta que no pudo mirarlo más tiempo. Él había sido su príncipe, su caballero andante. Se había portado mejor con ella que nadie.

Se giró y abrió la puerta de uno de los dormitorios. Creyó que en aquella habitación el tiempo se había detenido. Nada había cambiado desde hacía ocho años.

Ocho años atrás, había estado allí poniéndose su vestido de novia.

Gimió de dolor. Se había casado dos veces y seguía siendo virgen. Pero el haber perdido a Charles como lo perdió...

Se acercó a la ventana del dormitorio y extendió su mano para tocar el cristal. Estaba frío y húmedo.

Sólo Dios sabía lo mucho que odiaba aquella habitación, aunque también la adoraba. Era el dormitorio de Charles, la habitación que iban a haber compartido cuando hubiesen regresado de su luna de miel en Bath.

Sin mirar hacia atrás, abandonó el dormitorio, cerró la puerta y bajó las escaleras, pero recordó que se había dejado la vela encendida en el pasillo.

Empezó a girarse para volver cuando vio a Carlo en las escaleras.

—¿Estás echando un vistazo? —preguntó.

Ella asintió y rezó para que él no pudiera notar las lágrimas en sus mejillas. Quería que su pasado siguiera secreto. No le gustaba hablar de ello con nadie y se negaba a darle a Carlo otra razón para que se mofara de ella.

—Ya he terminado. He visto suficiente.

Tenía ganas de salir, de escapar del orfanato y reprimir todos aquellos recuerdos.

— Sé lo que hay allí arriba. Viví aquí. Todos los niños vivían arriba.

— ¿Es una sala grande?

— Sí, llena de camas de docenas de niños que se criaron sin padres.

Una vez en la cabaña, Sam puso agua a hervir en la vieja cocina de hierro fundido. Oyó unos pasos detrás de ella. Se tensó, volvió a sentirse nerviosa y se le puso carne de gallina.

Odiaba el efecto que él tenía sobre ella. Odiaba aún más que la mirara. No sabía por qué él provocaba aquellas sensaciones en ella.

Miró por encima del hombro y le vio cargado con troncos. Tuvo que reconocer que se tomaba muy en serio lo de mantener la casa caliente y se lo agradeció:

— Gracias.

Él asintió.

— ¿Te apetece una taza de té? — preguntó para intentar disimular su nerviosismo.

— No, gracias.

Ella se giró otra vez hacia la ventana. Cada vez nevaba más fuerte. Los copos seguían cayendo sin parar y la capa de nieve en el suelo era cada vez más densa.

— No para de nevar — dijo ella —. La verdad es que no suele nevar tanto aquí.

— ¿Ha sido difícil para ti volver al orfanato? — preguntó Carlo de repente.

— Sí.

— ¿Cuántos años tenías cuando llegaste aquí?

— Seis.

Sólo un año mayor que Gabby. Sam se mordió el labio y combatió aquella oleada oscura de emociones. No podía pensar, pero tampoco podía dejarse llevar por la pena que había ocultado durante tantos años.

— No parece un mal sitio.

— No lo era — susurró ella con voz frágil. Entonces sintió la mirada de Carlo sobre ella.

— ¿Cuánto tiempo llevará cerrado? — preguntó él.

— Años... Por lo menos ocho.

— ¿Cuántos años fuiste viuda?

Sam suspiró y se estremeció. Hablar de su vida en el orfanato era duro, pero hablar de Charles era imposible.

Se apoyó en el borde de la pila para que no la viera temblar.

— Ocho — dijo.

Para disimular su angustia, Sam se giró hacia el armario de la cocina y sacó una taza y un platito. Sus manos temblaban mientras preparaba el té.

Todavía podía sentir el peso de su mirada sobre ella y percibió que él había recordado lo que la señora Bishop había dicho aquella mañana sobre la boda y el fallecimiento de su marido en el mismo día. Entonces se giró de repente, en cierto modo lo estaba desafiando a que se atreviera a criticarla.

Él le aguantó la mirada, pero no había piedad en sus ojos, sólo una concentración muy intensa.

Ella aguantó el aliento y le devolvió la mirada, pero nunca se había sentido tan vulnerable.

Si hubiese podido llorar... Deseó poder desprenderse de algo de su dolor, pero no era posible. Aquel dolor estaba demasiado enterrado en su interior y la pérdida había sido demasiado grande.

Inexplicablemente, los ojos de color avellana de Carlo expresaron emoción y su mandíbula dura se relajó un instante.

– Has sufrido grandes pérdidas en tu vida, ¿verdad?

Su muestra de compasión repentina fue demasiado para ella. Sam sintió cómo la capa de hielo dentro de ella crujía y se venía abajo, detrás de aquel muro Sam descubrió a una niña llorando.

Creía no haber hecho ningún ruido, pero Carlo ya había agarrado su barbilla, después dejó deslizar su dedo por su cuello y por su garganta.

– Tranquila – lijo –. Todo va a salir bien.

Las lágrimas inundaron los ojos de Sam y al levantar su mano encontró la de Carlo, sus dedos se entrecruzaron y ella se agarró con fuerza.

– No nos hagas esto – dijo ella, atragantándose.

No entendía lo que estaba ocurriendo. Odiaba el poder y la fuerza de aquel hombre y, sin embargo, de alguna forma, lo deseaba.

Él se inclinó hacia ella y Sam pudo sentir su aliento en la cara. Durante una fracción de segundo, pensó que la besaría y de repente la tetera silbó y él dio un paso atrás.

Sam sintió cómo él retiraba su mano. Ella dio un paso atrás, a pesar de que el deseo que sentía era muy fuerte.

– El agua está hirviendo – dijo él.

Ella se giró y buscó un trapo de cocina, algo para agarrar la tetera, y cuando se giró, Carlo ya no estaba.

Salió fuera a cortar leña. Antes de entrar en la cabaña del guardabosques había estado cortando troncos para disipar su furia y agresividad. No tenía que haber dejado de hacerlo. Tampoco tenía que haber entrado en la cocina cargado de troncos, por lo menos cuando Sam estaba allí sintiéndose totalmente sola y vulnerable.

Deseó no haberla visto así y también poder borrar de su memoria la expresión de ella. La que vio cuando estaba junto a la pila mirando por la ventana. ¡Parecía tan perdida! Le recordaba a la mirada de Gabriela.

«¡Maldición!» pensó él. ¡Cuánto sufrimiento!

Había destruido su mundo quitándole la única seguridad que tenía en la vida. Al principio sólo había sido una herramienta para conseguir lo que quería. Pero era incapaz de dejarla sola en el mundo sin dinero, protección o estabilidad. Si iba a hacerse cargo de Gabriela lo menos que podía hacer era ocuparse de la persona que le había dado tanto amor y afecto a la niña.

Le gustase o no, Samantha también era su responsabilidad.

Volvió a la cabaña cargado con más troncos, los dejó junto a la chimenea y regresó a por otra carga para que pudieran tener suficiente leña para pasar la noche.

Pero a la vuelta tuvo que apretar los dientes por el terrible dolor que sentía en la pierna derecha. Se detuvo a respirar hondo y controlar el dolor. Sus piernas se habían vuelto muy sensibles a los cambios de temperatura después del accidente.

Los médicos le aconsejaron que usara un bastón, pero no estaba dispuesto a anunciar su debilidad a los demás. Jamás permitiría que otro hombre supiera que no era tan fuerte como él. Su profesión era tan competitiva, tan despiadada, que tenía que ser duro siempre. No sólo físicamente, sino también mentalmente. Había aprendido a disimular su discapacidad andando más despacio. Y normalmente funcionaba.

Frunció el ceño cuando su pierna derecha volvió a fallarle y perdió la estabilidad. Pero no estaba dispuesto a soltar los troncos. Él nunca se rendía y no iba a concentrarse en el dolor agudo que sentía en las dos piernas.

Acababa de soltar los troncos junto a la chimenea cuando sonó su teléfono. Era la señora Bishop. Llamaba para decirle que habían intentado acercar a Gabby, pero que el coche se había deslizado en el hielo y se había salido de la carretera. No les había ocurrido nada, pero no tenían forma de llevar a Gabby.

— Puedo intentar llegar en mi coche — contestó —. Tengo uno de alquiler, no es un cuatro por cuatro, pero creo que servirá.

— Puede que tengas suerte, pero puede que no — contestó la señora Bishop —. Pero es mejor que no te arriesgues. Mi yerno está un poco aturdido. Creo que será mejor que Gabby se quede con nosotros esta noche. Mañana le pediremos a uno de los granjeros de la zona que nos ayude a sacar el coche con un tractor.

Carlo vio a Samantha de reojo. Estaba seguro de que ella había escuchado la conversación telefónica.

— ¿Qué sucede? — susurró ella —. ¿Está bien Gabby?

Él asintió antes de terminar la llamada.

— Quédesela esta noche, señora Bishop. Es mejor que no corramos riesgos innecesarios. Dígale a su yerno que yo pagaré la grúa y llámenos si surgiera algún problema.

Colgó el teléfono y se giró hacia Sam.

—No se puede circular por las carreteras. El yerno de la señora Bishop intentó acercarse a Gabby, pero se salió de la carretera.

— ¿Está bien?

—Sí, pero esta noche se va a quedar con ellos.

Sam asintió, pero se sonrojó a la vez. Contaba con la vuelta de Gabby. Pero no volvería esa noche. En lugar de eso, Carlo y ella pasarían la noche juntos en aquella cabaña tan pequeña.

Sin televisión ni música, ¿qué iban a hacer durante las próximas doce horas?

Capítulo 7

La cena fue simple, sándwiches de queso y sopa de tomate. No fue una cena glamurosa, pero satisfizo la necesidad de una comida caliente. Cenaron delante de la chimenea porque era el lugar más caliente de la cabaña. Cuando terminaron, Sam se levantó y llevó los cuencos a la cocina, pero cuando regresó para recoger los platos, sus miradas se cruzaron y volvió a sentir el calor de la mirada intensa de él.

– Déjalos – dijo él –. Me ocuparé de los platos más tarde.

– No me importa.

– A mí sí. Déjalos.

Sam estaba nerviosa y amontonó los platos en la pila y dejó correr el agua antes de deslizar las manos por sus pantalones, tenía las palmas de las manos húmedas.

Aquella cabaña era muy pequeña. No había un lugar donde esconderse. Y las habitaciones, aunque hubiese querido esconderse en una de ellas, estaban muy frías.

Pero la idea de tener que volver y sentarse con Carlo junto al fuego la llenaba de terror.

La ponía muy nerviosa. Su corazón se aceleraba cuando estaba cerca de él y su cuerpo se estremecía de calor y frío.

¿Por qué le tenía tanto miedo?

¿Por qué sentía ganas de gritar y salir huyendo cuando estaba cerca de él? ¿Sería su instinto de supervivencia? ¿El sentido común?

Volvió a mirar por la ventana. Se sintió desanimada otra vez al ver que seguía nevando sin parar.

– Estamos atrapados.

– Sobrevivirás.

– Lo sé. Lamentablemente, tú también.

La risa de Carlo la sorprendió. Era un sonido profundo y masculino que le resultó muy atractivo.

– ¿No estás cómoda cuando estoy cerca de ti?

– ¡No!

– Por fin has sido sincera conmigo.

– Yo nunca te he mentado.

– No. Pero te entiendo. Eres inglesa y estás acostumbrada a no mostrar tus sentimientos a los demás.

– Eso no es cierto. Lo único que quiero o necesito es a Gabby, y he sido muy abierta respecto a mis sentimientos hacia ella.

Él estudió sus labios rojos bajo la luz del fuego. Durante un instante, sólo se oyó el chisporroteo del fuego y el olor del humo.

—Un día te volverás a casar —dijo con una ternura que la sorprendió—. Tendrás hijos, una familia propia.

Si lo que él esperaba era apaciguarla, sus palabras provocaron una reacción totalmente opuesta en ella. La garganta y el estómago le dolieron como si se hubiese tragado cristales rotos.

—Jamás —contestó—. Jamás volveré a casarme. Y no quiero tener hijos propios.

—Pero se te dan bien.

—Soy niñera. Mi trabajo consiste en cuidar de los hijos de otras personas. Espero que se me den bien.

—¿Pero no te gustaría tener tus propios hijos?

—¿Cómo?

—Con un amante, un compañero. Alguien con quien compartir tu vida.

Ella sintió que se sonrojaba y empezó a mover la cabeza, asombrada de lo rápidamente que era capaz de ponerla nerviosa.

—No. Estoy bien así.

Ignoró el cosquilleo que sentía por dentro. La verdad era que había momentos en que necesitaba más, a veces se sentía sola, pero todo el mundo se sentía solo a veces.

—Mi vida está bien así.

—Pero has estado casada. ¿Cómo no puedes echar de menos los placeres físicos? ¿El sexo? ¿La intimidad?

No sabía que ella no tenía ni idea de sexo y tal vez por eso nunca había buscado la intimidad con nadie. Sam se sintió terriblemente avergonzada de que, a su edad, a punto de cumplir los treinta, supiera tan poco de sexo como a los dieciocho años.

Tenía la boca muy seca.

—Estoy contenta así —dijo ella.

—Lo dices, pero no te creo. Lo veo en tus ojos, Samantha. Lo veo en tu forma de hablar y sonreír. Perdóname, pero eres una mártir en busca de una causa.

Sam no se había dado cuenta de que había aguantado el aliento hasta que empezó a darle vueltas la cabeza. Se obligó a expirar y después a inhalar aire para despejar las ideas.

—No soy una mártir. Hay personas que sufren más en la vida que otros.

Él se levantó de la silla y se acercó al fuego para atizarlo antes de meter más leña.

—Hay algo que debo contarte, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Es malo?

— No es bueno.

Sam se puso tensa ante la posibilidad de escuchar más malas noticias. Cualquier mala noticia en su vida había sido terrible. Para ella no había una noticia intermedia o decepcionante, solo hechos trágicos.

— Se trata de Johann. He averiguado cosas sobre él que podrían herirte o hasta avergonzarte. Pero quiero que sepas la verdad.

— ¿Avergonzarme? ¿Más de lo que ya ha hecho?

Sam no pudo evitar reírse.

— ¿Cómo podría avergonzarme más ahora? — preguntó ella aguantándose la risa.

Pero Carlo no sonreía y de repente soltó un largo suspiro.

— Tiene otra esposa.

Sam lo miró. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar.

— ¿Tiene otra esposa?

— Sí — dijo sin vacilar un instante—. La visitaba en Viena. Se casaron hace diez años. Nunca se divorció de ella.

— Eso significa...

— Que vuestro matrimonio no es válido. No eres la esposa legal de Van Bergen.

Sam meneó la cabeza lentamente.

— ¿Nunca he sido su esposa?

— No.

— No soy la baronesa van Bergen. Lo es la esposa que tiene en Viena.

— Sí.

Se sentía como si acabasen de golpearla en la cabeza con un martillo pesado.

— ¿Entonces qué soy?

Carlo no contestó. No hacía falta que lo hiciera. Sam no era nada. Sólo una niñera, una simple niñera, como siempre.

Levantó una mano y se tocó la frente.

— ¿Tiene hijos con ella?

— No.

Dio gracias a Dios.

— ¿Pero la seguía viendo?

— Sí.

— ¿Ella sabe lo mío?

Carlo empezó a negar con la cabeza.

– Creo que no. Nunca sale de Viena. No suele viajar con él.

– Yo tampoco lo hacía.

Sam se rió nerviosamente.

– Supongo que las dos se lo pusimos fácil. Debía de ser fácil tener dos esposas si ninguna de ellas quería viajar con él.

– Sé que es otro golpe, Samantha. Pero estás mejor sin él...

– ¡Pues claro que sí! –lo interrumpió ella con violencia–. ¡Yo no lo quería! ¿Cómo podía quererlo? Era frío y egoísta. Se portaba fatal con Gabriela y conmigo, pero...

Se le quebró la voz. La verdad de los últimos cuatro años la golpeó con fuerza y se sintió devastada y traicionada.

– ¡Ni siquiera me pagó!

Miró a Carlo con los ojos llenos de furia.

– Durante tres años cociné, limpié, cosí y cuidé del jardín sin recibir nada a cambio. Ni siquiera un «gracias».

No iba a llorar, no podía llorar, ¡se sentía tan estúpida! En lugar de eso se rió y se dio la vuelta para mirar por la ventana. Johann la había tratado horriblemente y ella lo había permitido.

– Por eso pudo apostarme a las cartas. No valgo nada.

– Eso no es cierto.

– Lo es. Por lo menos para Johann. Vas a pensar que soy tonta, pero lo único en lo que puedo pensar es cuando me pidió mi alianza. Me dijo que lo necesitaba para pagar sus deudas. También insistía en que yo le cortara el pelo a Gabriela porque no teníamos suficiente dinero. Y sin embargo, él era el barón van Bergen y todos lo adoraban. Todos lo admiraban mientras Gabby yo luchábamos para salir adelante.

– Gabby tuvo suerte de tenerte, Samantha.

A ella le ardían los ojos, pero no permitió que las lágrimas se la escaparan.

– ¿Desde cuándo lo sabías?

– Hace tiempo.

– ¿Cuánto?

– Más tiempo del que te gustaría.

– Entonces Johann nunca estuvo casado con Mercedes.

– Tenían una aventura y todavía vivían juntos en Montecarlo cuando ella murió. Johann se quedó a su bebé.

– ¿Pero por qué? ¿Por qué quiso Johann adoptar a Gabby?

– No creo que sus razones fueran sentimentales, más bien económicas. Era muy avaricioso. Pensó que quedándose a Gabby tendría acceso a su fondo fiduciario.

– Pero no podía, ¿verdad?

– No. No soy su guardián legal, pero sí el fiduciario de su fondo. Gabby no tendrá acceso a él hasta que cumpla los veinticinco años.

– Tenías razón – dijo Sam después de un minuto—. Gabby ni siquiera ha cumplido los cinco años y ya los hombres la quieren por su dinero. Eso está tan mal. Es bonita, lista y divertida. Pero mejor aún, tiene un corazón de oro. Si alguien la quiere, debería quererla por lo que es.

– ¿Pero no es eso lo que quieren todas las personas? – le preguntó Carlo.

Tenía razón. Era lo que ella siempre había querido. Intentó disimular las lágrimas, pero Carlo ya se había dado cuenta. Pasó la punta de su dedo justo debajo de sus ojos para dejar que las lágrimas cayeran, y ella le tomó la mano.

La abrazó y la acercó a su cuerpo. Sam lo miraba con los ojos totalmente abiertos. Colocó su mano detrás de la nuca de ella y acercó su boca a la de Sam.

Ella podía sentir los poderosos muslos de él contra los suyos, podía sentir cómo sus pechos se aplastaban contra el pecho de él.

La besó lentamente y pudo sentir la lengua de él explorando sus labios. Su cerebro le decía que no, pero su cuerpo ya se había fundido con el de él.

Aquel beso la excitó. Jamás había sentido nada igual. Y cuando él levantó la cabeza, ella no podía moverse ni pensar. Lo único que podía hacer era mirarlo con deleite.

Al ver la confusión que ella sentía, él sonrió y acercó su boca justo detrás del oído de ella, la besó tiernamente y le dijo:

– No soy un hombre con grandes valores. No confíes en mí. No soy un buen hombre. Ni lo seré nunca.

La soltó y salió por la puerta principal sin su abrigo.

Pero la forma en que él se marchó no le sorprendió. Lo que a ella le había sorprendido profundamente fue su propia reacción al beso.

Jamás había sentido algo así, y la había fascinado, la había hecho darse cuenta de que era mucho más peligroso de lo que se imaginaba.

Pero sólo había sido un beso. Carlo seguramente había besado a cientos de mujeres en su vida y estaba segura de que todas ellas no se habían enamorado locamente de él por un beso. Ni siquiera ella se había enamorado locamente, aunque sí la había conmovido.

Le había gustado el beso y habría deseado que no parara.

Todavía sentía un hormigueo por todo el cuerpo y tenía la mandíbula tensa. Todo su cuerpo se sentía agradecido.

Había empezado a desearlo. Deseaba cualquier cosa que él estuviera dispuesto a darle.

Carlo salió de la cabaña a un paisaje todavía cubierto de blanco.

Había dejado de nevar y la luna llena iluminaba todo el campo.

Pensó que lo mejor sería regresar cuanto antes a Montecarlo. No quería seguir allí. Se sentía atrapado. Había llegado la hora de volver a casa y seguir con su vida.

Sam no formaba parte de su vida. Se ocuparía de ella económicamente, especialmente ahora que sabía que no tenía nada de dinero ni familia. Le encontraría una casa cómoda y le buscaría trabajo.

¿Pero a quién quería engañar?

Realmente no quería buscarle una casa y un trabajo. Quería arrastrarla hasta su cama y hacerle el amor.

Pero si hacía eso, su vida se complicaría muchísimo. Y también la de Gabby. Creía que todas las relaciones llegaban a su fin y que el amor no era duradero. ¿Y después cómo explicaría la separación a Gabby?

No lo haría porque ella jamás lo entendería. Gabby sólo era una niña y adoraba a Sam.

No. Tenía que poner fin a aquel deseo y atracción. Sam tenía razón. Lo primero era Gabby y no tenía que sufrir por nada en el mundo. Y menos por los adultos a los que quería y en los que confiaba.

Y él amaba a Gabby. La quería de verdad. Había dedicado años de su vida a recuperarla desde aquel trágico accidente de Fórmula 1.

De repente lo revivió todo con claridad. Nunca había sido capaz de borrarlo totalmente de su memoria. Pero el peligro formaba parte de su profesión y ya no podía hacer nada para remediarlo.

Las imágenes de su accidente le volvieron lentamente, como si de un vídeo a cámara lenta se tratara. Cuando se conduce un coche de Fórmula 1, la velocidad es inimaginable. A veces ni siquiera hay tiempo para reaccionar.

Recordó el coche de su compañero de equipo cruzándose con el de otro equipo. Por alguna razón perdió el control en la curva y se estrelló contra un muro. La explosión envió una onda expansiva de fuego en todas direcciones que hizo a Carlo perder el control y chocar con el coche que tenía delante.

La única razón por la que se salvó de aquel infierno fue porque Dios o un ángel guardián lo arrancó de allí y decidió que sólo él sobreviviera.

Lo primero que le dijeron cuando despertó en el hospital fue que su compañero, su padre, había muerto y que él tenía las piernas aplastadas y quemadas. Los médicos le dijeron que no volvería a andar nunca más.

Pero también recordó a Mercedes llorando junto a la cama del hospital, preguntándole cómo esperaba que tuviera el bebé después de todo lo que había ocurrido.

Aprendió a andar otra vez porque un bebé necesitaba un padre.

Incluso aprendió a conducir otra vez porque en algún lugar había un bebé que necesitaba a un padre fuerte en su vida. Un hombre que no se rindiera y que siempre creyera que el bien acaba por prevalecer.

Carlos respiró profundamente y dejó que aquel aire gélido llenara y quemase sus pulmones. Reprimió el llanto. Era un hombre y los hombres no lloraban.

Pero tantos recuerdos lo llenaron de dolor.

Pensó en Gabby, en lo buena que era y en la vida tan injusta que había tenido que vivir. Ya había perdido a su madre y había tenido a un padrastro horrible. ¿Qué tendría que hacer para que su vida fuera más feliz?

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario por su felicidad.

La puerta de la cabaña se abrió y salió Sam.

—Hola...

Él asintió y ocultó todos sus sentimientos con aquella expresión tan dura que lo caracterizaba.

—¿Puedo hacerte compañía? —preguntó ella.

—Te vas a congelar.

—A ti no te ha pasado nada.

—Yo soy un hombre.

Ella se rió y él no pudo evitar sonreír.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó él.

—La forma en que lo has dicho.

En ese instante ella miró hacia arriba y vio los carámbanos de hielo que se habían formado en el borde del tejado del porche. Levantó un brazo e intentó romper uno con la mano.

—¿Cuándo vas a decírselo? —preguntó Sam—. ¿Lo de Johann, lo tuyo y lo del colegio?

Algo en su mirada encendió un fuego en el corazón de él. Y Carlo entendía de fuegos. Sabía bien lo que se sentía al arder en uno.

—Son muchas cosas para una niña —contestó él—. Pero pronto.

—Avísame cuando vayas a hacerlo, ¿de acuerdo?

Pero él no dijo ni que sí ni que no, sólo la miraba. Y mientras miraba en la profundidad de sus ojos azules, sus párpados bajaron y empezó a fijarse en aquellos labios que tanto había deseado y que por fin había tenido la oportunidad de probar.

Extendió el brazo y apartó uno de los rizos rubios y largos que tapaban la cara. A la luz de la luna pudo verla sonrojarse.

—Ya no me odias tanto como antes.

—Yo nunca te odié.

- No te gustaba.
- No me gustan los hombres sin principios.
- Qué diplomática.
- Tú animaste a Johann a jugar.
- Pues claro que lo hice. Pero sólo para conseguir lo que quería.
- Eso es lo que hacía que me sintiera tan incómoda. Tienes que tener principios, Carlo. No puedes hacer lo que te venga en gana sólo porque deseas algo.
- Claro que puedo – dijo él mientras abría la puerta para que entrara en la cabaña.

Capítulo 8

Después del beso, Sam estaba segura de que ocurriría algo más, pero cuando llegaron a la chimenea, Carlo se distrajo con algo que había comprado y ella se sentó en una silla, nerviosa, como una chica en su primera cita.

Pero no ocurrió nada más. Fue como si el beso jamás hubiese tenido lugar.

Pensó que él se había arrepentido de haberla besado, o que estaba tan acostumbrado a besar a mujeres que no le había dado importancia.

Finalmente llegó la hora de irse a la cama. Carlo durmió en una de las habitaciones y Sam improvisó una cama en el sofá del salón.

Tardó horas en quedarse dormida y, cuando se despertó tensa y fría a la mañana siguiente, no se le había pasado el mal humor.

Hizo todo lo que pudo para olvidar lo que había pasado, pero no podía. Le costaba olvidar. Especialmente después de haber pasado la noche en vela deseando que él satisficiera su deseo.

Después del desayuno, empezó a fregar los platos. Carlo se acercó por detrás para dejar su taza y ella se sobresaltó como si alguien la hubiese tocado con algo caliente.

Sólo pensar que estaba cerca, detrás de ella, la hacía sentirse extremadamente sensible. Y cuando se inclinó para recoger el trapo de cocina para secar los platos que ella había fregado, sintió una tensión en su estómago, que llegó incluso a dolerle.

Si lo que sentía era deseo, era horrible.

La estaba sacando de quicio. Deseaba algo, pero no sabía lo que era.

Debió de suspirar porque Carlo la miró de reojo.

— ¿Te pasa algo hoy?

— Sí.

Los ojos de él la recorrieron desde la cara hasta los pechos.

— Dime lo que te pasa. A lo mejor puedo ayudarte.

— No puedes porque tú eres el culpable.

— ¿Yo?

Exasperada, meneó la cabeza. ¿Por qué le había dicho eso? Era una estupidez. Él no era el culpable de nada. El problema lo tenía ella. La atracción que sentía por él era el problema. La había besado y, aunque para él no había significado nada, ella deseaba más.

— Todavía no me has dicho de qué soy culpable — dijo él.

— No me hagas caso. Estoy siendo irracional.

–Eres la mujer menos irracional que he conocido. Dime. ¿En qué puedo ayudarte?

–Por favor, no trates de engatusarme. No después de lo de anoche.

– ¿Qué pasó anoche?

El ni siquiera se acordaba. Aquel beso no había significado nada para él.

De repente dio un paso hacia ella. Podía sentir el calor de su cuerpo cerca. La temperatura de Sam subió inmediatamente, tanto que le costaba respirar.

En un abrir y cerrar de ojos, la envolvió con sus brazos y la apretó contra sus poderosos pectorales. Empezó a sentir todo su cuerpo contra el suyo. Era un macho fuerte y aquella sensación la sobrecogía.

Pensó que llegado aquel momento tendría miedo.

Siempre había creído que sentiría pánico en el momento en que un hombre expresara su deseo por ella.

Pero en lugar de sentir miedo quería deslizar sus manos debajo de su camisa y sentir el calor de su piel contra sus palmas. Él estaba acariciando todo su cuerpo y le pareció la cosa más natural del mundo.

Pensó que podría llegar a amar a un hombre así y, aunque se estaba dejando llevar por la pasión, por fin se sentía bien por primera vez en muchos años.

Finalmente se entregó al deseo. Por fin podía admitir que deseaba ardientemente sentir placer. Y mientras Carlo dejaba que una de sus manos se deslizara por todo su costado hasta el interior de su muslo ella se dio cuenta de que había sido creado para ella.

Era el hombre adecuado para robarle su virginidad.

Era el hombre acertado para enseñarle los placeres de hacer el amor.

De repente sonó un claxon fuerte, no era el claxon de un coche, sino un estruendo que hizo que Carlo y Sam se separaran de golpe. Ambos miraron por la ventana a la vez y vieron a Gabriela saltar de un tractor a la nieve.

Gabby había vuelto y por primera vez, Sam deseó que la niña hubiese aparecido una hora más tarde.

Gabby irrumpió de golpe por la puerta de la cabaña riéndose y sin aliento mientras un granjero con el pelo canoso se bajaba del tractor.

Sam y Carlo se encontraron con el granjero en la puerta.

–Aquí tienen a su chica. Intentaremos despejarles el camino esta tarde.

–Cuando tenga tiempo –contestó Carlo, extendiendo la mano con un billete de veinte libras.

El granjero asintió y se metió el billete en el bolsillo de su abrigo.

–Gabriela me ha dicho que usted es Carlo Belluci.

Me preguntaba si sería el hijo de Belluci. Se parece mucho a él. Es italiano ¿no?

– Así es.

– Caramba. Usted es un tipo grande. Siempre me cayó bien.

El granjero saludó a Sam con un gesto, dio una palmadita en la cabeza a Gabriela y se dirigió a su tractor.

Antes de que Sam pudiera organizar sus pensamientos, antes de poder preguntarle a Carlo lo que había querido decir el granjero, Gabriela empezó a bailar alrededor de los dos.

– Hace un día como en los cuentos de hadas. Ven a verlo, Sam. Es como en el ballet del Cascanueces. ¡Es un día mágico!

Sam estaba de acuerdo con la niña. Los grandes robles estaban totalmente cubiertos de nieve. Los carámbanos colgaban del tejado del porche.

– ¡Vamos a dar un paseo! – gritó Gabby.

En realidad, un paseo era exactamente lo que Sam necesitaba y entró en la cabaña para ir a por su abrigo.

– ¿Vas a venir con nosotras? – preguntó Gabby a Carlo. – ¿A dar un paseo?

– Sí.

Él meneó la cabeza.

– No. No me apetece hacer ejercicio.

– El ejercicio es bueno – contestó Sam mientras metía los brazos en las mangas de su abrigo.

– También lo es una buena hoguera – dijo él secamente.

Sam le puso mala cara y después le ofreció su mano a Gabriela.

– Allá tú. Enseguida volvemos.

Hacía un viento frío. Dieron la vuelta al orfanato hasta el jardín de la cocina.

– Qué frío hace – dijo Gabriela casi sin aliento.

– Mira – dijo Sam señalando un carámbano gigante que se había formado en el tejado del edificio –. Parece una cascada.

– Como los que vimos en Suiza – contestó Gabriela.

– ¿Te acuerdas de ese viaje?

Gabby apretó la mano de Sam.

– Fuimos a pasear en un carruaje y cenamos pan con queso fundido.

Gabby ni siquiera había cumplido los tres años cuando hicieron ese viaje.

– Eso fue hace dos años.

Gabby cerró ligeramente los ojos.

– Fue divertido.

Jadeaban un poco cuando llegaron hasta el jardín, donde los rosales parecían esculturas de hielo.

Sam limpió la nieve de uno de los bancos y Gabby y ella se sentaron. Casi inmediatamente Sam pudo sentir el frío del banco traspasar los pantalones.

—¿Ha venido a llevarme con él? —preguntó Gabby tirando de la manga de Sam—. Os oí hablar la primera noche que llegamos aquí. Vosotros creíais que estaba dormida.

—No está bien escuchar. El problema de escuchar cuando no debes es que podrías entender otra cosa que no es.

—¿Entonces no me tengo que ir con él?

—Sin mí no.

Carlo estaba en la ventana mirando a Samantha y Gabriela cuando volvían a la cabaña.

La puerta se abrió y las voces y la luz llenaron la cabaña. Carlo pestañeó ante la luminosidad, pero agradeció el calor que traían. Sam y Gabriela literalmente iluminaron la habitación.

—¡Carlo! —gritó Gabby desde la entrada todavía riéndose y corriendo en la nieve—. ¡Ven a jugar con nosotras!

¿Jugar en la nieve él? Carlo hizo una mueca. De pequeño, le había gustado esquiar, pero desde su accidente, evitaba el hielo y la nieve.

—¿Por qué no jugamos a las cartas? —sugirió él.

Gabby entró en el salón con las mejillas completamente rojas. Aplaudió con los guantes y envió restos de nieve por toda la entrada.

—¡Hace un día precioso!

—Pero frío.

—¡Jo! —dijo Gabriela—. No eres tan viejo. Sal a jugar. Ya verás como te gusta jugar en la nieve.

—No se me da bien jugar en la nieve —dijo él con tristeza.

—No te preocupes. Haz lo que puedas.

Era una niña muy pícara. No le cabía la menor duda de que era su hija.

—¿Seguro? —le preguntó burlonamente.

—Sí —le contestó la niña a la vez que recogía su abrigo y se lo entregaba—. Pero ponte el abrigo porque hace frío.

Fue como si le hubiese arrebatado el corazón con sus pequeñas manos. Él se mordió el labio para ocultar las emociones intensas que llenaban la habitación. Se había pasado la vida deseando una familia, una vida clásica, pero nunca se le había presentado la oportunidad. Su padre nunca había sido de los hombres a los que les

gusta estar en su casa. Era del tipo de hombres que disfrutaba más corriendo riesgos y peligros. Carlo también lo llevaba en la sangre, pero no hasta el punto de su padre.

Y Gabriela...

Carlo meneó la cabeza asombrado por la expresión de los ojos de su hija. Él sabía que jamás podría enviarla a un internado, especialmente después de todo lo que había pasado. Pero Samantha no tenía por qué saberlo. Prefería que pensara que era un bruto, alguien terrible. No necesitaba su aprobación y no necesitaba gustarle. Solo quería que Gabriela regresara con su familia.

Sam se soplabla las puntas de los dedos mientras Gabby conducía a Carlo de la mano fuera de la cabaña de la mano. Él, al igual que Sam, no tenía puesta ropa de invierno.

Pero, a pesar de eso, Carlo se puso manos a la obra y comenzó a hacer enormes bolas de nieve que luego formarían el cuerpo del muñeco de nieve. Padre e hija se reían y discutían sobre los puntos fuertes de su hombre de nieve al que habían bautizado con el nombre de Señor Blanco.

Sam estaba a punto de poner leche a calentar para hacer chocolate caliente cuando Carlo y Gabby regresaron.

—Cambios de ropa, estáis empapados —dijo Sam—. También os vendrá bien un baño caliente. Estáis muertos de frío.

—¡Pero ha sido divertido! —gritó Gabby girándose para recibir el apoyo de Carlo—. ¿A que sí?

Carlo asintió con la cabeza y Gabby desplegó una sonrisa que iluminó todo el salón. No podía dejar de mirar a Carlo, su cara expresaba alegría.

Gabriela lo adoraba porque la escuchaba y la hacía sentirse importante. Sam se dio cuenta de que la niña nunca se había sentido así, por lo menos no con un hombre.

Johann había pasado muy poco tiempo con Gabby, y la calidad del poco tiempo que habían pasado juntos inevitablemente dependía del humor de Johann y sus problemas. Gabby llamaba a Johann «papá», pero él nunca se había comportado como uno.

—No irás a marcharte ahora, ¿verdad? —le preguntó Gabby a Carlo.

Durante un instante Carlo fue incapaz de contestar, pero después meneó la cabeza suavemente.

—No. No me iría a ninguna parte sin ti.

Gabby volvió a expresar su alegría sonriéndole.

—Me alegro. Y Sam se vendrá con nosotros cuando nos vayamos.

Las palabras inocentes de Gabby hicieron eco en la cabeza de Sam mientras preparaba el baño. Era lo mismo que ella le había dicho a Gabby durante su paseo por la nieve aquella misma tarde.

Cuando Gabby terminó de bañarse y secarse, Sam la vistió y le secó el pelo con una toalla.

—Voy a traerte el chocolate caliente —dijo a Gabby—. Pero no te sientes demasiado cerca de la chimenea. Vuelvo enseguida.

Pero cuando volvió ya estaba totalmente dormida con un puñado de soldados de plomo en la mano.

Sam tapó a Gabby con una manta y fue a colgar las toallas. Creía que Carlo todavía estaba en el baño, por eso entró primero en su cuarto, pero al entrar descubrió que estaba equivocada.

Carlo ya había salido del baño y se estaba vistiendo. Estaba de espaldas cuando ella entró. Sam se quedó petrificada cuando vio a Carlo desnudo. Tenía unos hombros anchísimos y una cintura esbelta. Sus glúteos eran musculosos y fuertes, y la piel era más clara que la de las piernas y la espalda. Pero lo que más le llamó la atención de él fueron sus muslos. Aunque eran muy fuertes, estaban llenos de terribles cicatrices.

Carlo había oído abrirse la puerta y se giró mientras se tapaba con la toalla.

—Menos mal que no eres Gabby.

Sam se sonrojó y miró en otra dirección, pero luego lo miró a la cara. Sus miradas se cruzaron, pero él no dijo nada.

—Iba a tender la ropa mojada aquí —dijo en un tono extraño—. Está muy mojada.

—Déjala encima de la cama. Lo haré yo.

Ella asintió, dejó la ropa encima de la cama y salió. Pero una vez en el salón, Sam no podía quitarse de la cabeza lo que había visto. Era evidente que Carlo había sufrido un terrible accidente relacionado con el fuego.

Carlo apareció pocos minutos después, vestido y peinado. Era muy alto, muy masculino y Sam sintió un deseo incontrolable de tocarlo para comprobar si era tan duro y ardiente como parecía.

Su atracción por él, al igual que su ambivalencia, la asustaban. Hacía años que no se sentía atraída hacia un hombre, por lo menos desde Charles. Y aunque siempre había querido a Charles, nunca había sentido tanta curiosidad o interés por un hombre. En realidad nunca lo consideró un hombre. En su mente siempre le había tenido como una persona buena y compasiva, pero nunca como un hombre apasionado.

—¿Cuándo se ha quedado dormida? —preguntó Carlo.

—Justo después de salir del baño. Entré a hacer el chocolate y, cuando regresé, ya estaba dormida.

—No me gusta que duerma tan cerca del fuego. Voy a llevarla a la cama.

Carlo se agachó y tomó a Gabriela en brazos. Aunque la niña no pesaba nada, la mandíbula de Carlo se tensó y Sam pudo percibir que le dolía algo.

Cuando regresó al salón, estudió su forma de andar más detenidamente. Por primera vez notó una ligera cojera y cómo al andar ponía más peso sobre una pierna que sobre la otra.

Sam, que sentía cosas tan ambivalentes por Carlo, empezó a sentir algo nuevo. Admiración y ternura.

A pesar de todo lo que había ocurrido, él le gustaba. Pero no tenía ganas de complicar aún más una situación ya bastante complicada. Por eso decidió que cualquier atracción que sintiera debía ser reprimida. Gabriela era más importante. La estabilidad de Gabriela era lo primero.

—Siento haber entrado en tu cuarto sin llamar —dijo Sam sentándose en el sofá.

—No te preocupes. Estoy seguro de que no es la primera vez que ves a un hombre desnudo.

Ella asintió y se sonrojó un poco. No tenía sentido explicarle que nunca había visto a un hombre desnudo. Seguramente él ni siquiera se creería que era virgen a los veintiocho años.

Si quería que la situación cambiase, tenía que hacer algo. Sam sabía que era demasiado sensible, cerrada y que se controlaba demasiado. Creía que se debía a su entrenamiento como cuidadora, pero los dos años que pasó en la escuela para cuidadoras no eran la causa de su exceso de disciplina, sino el miedo.

Sam tenía miedo a la vida y a la muerte.

—Ni siquiera sé quién eres —dijo Sam de repente.

Él intentó no reírse y le sonrió.

—Soy Carlo Belluci.

—Sí. Sé cómo te llamas. ¿Pero quién eres? ¿Por qué te conocen? En Montecarlo la gente te saludaba y hasta Johann me dijo que debía conocerte. ¿A qué te dedicas?

Él inclinó la cabeza hacia atrás y dejó caer sus espesas pestañas antes de abrir los ojos para mirarla de frente.

—Soy piloto de Fórmula 1.

—¿Corres con coches?

Sam de repente deseó no haberle preguntado nada.

—¿Pero eso no es muy peligroso?

Ella creyó verle perfilar una sonrisa fugaz, pero luego su expresión cambió radicalmente. Parecía la cara de otro hombre.

—Puede serlo —dijo con calma.

Cuando ella se percató de que no quería entrar en más detalles, dio por zanjada la conversación.

Capítulo 9

—Voy a decírselo —dijo a la mañana siguiente mientras Sam preparaba el desayuno—. Quiero que sepa la verdad.

Sam lo miró insegura y dijo:

—Estoy de acuerdo...

—¿Pero?

—Pero acaba de perder a su padre.

—Él no era su padre.

—Ella cree que sí.

—Por eso creo que debería saber la verdad.

—¿No crees que son demasiados cambios en muy poco tiempo? ¿El cambio de casa, colegio y ahora vas a decirle que eres su padre?

—No voy a decirle lo del colegio.

—Me alegro.

Se acercó a Sam, tanto, que ella sintió cómo su cintura se llenaba de calor y notó una sensación extraña en los pechos que nunca había sentido.

—Tu sarcasmo no me está ayudando nada —dijo él.

—No quiero darle otro disgusto.

—Es normal que se disguste. Todo lo que le está pasando es demasiado. Pero lo más importante es que yo no voy a separarme de ella. Por fin la he encontrado, la tengo y siempre estará conmigo.

A Sam le molestó que hablara con tanto sentido común. Ella era la que había estudiado para ser una cuidadora en la universidad Princess Christian de Manchester y había tenido que llevar un uniforme marrón durante dos años. Había sido entrenada para afrontar todo tipo de situaciones difíciles y a tratar con todo tipo de niños.

En ese instante, empezó a silbar la tetera y la retiró del fuego.

—¿Cuándo vas a decírselo? —preguntó.

—Ahora —contestó él.

—Oh, Carlo, ¿no podemos esperar un poco?

Pero no le dejó terminar lo que pensaba. Salió de la cocina, entró en el salón y se agachó al lado de Gabby.

—Gabby, si consiguen despejar las carreteras hoy, regresaremos a Mónaco.

Gabby estaba dibujando. Dejó la cera en la mesa y miró a Carlo.

—¿Crees que despejaran las carreteras hoy?

– Eso espero.

– Yo también. Echo de menos el sol.

– Y yo. Pero cuando volvamos, no vas a ir a vivir en tu antigua casa. Vas a venirte a vivir conmigo...

– ¿Y Sam? – preguntó la niña, interrumpiéndole.

– Yo también – contestó Sam suavemente.

– ¡Qué bien! ¿Y vais a casaros? – preguntó Gabby. Sam se puso blanca y empezó a menear la cabeza. – No. Carlo y yo sólo somos amigos.

– Pero algún día os casaréis, ¿verdad? – dijo la niña insistiendo.

– No, Gabby. Vamos a volver a Mónaco para que tú puedas volver al colegio y nosotros vamos a ocuparnos de algunos asuntos. Pero no va a haber boda.

Gabby frunció el ceño y dijo:

– ¿Por qué no? A mí me gusta Carlo más que papá. Después de un silencio extraño, Sam continuó: – Tenemos que contarte una cosa. Es algo sobre tu padre.

– Yo sé lo que es – contestó Gabby.

– No, Gabriela. Me temo que no.

La niña suspiró y se reclinó en la silla.

– Papá no es mi papá de verdad.

Sam estuvo a punto de perder el equilibrio y tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta.

– ¿Lo sabías?

Gabby sonrió con la boca, pero no con los ojos. Durante un instante pareció una niña pequeña y vulnerable.

– Tenía un librito. Mi mamá me lo hizo, pero papá Johann me lo quitó. El libro decía que mi papá de verdad se llamaba Enzo Belluci. Era un conductor de coches de carreras como Carlo. Pero yo nunca lo he visto.

De haber sido cualquier otro niño, Sam habría dicho que se trataba de su imaginación. Los niños tan pequeños como Gabriela no podían tener una visión tan clara de la realidad, pero ella tenía una memoria y una mente incomparables.

Entonces Carlo se inclinó hacia adelante.

– Yo lo conocía Gabby.

Gabby levantó la cabeza.

– ¿En serio?

El asintió, levantó a Gabby en brazos y le dio un beso.

– Estoy seguro de que te hubiese gustado. Él también era mi padre.

«Cuántos secretos», pensó Sam mientras viajaban a Manchester. Cuántos secretos podía haber enterrados en el alma de cada persona.

Carlo no era el padre de Gabby. Era su hermanastro. Mercedes no había sido la novia de Carlo, sino de su padre. Enzo nunca tuvo la oportunidad de reclamar a su hija porque murió pocos meses antes de nacer Gabriela.

Sam cerró los ojos y abrazó a Gabriela. Se había quedado dormida en su regazo durante el vuelo de Manchester a Niza en el jet privado de Carlo.

La vida había sido una serie de sucesos, de causa y efecto. Una cosa llevó a la otra y después a otra. Y por insoportable que parecía, tenía sentido.

Embarazada, sola y triste, Mercedes había acabado con Johann.

¿Sabía Enzo que iba a volver a ser padre antes de morir? ¿Supo siempre Johann quién era el verdadero padre de Gabby? ¿Recordaba Gabby a su madre?

Sam abrió los ojos al oír pasos sobre la moqueta del avión. Carlo se sentó enfrente de ella en uno de los sillones de cuero de color gris suave.

—Estamos llegando —dijo él—. Mi chófer me está esperando. Ahora sólo tenemos que decidir dónde queremos ir. A mi ático en Montecarlo, o a la villa en Cap Ferrat. Decide tú.

—Yo tampoco puedo.

—La primera opción es un piso en el centro de la ciudad y la otra es una casa en la península.

—¿Dónde crees que le gustaría vivir a Gabby? —preguntó ella.

—En la villa. Está cerca de la playa.

Hubo una pausa en la conversación cuando apareció la azafata para comunicarles que iban a descender.

—Carlo —dijo Sam—. Lo que ocurrió ayer...

Sam necesitó respirar hondo para continuar lo que quería decirle.

—¿Significó algo para ti?

—¿El qué?

—El beso.

—¿Te molestó?

—Sólo quería saber qué pretendes. Estoy segura que no significó nada para ti. Sólo fue un beso.

Intentaba decirle que le había gustado pero por alguna razón se estaba equivocando con las palabras. Podía notar por su expresión que, en lugar de confortarle, sólo le estaba irritando más. Algo le había molestado y no había sido su intención.

—Lo que quiero decirte es que...

Empezó a quedarse sin voz, se mordió el labio y lo intentó de nuevo.

— Siento...

— ¿Haberme devuelto el beso?

Ella se sonrojó.

— No debió ocurrir. No sé en qué estaba pensando. Tenía miedo. A lo mejor necesitaba que me consolaran.

Entonces suspiró y se preguntó en qué se había equivocado y cómo una simple disculpa se había enrevesado tanto.

— Lo siento.

— ¿Por qué me pides disculpas? ¿Por sentirte desconsolada o por disfrutar de un beso?

Le estaba costando muchísimo y le parecía complicadísimo. Era una mujer adulta y era incapaz de hablar de un simple beso.

— No tengo tu experiencia y estoy segura de que has besado a muchísimas mujeres. Sé que un beso no significa nada para ti...

— Sólo beso a las mujeres que me gustan. A las mujeres que me atraen. A las mujeres con las que me gustaría acostarme, así que no me pidas perdón. Yo te deseaba, quería llevarte a la cama. Pero no era el momento más adecuado.

Después se levantó y se fue a la mesa donde había estado trabajando durante la mayor parte del vuelo y se sentó para terminar lo que había empezado.

Con el estómago encogido, Sam lo miraba mientras él leía un documento durante el descenso. Desde que lo había conocido su vida había cambiado.

El chófer de Carlo los esperaba en la pista cuando el avión se detuvo. Cargó las maletas y a continuación se dirigieron a la villa de Carlo en la península de Cap Ferrat.

Sam sintió algo en su costado y miró hacia abajo.

Gabriela estaba intentando levantarse para ver mejor por la ventanilla.

— ¡No puedo ver las casas! — se quejó Gabriela —. Las vallas son muy altas y hay muchos matorrales.

Sam le explicó la diferencia entre vallas y matorrales y verjas y setos.

— Parece que estás emocionada — le dijo a la niña. — Nunca he estado por aquí.

El coche empezó a frenar y pronto llegaron a la casa de Carlo. Las verjas de la entrada se abrieron lentamente y pronto vieron una villa escondida detrás de los setos altos y verdes.

El coche no se había parado, pero Gabby ya estaba intentando abrir la puerta. El campo de césped era interminable y la casa tenía unas vistas increíbles del puerto de Saint Jean.

Carlo seguía a Gabby, que corría hacia unas escaleras.

– ¡Hay una piscina! – gritó la niña –. Sam, aquí hay una piscina.

Sam andaba detrás de ellos oliendo la fragancia del azahar en la brisa.

Carlo se giró y le lanzó una sonrisa de bienvenida mientras ella se acercaba.

– No me extraña que quieras vivir aquí.

– Montecarlo está cerca y es cómodo. Además está cerca de mi escuela de pilotos, donde paso la mayor parte de mi tiempo.

– ¿A qué te dedicas ahora?

– Tengo academias de conducción en los Estados Unidos, Brasil y por supuesto, en Italia. Pero ya no sólo enseñamos a conducir coches de carreras, estamos dando cursos de conducción a empresas de seguridad, a ejecutivos y familias para la prevención de secuestros.

Sam estaba intrigada y recordó el intento de secuestro de años atrás.

– ¿Qué tipo de clases das?

– Son cursos de siete días. Se han vuelto muy populares. Todas nuestras academias tienen lista de espera ahora. Imagínatelo, cualquiera puede beneficiarse de un curso de conducción. Aunque la mayoría de las personas nunca tengan que utilizar tácticas de evasión, les viene bien tener más confianza detrás del volante.

De repente Gabby se dio la vuelta.

– ¿Puedo intentarlo yo? – preguntó –. A mí me gustaría conducir deprisa.

– Querrás decir conducir bien – la corrigió Sam.

Gabby sonrió tan fuerte, que se le formó una arruga en la nariz.

– No. Yo quiero aprender a conducir deprisa. Yo también quiero ser piloto de coches de carreras.

Carlo sonrió, pero a Sam no le había hecho la menor gracia. Le lanzó una mirada asesina.

– Esto es culpa tuya.

– Es una Bellucci – contestó él –, lo lleva en la sangre.

Gabby se acercó a Sam y la abrazó.

– Esto me gusta mucho. Creo que Carlo y tú deberíais casaros. Así podríamos vivir todos aquí, felices para siempre.

Sam quería que Gabby se criara como una niña normal. Pero sabía que, si se casaba con Carlo, jamás tendría una familia normal. Había aprendido de la forma más dura que los matrimonios de conveniencia eran precisamente eso, convenientes, pero no funcionaban.

– Vamos a ver qué hay para almorzar – dijo Carlo a Gabby –. Sé que el cocinero nos había preparado algo muy especial.

Gabby le hizo un gesto a Carlo para que la tomara en brazos, después se inclinó hacia su oído y le dijo algo en secreto.

Sam no tenía ni idea de lo que Gabby le había dicho, pero Carlo empezó a reírse. Mientras se reía Gabby soltó una risita también y después Carlo miró sonriente a Sam.

– Dice que espera que no sea el famoso guisado de cordero de la señora Bishop.

Después del almuerzo, una de las jóvenes empleadas de Carlo llevó a Gabby a la piscina climatizada a darse un baño. Sam le expresó su preocupación a Carlo y éste le explicó que Marcelle trabajaba de socorrista en uno de los hoteles locales en verano.

– Marcelle enseña a nadar a muchos niños y la conozco a ella y a su familia desde hace años. Gabby estará bien atendida.

Cuando Gabby desapareció de su vista, Sam se dio cuenta de que lo que realmente le pasaba era que temía quedarse a solas con Carlo.

No podía quitarse de la cabeza el beso de la tarde anterior.

Sam se abrochó los primeros botones de su chaqueta.

– ¿Puedo hacer algo para ayudar a Gabby a acomodarse? ¿La colada? ¿Prepararle la habitación?

– Tengo a personas que se ocupan de esas cosas. Ése ya no será tu trabajo.

– ¿Entonces qué voy a hacer? – preguntó ella.

– Hablar conmigo, sentarte a mi lado y relajarte un poco.

Él la miró con confianza y esbozó una sonrisa. Estaba al mando en su mundo.

– Hace un día espléndido. Deberías relajarte y disfrutar un poco. Vete a darte un baño o prueba el jacuzzi en tu cuarto...

– Carlo – dijo ella interrumpiéndole –. Esta no es mi casa. No debería estar aquí.

– ¿Por qué no?

– Mira a tu alrededor. Esto es un palacio. Me alegro de que Gabby vaya a vivir aquí, pero yo soy una cuidadora. Una simple chica del campo. Tú viste dónde me crié.

– A lo mejor tardas en acostumbrarte, pero creo que te sentirás cómoda aquí y segura también.

– ¿Pero qué voy a hacer? Siempre he trabajado. Aquí no voy a sentirme útil...

– Gabby te necesita.

Esas palabras la hicieron llorar. El le había dicho que era ella quien necesitaba a Gabby, y tenía razón. También le había dicho que Gabby debía ser criada por su familia, su familia de verdad, y también tenía razón respecto a eso. Sam agradecía el cariño que la señora Bishop le había mostrado durante su niñez, pero lo que realmente quería y necesitaba era a su propia familia. Gabby por fin había encontrado a la suya.

— Ahora te tiene a ti, Carlo. Tú eres su familia. Su hermano o padre... eso no importa. Tú eres lo que ella necesita.

— ¿Entonces por qué quieres negarle una familia completa? —le preguntó en tono suave—. Acabarás obligándola a elegir. Entre un padre y una madre. ¿Por qué no puede tener ambas cosas?

— Puede tener ambas cosas, pero no tenemos por qué vivir en la misma casa.

— Entonces no sería una familia de verdad. ¿Quieres que esté yendo de un sitio a otro como una pelota, con una maleta a cuestas toda su vida?

El comentario le recordó la vida que había tenido, la inestabilidad que había vivido.

— No. No me gustaría que fuera de una casa a otra. Yo lo odiaría.

— Pues ésa es la vida que yo tuve. Mis padres se divorciaron cuando yo era un niño y me pasé la infancia viajando entre Cannes y Montecarlo. Siempre entre dos ciudades. ¿No podemos darle una vida mejor a Gabriela?

— Pero no estamos casados.

— Entonces deberíamos casarnos.

— Carlo...

Ella lo miró y supo que algo había pasado durante las últimas veinticuatro horas. No sabía qué, pero él había cambiado. Lo había sentido cuando subieron a su jet privado en Manchester.

— Me casé por conveniencia antes y no funciona —dijo Sam convencida—. De hecho, creo que empeoró la vida de Gabby.

— Eso es imposible. Si no hubiese sido por ti ¡Dios sabe lo que le hubiese pasado!. Tú has sido su ángel guardián desde el principio. Si no te hubieses arriesgado cuando sucedió el intento de secuestro, algo trágico podría haber ocurrido. Si no hubieses estado allí para protegerla de Johann, ella estaría perdida —dijo él y después de una breve pausa—. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?

Sam sintió un vuelco en el estómago.

— Cásate conmigo.

— Estás...

— Me aseguraré de que no te falte de nada. Te cuidaré con generosidad y paciencia, como tú cuidaste de Gabby.

Sam se había mareado y todo le daba vueltas.

— Tengo que sentarme.

Él la acompañó hasta una terraza cubierta y la ayudó a sentarse en un sillón. Después metió la mano en su chaqueta y sacó un sobre.

— ¿Qué era lo peor de estar casada?

Ella lo miraba fascinada mientras abría el sobre.

– El estar atrapada. Carecer de independencia económica.

– ¿Y si estuviera dispuesto a ayudarte en ese aspecto? Perpleja, Sam tomó el documento.

– ¿Esto es...

– Un acuerdo prematrimonial. Sólo por casarte conmigo heredas un millón de libras esterlinas. Si el matrimonio dura más de un año, ganarás diez millones...

– ¡No!

Dejó caer el documento sobre el sillón.

– ¡Esto no está bien!

– Después de diez años, recibirás veinte millones. Y si tuviéramos un hijo serían quince millones más, durara lo que durara el matrimonio y por supuesto podrías quedarte con la villa.

– Basta...

Sam se puso de pie y se alejó del sillón.

– No vuelvas a proponerme algo así – dijo ella furiosa – . Jamás me casaría por dinero, jamás. No permitiré que me compres.

– ¿Pero te casaste con Johann y fuiste pobre?

– ¡Lo hice para proteger a Gabby!

– Protégela ahora y obtén seguridad.

– Esto es diferente...

– ¿Qué es diferente? ¿El hecho de que puedo ocuparme de ti? ¿Que puedo darte una vida y un hogar seguro? ¿Que me gustas? Que disfruto de tu compañía. ¿Que te deseo? ¿Que necesito tenerte en mi cama?

Capítulo 10

Basta...

Sam se tapó los oídos y cerró los ojos porque sabía que había sacado los argumentos y las armas que podría utilizar contra ella.

Amaba a Gabriela y había descubierto durante su estancia en Chester que disfrutaba de la compañía de Carlo.

Tenía demasiado de todo. Era demasiado rico y famoso. Tenía demasiado éxito y era demasiado poderoso.

Sam miró el acuerdo prematrimonial que todavía estaba sobre el sillón.

—Charles era reverendo —dijo ella sin retirar la vista del documento—. Acababa de terminar de estudiar cuando nos casamos. Nunca pensaba en él. Siempre anteponeía a los demás.

—¿Por eso no puedes anteponerme a los otros? ¿No crees que te mereces ser feliz?

—No es...

—Te casaste con Johann van Bergen.

—Sí, por Gabby...

—Piénsalo bien, Sam. Siempre has antepuesto las necesidades de los demás a las tuyas. ¿Cuándo vas a creer que te mereces ser feliz? ¿Cuándo te tocará a ti?

Ella vaciló un instante, pero él tenía algo de razón.

—Puede que no te lo creas, pero soy feliz. Y durante esta última semana lo he sido más. He sido más feliz y libre...

—¿Esta semana? —preguntó él y después se aclaró la garganta—. ¿Te importa si repasamos lo que te ha pasado durante esta semana? Tu marido te abandonó, te dejó en la ruina, te obligó a huir a Inglaterra donde estuviste atrapada en una tormenta de nieve, después descubriste que Gabby no era la hija de Johann y que tú ni siquiera fuiste nunca su esposa. ¿Puedes explicarme por qué has sido más feliz? Cielo santo. Tu vida era mucho peor de lo que yo imaginaba.

Parecía como si él intentara atraparla con sus palabras y ella meneó la cabeza, frustrada.

—¿Qué es lo que ha hecho que te sintieras mejor? ¿Qué es lo que te ha hecho más feliz?

Miró a Carlo, que la estaba mirando con cara de pocos amigos, y de repente se dio cuenta.

«Era por él», pensó ella. Él la había hecho sentirse mejor.

—¿Por qué has sido más feliz? —insistió él una vez más.

—Eso no importa.

– A mí sí me importa.

– ¿Por qué?

– ¿Por qué no? – espetó él—. Tú te ocupaste de mi hermana. A lo mejor yo quiero ocuparme de ti ahora.

– Pues no puedes. Sé cuidar de mí misma...

– No estoy de acuerdo. Mientras tú te hacías responsable de una niña que ni siquiera era tuya, alguien te estaba humillando económica y emocionalmente.

Él hizo una pausa y apretó la mandíbula con fuerza.

– Si te marcharas hoy de aquí, ¿qué harías? ¿Buscarías otro trabajo como cuidadora?

Sam se puso blanca y se obligó a asentir. Porque eso sería exactamente lo que tendría que hacer. No le quedaba otra opción.

– Sí.

– ¿Y te parece bien a ti?

– A lo mejor lo pasaría mal económicamente y tendría que sufrir la pérdida de Gabby, pero estaría haciendo lo que debo. Siempre lo he hecho.

– ¿Huir de la felicidad?

– No. Me estaría alejando de la infelicidad. Porque ahora soy más feliz que hace una semana. Me siento aliviada de que Johann haya desaparecido. La villa en la que vivíamos era una ruina. Las tuberías siempre estaban perdiendo agua y había moho en algunas paredes.

Ella apretó los puños.

– Johann no me quería. Se casó conmigo para quedarse a Gabby, pero al casarse conmigo se ahorró un sueldo. Me alegro de que no estemos casados legalmente. Fue algo horrible. Yo adoro a Gabby, pero ahora tiene a una familia de verdad. Echo de menos tener un sueldo y ser económicamente independiente, y ahora que soy libre, no pienso caer en los mismos errores.

Carlo empezó a aplaudirla.

– Bravo. Bien dicho. Estaba esperando que hicieras eso.

– ¿Hacer qué?

– Defenderte un poco. Y Sam, tienes razón. Tú no tenías un hogar con Johann. Tenías un hogar con Gabby. Y sigue siendo así. Eso no ha cambiado. Y nunca cambiará. Necesita a una madre, Sam, y tú eres esa madre. Tú debes saber eso al menos en tu corazón.

Dijo exactamente todas las palabras que ella necesitaba oír y sentía en ese instante. Sam amaba a Gabby como si fuera su propia hija.

– El acuerdo prematrimonial tiene la intención de protegerte, Sam. Nada más. Yo no quiero comprarte ni poseerte...

– Entonces rómpelo...

– Sam.

– Rómpelo – insistió ella.

Él levantó el documento y lo rasgó por la mitad. Sam suspiró.

– Me casaré contigo – dijo en voz baja –, pero con una sola condición.

– ¿Cuál?

Ella respiró profundamente para reunir el valor de decir lo que sentía.

– Que será un matrimonio de verdad. No otro matrimonio por conveniencia. No quiero ser una esposa por contrato. Quiero ser una esposa de verdad. Quiero ser una madre de verdad. Quiero sentir que importo de verdad.

A pesar del gran esfuerzo por no derrumbarse, su voz empezó a temblar.

– Lo mejor de casarme con Charles fue que sabía que tendría un hogar, un sitio al que pertenecer. Pero cuando él murió, me lo arrebataron todo.

– No sé lo que te pasó con Charles, pero sé una cosa. Que tú tienes que estar aquí, Sam. Te necesitamos aquí, tanto Gabby como yo.

Y ese instante Sam dejó de resistirse porque ella los necesitaba aún más.

Volvieron a Montecarlo después de cenar para que Gabby pudiera regresar al colegio. Carlo notificó al colegio Ludwin para niñas que Gabriela no ingresaría durante aquel curso. Carlo volvió a sus negocios y le dio carta libre a Sam para que organizara la boda. Podía tener la boda que quisiese, su única condición era que se celebrara pronto.

El tiempo pasó y llegó el día de la boda, quedaban sólo dos horas para la ceremonia. Carlo le había ofrecido a Sam contratar a una peluquera para la ocasión, pero a Sam le pareció demasiado caro y frívolo. En lugar de eso, Gabby y ella hicieron tiempo en el cuarto de Sam tomando el té hasta que llegara el momento de ponerse los vestidos.

– ¿Tienes miedo? – preguntó Gabby.

– Estoy un poco nerviosa – admitió Sam –. El matrimonio es algo muy serio.

– Carlo me dijo que no estabas casada de verdad con papá Johann. Que alguien se había equivocado y que sólo habíais sido amigos.

A Sam le impresionó la explicación que Carlo le había dado a Gabby. No era toda la verdad, pero lo suficiente para que una niña, particularmente sensible como Gabriela, pudiera entender.

– Así es. Johann y yo éramos amigos. Nunca estuvimos casados.

— ¿Por eso nunca dormíais juntos en la misma cama? — Sam se sonrojó, pero no la sorprendió que Gabby se hubiera dado cuenta.

— Sí.

— ¿Y vas a dormir con Carlo en la misma cama?

— Seguramente — contestó Sam sonrojándose aún más —, pero Gabby, ¿te importaría que Carlo y yo nos casemos primero?

— Vale.

Las piernas de Gabby se columpiaban hacia delante y hacia atrás en la silla mientras miraba el vestido de novia extendido sobre la cama.

— Sabía que él iba a venir por nosotras, ¿y tú?

Sam sintió una sensación muy extraña, una mezcla de dolor y placer.

— ¿A qué te refieres?

— A que siempre supe que Carlo vendría. ¿Tú no?

— No. Pero ¿cómo lo sabías?

— Tengo un ángel.

A Sam se le puso la carne de gallina.

— ¿Tienes un ángel?

— Sí. Y tú también. Nuestros ángeles son amigos y hacen las cosas juntos. Ellos sabían desde el día que mi mamá murió que tú serías una mamá nueva muy buena.

— Oh, Gabby...

— Yo tengo un ángel realmente bueno. ¿Sabes quién es?

Era la primera vez que Sam escuchaba algo así.

— ¿Quién?

— Mi papá de verdad. Enzo.

Sam pestañeó, estaba asombrada y deseó que Carlo estuviera allí con ella.

— Él murió la noche antes de que yo naciera, por eso tiene sentido. ¿Y quién crees que es tu ángel?

— No tengo ni idea.

— Yo creo que lo sé.

— ¿Quién?

— Charles. Y no debes llorar más. A él no le gusta verte llorar. Ahora deberías sentirte feliz.

Sam pensó que era una conversación extraña para tener antes de una boda. Se mordió el labio y se dio cuenta de que Gabriela había sufrido mucho más de lo que ella pensaba y que la pequeña tenía muchos más sueños y esperanzas de lo que jamás se hubiese imaginado.

Gabby se bajó de la silla donde estaba sentada y dijo:

– ¿Podemos vestimos ya?

– Por supuesto – contestó Sam.

Una vez vestidas, Sam y Gabriela se colocaron delante de un espejo para mirarse. Gabby parecía la princesa de cuento de hadas que siempre había querido ser. Y justo cuando Sam empezó a girarse, una fuerte corriente de aire atravesó el dormitorio. Sam y Gabby se giraron hacia las puertas abiertas del balcón. La brisa siguió agitando los visillos de las ventanas.

Cuando los visillos volvieron a agitarse una vez más, Sam casi pudo imaginarse a los ángeles de Gabby.

Carlo las esperaba en el jardín en el punto de encuentro. Llevaba un esmoquin negro con una elegante camisa blanca, estaba radiante y relajado. Pero parecía algo más que relajado, parecía contento, pensó Sam, mientras se acercaba a él con Gabby de la mano.

Iban a empezar una nueva vida juntos como familia.

Sam estaba nerviosa mientras el juez repetía los votos de matrimonio. No se podía creer que estuviera haciendo aquello. No podía creerse que iba a volver a casarse. Era ridículo, pero emocionante a la vez.

Estaba sobrecogida y aturdida. Se sentía llena de esperanzas aunque no podía negar el miedo. Y de repente, la breve ceremonia se había acabado y ella llevaba puesto un anillo de oro.

Estaban casados. Ya eran hombre y mujer. Carlo empezó a acercarse a ella, colocó dos dedos debajo de su barbilla, se inclinó y la besó.

Era un beso mágico, apasionado e intenso. Se sintió transportada a otro lugar, a un paraíso terrenal. Entonces él empezó a rodearla con sus brazos y a presionarla contra él.

Sam sintió escalofríos por toda la columna vertebral y deseó que aquel beso no se acabara nunca. Jamás se había imaginado que un hombre pudiera ser tan tierno y apasionado a la vez, capaz de hacerla sentirse viva de verdad.

Entonces Carlo se separó de ella e hizo un gesto con la cabeza. Un violín empezó a sonar seguido de un acordeón. Lágrimas inundaron los ojos de Sam y entonces se dio cuenta de que los trabajadores de la villa estaban tocando música para ellos, todos se habían traído un instrumento de sus casas para regalarles aquella música.

– Señora Belluci – murmuró Carlo –, mis empleados y yo le damos la bienvenida.

Pero la celebración no terminó allí. El chef de la villa había preparado un banquete sin igual.

– Es demasiada comida – protestó Sam mientras Gabriela se alejaba de la mesa para buscar a Marcelle y hacer algo más divertido.

—Cómo habrás comprobado, el chef Sacchi está encantado de que te hayas unido a la familia. Yo también estoy contento de que te hayas unido a mi familia, aunque sea muy pequeña.

El corazón de Sam dio un vuelco.

—Las familias pequeñas son buenas.

—Por lo menos estamos de acuerdo en que la familia es muy importante — contestó Carlo y la tomó de la mano para besar el interior de su muñeca.

Sam se estremeció y notó que se le ponía la carne de gallina. Se le secó la boca y notó que le costaba pensar con claridad y controlar sus emociones.

—Después de cortar la tarta, nos iremos de la villa —le dijo Carlo—. Le pedí a una de las sirvientas que te preparara un bolsa para que no tuvieras que hacer nada.

—¿Nos vamos?

—Aquí no podemos celebrar nuestra luna de miel.

—¿Luna de miel? —repitió ella.

Los ojos de él se cerraron ligeramente y su expresión revelaba que se estaba divirtiendo con ella.

—Es nuestra noche de bodas.

—¿Y quién se va a quedar con Gabby?

—Marcelle se quedará con ella aquí en la villa. Sólo estaremos una o dos noches fuera.

Una noche o dos a solas con Carlo. No era una sentencia de muerte pero casi igual de aterradora para ella.

La cabeza de Sam le daba vueltas y no tenía nada que ver con el vino que habían tomado.

Pero antes de que Sam pudiera disipar el pánico, el chef Sacchi apareció empujando un carrito con una tarta de tres pisos bellamente decorada.

El chef con pelo canoso le entregó a Sam la espada ceremonial.

—Madame... —dijo él.

Gabby volvió corriendo seguida de Marcelle, que llevaba una cámara.

Carlo colocó su mano sobre la de ella para cortar la tarta. Su mano la hizo estremecerse.

—Creo que deberíamos marcharnos ahora y estar solos.

No iban a celebrar su luna de miel muy lejos. Carlo había reservado una suite de lujo en el hotel Hermitage de Mónaco, el hotel tenía suites con vistas al puerto y el famoso Jardín de Invierno.

Una vez dentro de la suite, Carlo cerró la puerta y se quitó la chaqueta. Una música suave ya sonaba dentro de la habitación y había una botella de champán en una cubitera.

– ¿Qué te apetece hacer? – preguntó Carlo.

– ¿Ver la televisión? – contestó Sam nerviosa.

Carlo se había sentado en la cama y ya tenía el mando en la mano.

– Ven aquí y ayúdame a elegir algo para ver.

Sam se sentó en la cama junto a él con las manos sobre sus muslos. Él se inclinó hacia ella, la miraba atentamente y no podía evitar fijarse en la suavidad de su boca.

La besó suavemente y después se separó para estudiar su respuesta. Ella tenía los ojos ligeramente cerrados y la boca entreabierta. Volvió a besarla lentamente hasta que sintió que sus labios temblaban. Había un calor y una intensidad inexplicable entre sus cuerpos. Sam sintió ganas de separarse e interrumpir el beso, pero él metió sus dedos entre los rizos de ella y los cepilló con su mano.

El corazón de ella empezó a latir con más fuerza. Los labios de él eran suaves y su aliento cálido. Ella pudo saborear sus dulces labios. La lengua de él recorría el interior de los labios de ella. De vez en cuando absorbía su lengua y aplicaba un poco de presión sobre su boca hasta hacerla gemir suavemente.

Aquellos gemidos suaves por poco le hicieron perder el control sobre la situación.

Lentamente, empezó a levantarla en brazos, la sentó sobre sus muslos musculosos, y ella pudo notar la dureza de su erección.

– Mi bella Samantha – susurró él separando ligeramente su boca de la de Sam.

Pero casi sin darse cuenta la estaba besando otra vez. Pero un beso ya no era suficiente. Sam deseaba más y se apretó contra él. Sintió su mano sobre un pecho y cuánto más se lo acariciaba más fuego sentía en su interior.

– Carlo... – gimió ella contra la boca de él.

Él la estaba haciéndose sentir cada vez más vulnerable y no podía pensar en nada más que sentir más.

Con una de sus manos empezó a desabrocharle los botones del vestido y con la otra le acariciaba apasionadamente el interior de sus muslos. Ella apretó las piernas y deseó que él siguiera acariciándola como lo estaba haciendo, y que nunca parara.

Con gran paciencia le desabrochó todos los botones del vestido. Sam podía sentir el aire fresco sobre sus hombros y espalda. Entonces él la levantó, la colocó entre sus piernas y empezó a tirar del vestido hacia abajo.

Sólo llevaba un liguero y braguitas de encaje. Sam se sonrojó y miró en otra dirección. Carlo la tocó en la barbilla y giró su cara hacia la suya, obligándola a mirarlo.

– Eres la mujer más bella que he conocido.

—No...

—Sí.

Entonces la acercó contra él hasta que los pechos de ella se aplastaron contra su camisa.

—Sí, signora Belluci. Confía en lo que te he dicho, porque lo sé.

Capítulo 11

A partir de ese momento todo empezó a ocurrir más deprisa, aunque al principio Carlo había querido que ocurriera más despacio. Después de desnudarla completamente, la hizo tumbarse encima de él y comenzó a acariciarle la espalda.

El no era un santo, por lo menos no era como ella. Siempre hacía lo que quería y tomaba lo que necesitaba. Nunca había vivido para complacer a los demás y sin embargo con Sam se sentía diferente. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para complacerla en todos los sentidos.

La piel de ella ardía con sus caricias y él dejó que sus manos se deslizaran por la piel suave de ella. Ella empezó a moverse ante el roce de sus manos y abrió las piernas. El corazón de Carlo empezó a latir a una velocidad inimaginable mientras la exploraba con suavidad. Estaba tan excitado, que su cuerpo le dolía. No podía seguir siendo tierno y lento. La deseaba y la necesitaba. Estaba decidido a poseerla completamente porque no había ninguna duda de que ella le pertenecía.

Carlo no recordaba haberse desnudado, pero ya estaba desnudo y moviéndose debajo de ella. Entonces le dio la vuelta y se tumbó encima. Ella estaba húmeda, caliente y dispuesta.

Cuando la penetró lentamente y ella gimió, su deseo incontrolable se disipó al ver la expresión de dolor en su cara.

—Sam — le dijo —. Tengo miedo a seguir, no quiero hacerte daño. ¿Qué quieres que haga?

Ella le acarició la espalda.

—Nada.

Pero él sentía la tensión de su cuerpo y aquellos muslos tensos en sus caderas.

—Lo siento. Creía que estabas preparada.

—Y lo estaba.

—Pero te he hecho daño.

—La primera vez siempre duele, ¿no?

Durante un instante, él no entendió nada, pero al hundirse más dentro de ella se dio cuenta. Entonces se apoyó sobre las manos para quitar peso.

—¿Eres...

—Sí, pero estoy bien... no iba serlo toda la vida.

—Debí suponerlo. Debiste decírmelo.

—¿Decirte qué? Que soy virgen...

—Pero has estado casada.

—Sí, dos veces. Bueno, ahora tres...

Pero antes de que él pudiera responderle, ella lo besó para poder continuar. Lo besó y trazó el contorno de sus labios con su lengua, lo suficiente para enloquecerlo y hacerle perder el control.

Empezó a moverse lentamente sobre ella, quería darle tiempo a que su cuerpo se ajustara al suyo, poco a poco la penetró más. Gimiendo, ella le rodeó la cintura con las piernas y sintió cómo se hundía cada vez más en su carne. Lentamente el dolor dio paso al placer y sus gemidos se volvieron placenteros. Todo aquello le parecía maravilloso. Le encantaba su olor y sentir el calor del cuerpo de él contra su piel.

Se sentía segura en sus brazos. Se sentía querida y protegida.

El placer se intensificó. Aquellos movimientos sincronizados le estaban proporcionando nuevos e intensos placeres que ella jamás se hubiese imaginado. Estaba sintiendo lo que era un orgasmo, pero no era lo que ella se había imaginado que sería. Siempre había creído que un orgasmo era una sensación física y sexual. Sin embargo, aquel placer le pareció liberador. Jamás se había sentido tan cerca de alguien.

Todavía se estremecía cuando Carlo gimió fuertemente y llegó al éxtasis dentro de ella.

Carlo la abrazó con fuerza, no hacía ningún ruido y ella creyó que se había quedado dormido, pero cuando se separó de él para ir al cuarto de baño Carlo la tomó de la mano y se la besó.

— Siento haberte hecho daño.

— No me has hecho daño, has hecho que me sienta maravillosamente.

— Yo jamás te haría daño. Te adoro.

Sam se inclinó sobre él y lo besó.

— Me alegro de que seas mi primer amante, y espero que seas el último. A partir de este momento no podría imaginarme estar con otro hombre.

El hizo un ruido fuerte y primitivo y después la acercó a él.

— Me alegro. No me gustaría que mi esposa pensara en otros hombres.

Por la mañana volvieron a hacer el amor. Carlo no dejó de enseñarle y animarla.

— Entre un hombre y una mujer no hay reglas en la cama. Todo vale, todo está bien. Es una cuestión de comunicación y de sentirse cómodo con la otra persona.

— Sabes mucho de sexo — dijo ella.

Él sonrió y la acercó a él colocándola en otra nueva posición.

— ¿Qué puedo decir? Soy italiano. Nos encantan las mujeres. Pero ahora tú eres mi esposa.

Más tarde pidieron algo para comer y se echaron su primera siesta juntos. Después Carlo la llevó a la ducha y le enseñó un par de cosas más.

Luego, con la excusa de querer conocer mejor su cuerpo, ella empezó a enjabonarle la espalda en la ducha. Pero cuando ella pasó su mano por uno de sus muslos él se encogió, la agarró de la mano y se la separó.

– ¿Te he hecho daño? – preguntó ella.

– No.

– ¿Te duelen las cicatrices?

– Sí.

– ¿Por eso no quieres que te toque ahí?

– No – dijo él y la dio un beso fugaz –. Pero no creo que te merezcas tocar algo así.

– Son tus piernas.

– Así es.

– Tus piernas me gustan.

– Sam, cariño...

– No. No me vengas con ésas. Escúchame...

– Te estoy escuchando, pero no necesito una niñera.. Ella ignoró su queja, se acercó a él y le besó en el hombro.

– Me gustas – murmuró ella – y me gustan tus piernas. Voy a tocarte donde me plazca porque tú haces lo mismo conmigo.

Sin esperar su permiso empezó a acariciarle los muslos. Carlo permaneció paralizado mientras ella le tocaba. Pero en cuanto las manos de ella se deslizaron hasta su ingle, él se excitó muchísimo y, después de resistirse durante un minuto o más, le dio la vuelta, le abrió las piernas, se aseguró de que ella estuviera húmeda y la penetró lentamente.

Agotados, se echaron a dormir y cuando despertaron, Carlo dejó que Sam se bañara sola en el jacuzzi. Cuando ella salió del baño, Carlo la estaba esperando con una caja envuelta con un lazo.

– Es algo especial para esta noche – dijo él.

Sam abrió la caja y descubrió un vestido azul, un bolso del mismo color y un par de zapatos de tacón.

El vestido le quedaba perfecto y el color hacía resaltar el tono de su piel.

Sam se quitó la toalla de la cabeza y comenzó a recogerse el pelo, pero Carlo se lo impidió.

– Déjate el pelo suelto. Déjame verte.

– Tengo que peinármelo ahora o no podré con los rizos más tarde.

– Me encantan tus rizos. Tú... tu pelo... todo es perfecto.

Ella se sonrojó. Todavía sentía vergüenza a pesar de la relación íntima que ya existía entre ellos.

– No soy perfecta, Carlo. Ni mucho menos.

– Para mí lo eres.

– A lo mejor porque no me conoces bien aún.

– Yo siempre pensaré que eres perfecta porque sé que eres perfecta para mí.

El halago la reconfortó, y la delicadeza con la que las manos de él debajo de su vestido pellizcaron sus pezones la encendió.

Sam estaba de puntillas y lo besó. Fue un beso profundo y erótico. Le absorbió la punta de la lengua, había colocado una de sus manos en su pecho y con la otra le acariciaba la dura erección por encima de los pantalones. Podía sentir cómo le crecía debajo de su mano y cómo su pene presionaba con fuerza contra el tejido de los pantalones. Sin dejar de acariciarle la ingle, se puso de rodillas y probó algo de su propia cosecha.

Era por la tarde cuando salieron de la habitación para tomar una copa en una de las barras elegantes del hotel.

A pesar de estar con un hombre famoso y hermoso en un hotel de lujo, Sam se sentía cómoda, como nunca en su vida.

Carlo sabía cómo conseguir que ella se sintiera tranquila. Era su forma de hablarle, mirarle y sonreírle.

Pero nadie, ni siquiera el bueno de Charles, la había hecho sentirse bella y deseada.

Carlo se inclinó sobre la mesa y le acarició la mejilla con el pulgar.

– Estás sonriendo.

– Lo sé. Estoy muy contenta.

Él la miró y después de una breve pausa dijo:

– Tú deberías estar contenta siempre. Te lo mereces.

Dos horas más tarde, después de cenar en uno de los restaurantes de lujo más famosos de Montecarlo, el Louis XV, regresaron a su suite.

Volvieron a hacer el amor. Se tomaron su tiempo, dejaron que el placer y la tensión creciera hasta alcanzar el orgasmo. Después Carlo se quedó dormido con su brazo alrededor del cuello de Sam. Y aunque Sam se sentía cansada, no podía conciliar el sueño.

Se había enamorado de verdad. De repente se dio cuenta de que confiaba en aquel hombre y de que en muy poco tiempo dependía de él como no había dependido de nadie en su vida.

Sintió preocupación. Todo era demasiado perfecto para ser verdad. Era demasiado bello y bonito. Aquello no podía ser real. Era un simple romance, no amor. A lo mejor sólo era pasión o simplemente lujuria. Ella no conocía bien a Carlo.

Sentían una atracción física y había mucha química entre ellos, buen sexo y nada más.

Pero no era sólo sexo. Sabía que no era sólo sexo. Admiraba a Carlo, se había enamorado de él después de descubrir lo bien que conectaba con Gabriela. Adoraba su fuerza y paciencia. Admiraba el amor que sentía por su hermana y su voluntad por cuidar de ella y protegerla.

Y por eso tenía miedo. Junto a Carlo, Sam reconoció lo vacía y desesperada que se había sentido. Durante los últimos ocho años se había privado de una vida.

No era que quisiera sentir lástima de sí misma.

Pero tenía miedo de llegar a depender demasiado de Carlo y no quería volverse demasiado vulnerable. Tenía que entender que la alegría y el placer no durarían toda la vida.

Para combatir la ansiedad que sentía, Sam se levantó de la cama y salió al balcón. Respiró profundamente hasta que el pánico se disipó. No tenía por qué sentirse sola en aquel momento. Carlo estaba dentro de la habitación durmiendo. Se recordó a sí misma que anticipar lo peor era absurdo y que tenía que aprender a vivir el presente.

Se apoyó en el balcón y disfrutó de las vistas. Vio pasar los coches y los taxis debajo hasta que miró en dirección del mar. A lo lejos se podían ver los yates atracados en el puerto.

— ¿No puedes dormir?

Oyó la voz de Carlo detrás de ella.

De repente se sintió tranquila y relajada otra vez. Se giró y le dedicó una sonrisa.

— No. La cabeza me da vueltas.

— ¿Demasiado champán?

— No, demasiado de ti.

— Eso es imposible.

Él salió a la terraza y la abrazó por la cintura.

— Yo te convengo.

— No pensaba volver a casarme. Esto es culpa tuya, ¿lo sabes?

— El matrimonio no tiene por qué ser algo malo, Sam. Pueden ocurrir cosas muy buenas en una relación.

— Si el matrimonio es tan bueno, ¿por qué has tardado tanto en casarte?

— Esperaba el momento adecuado y, además, es una cuestión de destino.

— ¿Entonces nunca conociste a alguien con quien te hubiese gustado casarte?

Cuando él no contestó inmediatamente, se dio cuenta de que ya tenía una respuesta. Él se tomó el tiempo en contestar.

– Hubo una mujer, pero no nos había llegado la hora.

– ¿Y se terminó?

– Sí.

– Y estamos juntos porque tú te cansaste de esperar a que apareciera la mujer adecuada – dijo Sam.

– No. Estamos juntos por el destino.

Entonces, él la tomó la mano y empezó a andar hacia el dormitorio.

– Y ahora estamos juntos porque es tarde, estoy cansado y nos vamos a ir a dormir.

Una vez en la cama, Sam se acurrucó contra Carlo. Hacía sólo dos días que estaba con él y ya había encontrado un lugar junto a él donde se sentía cómoda. Si tenía miedo era porque no podía soportar la idea de estar sin él.

– Gracias, Carlo, por todo – susurró ella.

Él le besó la frente y le peinó el pelo hacia atrás.

– Duerme, bella. Una niña quiere verte por la mañana y, créeme, a ella no le importa si no has dormido.

Al día siguiente, regresaron a la villa en Cap Ferrat y Gabby se puso contentísima de verlos. Bailó alrededor de ellos para celebrar su llegada y finalmente Carlo la levantó en brazos para evitar pisarla.

– Eres más traviesa que un cachorro.

Gabby le contestó dándole un lametazo en la cara. Carlo gruñó y Sam se rió suavemente.

Era finales de enero y el cumpleaños de Gabby era en febrero, Sam sabía que tenía que empezar a planear algo, pero no sabía por dónde empezar.

– Llama a un organizador de fiestas – le dijo Carlo. – Eso nos costará una fortuna – contestó Sam.

– El dinero no es un problema. Y le prometiste una fiesta de verdad.

– Lo sé, pero gastar mucho dinero en una niña de cinco años no tiene mucho sentido.

– No es una cuestión de dinero, Sam. Lo que queremos es que Gabriela tenga un buen recuerdo de su quinto cumpleaños.

Sam lo sabía, pero le costaba gastar dinero sin límites. Nunca le había sobrado dinero. Ser prudente siempre había sido una necesidad y sería difícil romper con esa costumbre.

– ¿No te importa que organice una gran fiesta para Gabriela?

– Me decepcionarías si no lo hicieras. Ha pasado un año muy difícil. Quiero que tenga un cumpleaños inolvidable.

– ¿Con payasos, artistas, perros adiestrados y todas esas cosas?

– Y acróbatas, malabaristas, magos. No repares en gastos.

– ¿Y elefantes?

Carlo agarró a Sam de los brazos y la besó hasta que se derritió de placer.

– Nada de elefantes ni tigres.

Se agachó otra vez para besarla. El beso dulce y tierno no tardó mucho en convertirse en un deseo ardiente y explosivo.

Capítulo 12

Sam contrató a un organizador de fiestas con el que el chef Sacchi había trabajado cuando era jefe de pastelería en La Palme d'Or en Cannes, y después de que el organizador visitara la villa y viera el espacio destinado a la fiesta, prometió que podría crear algo que asombrara a niños y adultos por igual.

—Haremos nuestro propio festival de circo, ¿verdad? —comentó el joven—. Una carpa, un tendido, una alfombra roja y, por supuesto, los números del circo.

—Mi marido tiene sólo dos condiciones —dijo Sam—. Nada de elefantes, porque estropearían los jardines, y nada de tigres. Si uno se escapara, sabe que los vecinos se quejarían.

—Oh, sí, un marido sabio —dijo el joven, pensativo—. Quizá pueda conseguirle un elefante pequeño, para que no estropee las flores.

—Lo siento —dijo Sam—. Carlo lo dejó muy claro. Nada de elefantes, aunque creo que a los niños les encantaría que hubiera ponis.

Dos días después, comenzaron a llegar los camiones y los diversos trabajadores se pusieron a trabajar en la carpa del circo y los asientos. Colocaron luces dentro y fuera de la carpa, donde colgaron un cartel de color azul con letras doradas escritas a mano. Festival du Cirque Gabriela, rezaba el cartel, y en el centro un enorme cinco de color dorado.

El organizador de fiestas no se olvidó de nada. Hizo colocar puestos de comida para poder ofrecer a los invitados todo tipo de viandas, desde algodón dulce hasta sándwiches de queso. Contrató también a seis de los mejores payasos de Europa e incluso alquiló un pequeño tióvivo en el que los niños podrían montarse.

La fiesta fue un completo éxito.

Hubo acróbatas, trapecistas, caballos austriacos blancos y bailarinas españolas. Los payasos se perseguían los unos a los otros, iban de un lado para otro con sus coches en miniatura, se tiraban agua a la cara y trataban de hacer que los cerdos bailaran y los perros hablaran. Para cuando el maestro de ceremonias reapareció al final del espectáculo para dar las gracias a los niños por asistir y para invitarlos a ir al centro de la carpa a comer pastel, Gabby se quedó sin palabras de la emoción.

Media hora después de que se hubiera acabado la tarta, apenas quedaba nadie y los empleados de la limpieza comenzaron a desmontar la tienda.

—Me ha encantado mi circo —dijo Gabby.

—Ha sido una fiesta estupenda —convino Sam.

Gabby bostezó mientras asentía y se apoyó contra la pierna de Sam. Carlo también vio el bostezo, así que se acercó, tomó a la niña en brazos y se dirigió hacia la casa, pero no antes de que Sam lo viera poner cara de dolor otra vez.

—Puedo llevarla yo —dijo Sam.

—Ya la llevo yo —dijo Carlo dirigiéndole una fría mirada.

Se dirigieron hacia la villa. Gabby tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Carlo y los ojos medio cerrados. Carlo no parecía caminar más despacio que de costumbre, aunque se veía que cargaba más el peso sobre la pierna izquierda. Pero Sam no le dijo nada al respecto, pues sabía que le molestaría. Gabby se quedó dormida pronto aquella noche y Sam y Carlo cenaron en su habitación. Después vieron las noticias desde la cama.

Cuando comenzaron las noticias locales y pasaron de la economía a los deportes, el presentador anunció una trágica pérdida para el mundo del deporte. Nils Hiukka, el dos veces ganador del Indianápolis 500 había muerto en Phoenix, Arizona, aquella mañana, después de que se le reventara un neumático en una carrera de entrenamiento, haciendo que se estrellara contra un muro de cemento.

Carlo agarró el mando a distancia y apagó la televisión a toda velocidad.

— ¿Lo conocías? — pregunto Sam.

— Sí.

Sam esperó a que dijera más, pero no lo hizo. Simplemente se levantó, se dirigió al baño, donde se quitó la ropa, y se metió en la ducha.

Sam ya estaba metida en la cama con las luces apagadas cuando él regresó. Sintió cómo se metía en la cama tras ella y cómo la acercaba a su cuerpo inmediatamente.

— Estás disgustado — murmuró ella.

— Fue un compañero de mi equipo.

— Carlo — dijo ella dándose la vuelta entre sus brazos —. ¿Cuándo estuvisteis en el mismo equipo?

— Hace diez años. Antes de que yo me fuera a Italia Motors.

Carlo se quedó callado y Sam deseó que volviera a hablar para seguir contándole más cosas, pero no lo hizo. Permaneció en silencio, tenso, completamente distinto al Carlo que ella había llegado a conocer.

Tras varios minutos, Sam se incorporó y le tocó los labios con los dedos. Era tan guapo... Adoraba aquella cara y jamás se cansaría de mirarla.

— ¿En qué estás pensando? — preguntó ella suavemente.

— En mi padre — dijo Carlo girando la cabeza para mirarla —. A él le caía bien Nils, pero solía decir que su entusiasmo mandaba por encima de su buen juicio.

— ¿Nils era un temerario?

— Sus tácticas bordeaban la temeridad, sí.

— ¿Qué tipo de piloto era tu padre?

— Brillante — dijo Carlo sin dudar —. Sé que no sabes nada sobre carreras, pero mi padre era uno de los mejores pilotos de todos los tiempos. Hace menos de diez años ganó trece Grand Prix en un año. Australia, Malasia, San Marino, España,

Estados Unidos, Mónaco... Antes de morir ganó cuatro campeonatos internacionales. Sólo Juan Manuel Fangio, de Argentina, ganó más, y eso fue en los años cincuenta.

– Tu padre parece haber sido un gran hombre – dijo ella.

– La gente siempre quiso saber su secreto, pero no había secreto para su éxito. Era simplemente él. Su personalidad. Tras el volante siempre era frío, calmado. Pero era increíblemente fuerte. Ganaba porque no se cansaba ni física ni mentalmente.

Sam se deslizó sobre el torso de Cristina, le dio un beso en la barbilla y luego en los labios.

– ¿Él te enseñó a conducir?

– Sí – contestó él con una leve sonrisa –. Es curioso. Como conductor era frío y calmado, pero como padre tenía poca paciencia. Se indignaba ante cualquier cosa que lo apartara de la pista.

– Debió de viajar mucho.

– Vivía para correr. Tampoco le importaba lo que conducía. Conducía cualquier coche; Corvettes, Ferraris...

– ¿Alguna vez fuiste con él en sus viajes?

– No. Mis padres se divorciaron cuando yo era joven, de modo que me enviaron a un internado. Lo odiaba. Lo único que quería hacer era conducir. Mi sueño era poder correr algún día con mi padre, formar parte de su equipo. Entonces, cuando cumplí los veintiséis, gané el GP de Francia e Italia Motors, el equipo de mi padre, me fichó.

– Debió de ser muy emocionante.

– Fue increíble. Pero, claro, no pude correr con él al principio. Yo era el tercero del equipo, lo que significaba que tendría que esperar mucho a que llegara mi turno. Odiaba quedarme sentado sin hacer nada. Pero un año después, aquí, en Mónaco para el Grand Prix, el segundo conductor sufrió una lesión y eso me abrió las puertas a mí. Yo quedé segundo aquel día, mi padre primero, y ya nunca más tuve que sentarme como sustituto.

– ¿Así que os ayudasteis a ganar el uno al otro?

– Los compañeros de equipo se preocupan los unos de los otros. Siento mucho que Gabby no lo haya conocido – añadió –. Debería haberlo conocido. A mi padre le habría encantado.

– Dijiste que murió meses antes de que ella naciera.

– Cuatro meses antes. En octubre. En el Grand Prix de Brasil.

Sam oyó el dolor en sus palabras y recordó la pena que había visto en sus ojos en Cheshire. Y no sólo pena, sino remordimiento.

– Cuéntamelo – dijo ella suavemente. – ¿Contarte el qué?

– Cuéntame lo que te duele.

– Ya sabes que me duelen la piernas.

– No estoy hablando de tus piernas. Hablo de otras cosas, del dolor que sientes dentro de ti.

Carlo levantó una mano y le acarició el pelo, jugueteando con sus rizos entre los dedos.

– Lo siento, bella. Los hombres no hablan de eso.

– ¿Por qué no?

– Porque no es... masculino.

Ella sonrió y se acercó más a su pecho, dejando que sus corazones latieran juntos.

– Tu padre murió en una carrera en Brasil.

– Sí.

– Y eso te da pena.

– Sí.

– Fue un accidente, ¿verdad?

– Sí.

Sam cerró los ojos y pudo sentir su dolor y casi tuvo miedo de tocarlo, miedo de estar tan cerca de alguien y de saber lo mucho que sufre.

Pero quería reconfortar a Carlo como él la había reconfortado a ella, y, sin embargo, no sabía qué decir, no comprendía el mundo de las carreras. Los coches le daban pánico. Eran peligrosos. Los accidentes de coche se habían llevado a tres personas que ella amaba.

– Me alegro de que ya no corras – dijo acariciándole el pecho –. Me alegro de que haya quedado atrás.

– No es así – dijo él agarrándole la mano –. Sigo corriendo. Nunca lo dejé.

– Pero llevas sin conducir...

– Estamos fuera de temporada, pero sigo conduciendo todos los días, Sam.

– Pensé que ibas a tu oficina.

– Sí, después de ir al circuito.

Sam trató de liberarse, pero él le agarró la muñeca con fuerza.

– No me lo habías dicho.

– No me lo habías preguntado.

– ¿Cómo iba a preguntar algo que no sabía?

– ¡Pero sabes quién soy! Sabes lo que hago. Así es como pago las facturas, Sam. Tengo patrocinadores, un equipo...

– Y también tienes una escuela internacional de conducción.

—Que es algo de lo que disfruto y de lo que estoy orgulloso, pero soy piloto. Adoro competir.

—¿Incluso aunque tu padre muriera compitiendo?

—Soy un Belluci, Sam —dijo él soltándole la muñeca y dejando que se apartara—. Siempre seré un Belluci. —¿Y qué significa eso?

—Significa que me gusta conducir deprisa. Los coches, los motores, la velocidad, lo llevo en la sangre. Y Gabriela también lo lleva en la sangre. Somos de la misma...

—No.

—Sí, y puede que no te guste, pero tendrás que aceptarlo. Yo no soy Charles. Yo nunca he querido servir a los demás. Lo único que siempre he querido hacer es correr. Y ya está.

—Y estar en el equipo de tu padre.

—Y lo estoy.

—¿Incluso aunque él haya muerto?

—Sigo pudiendo llevar su apellido.

—¡No si mueres en algún accidente!

—Ya he estado a punto de morir en un accidente, pero no voy a dejarlo. Nunca lo dejaré.

—No tendrás que dejarlo. ¡Morirás antes! —exclamó Sam antes de abandonar el dormitorio, recogiendo su ropa de camino a la puerta.

Acabó durmiendo en una de las habitaciones para invitados, aunque realmente no se quedó dormida hasta las tres. Era tarde cuando se despertó, y la villa estaba en silencio.

Bajó y se encontró a Marcelle en la cocina.

—¿Dónde está Gabby? —preguntó Sam preparando la tetera.

—Con el señor Belluci.

—¿Están en el jardín?

—No, señora. Están en Automobile Monegasque, pero deberían estar de vuelta en una hora para la comida. —¿Qué es Automobile Monegasque?

—El circuito, señora.

—¿Circuito?

—Donde practica el señor —dijo Marcelle—. Donde conduce.

—Sí, lo entiendo —pero no era cierto. Sam no entendía por qué Carlo estaba allí en ese momento, un domingo por la mañana, con Gabby—. Es sólo que... —tragó saliva y se ahorró el comentario—. ¿Y el circuito está muy lejos de aquí?

—No, señora. A cuarto de hora en coche.

— ¿Puede llevarme allí?

Fue el trayecto de quince minutos más largo de su vida. Cuando llegaron, Marcelle la condujo a través de la entrada privada reservada para pilotos y personal, la acompañó hasta la pista y señaló un coche blanco que pasaba.

— Allí están — dijo Marcelle—. Ése es un coche de Italia Motors, lo sabrá gracias a la insignia y al número. Ése es el número del señor.

— ¿Pero dónde está Gabriela? — preguntó Sam preocupada—. ¿Quién está con ella?

— Oh, señora, no se preocupe. Está con el señor.

— ¿Con Carlo?

— Sí, señora. En el coche.

Tal vez pasaran sólo cinco minutos hasta que Carlo detuvo el coche y dejó salir a la niña, pero a Sam le pareció una eternidad.

Con el corazón en la garganta, vio cómo se aproximaban los dos. ¿Cómo podía él hacer eso? ¿Cómo podía ser tan estúpido? ¿Tan egoísta? ¿Cómo podía meter a la niña en un coche con él?

Sam abrazó a la niña con fuerza cuando estuvieron cerca y luego miró a Carlo.

— ¿Cómo has podido hacer algo así?

— Sólo la he llevado a dar una vuelta.

— ¡Pero no a trescientos kilómetros por hora!

— No iba a trescientos. Ni siquiera iba a ciento cincuenta.

— ¿Dónde iba sentada? — preguntó Sam sintiendo que iban a fallarle las piernas.

— En mi regazo.

— En tu regazo.

— Me estaba enseñando a conducir — dijo la niña mirando a Sam.

Sam quería reírse, se sentía casi histérica.

— Oh, es genial. Gabby cumplió cinco años ayer y ya es hora de enseñarle a conducir, ¿no?

— No es la primera vez, Sam — contestó la niña con seriedad—. Me gusta conducir.

— ¿No es la primera vez? — preguntó Sam, se agachó y miró a la niña—. ¿Qué quieres decir con que no es la primera vez?

— Que no lo es. A veces vengo aquí con Carlo antes de ir al cole.

— No.

— Sam — dijo Carlo—. No la metamos a ella en esto.

— ¿Meterla en esto? Carlo, tú ya la has metido en esto. Has estado trayéndola a la pista en secreto...

— No ha sido en secreto. Yo no me ando con secretos.

— Es mi vida. Es lo que hago.

— ¡Pero si es una niña! — Sam no podía creérselo, no podía aceptarlo—. Carlo, has ido demasiado lejos. Te has comportado temerariamente, sin pensar.

— Marcelle — le dijo Carlo a la joven, que estaba de pie junto a una pared—. ¿Puedes llevarte a Gabby a casa a comer?

— Sin problema, señor — dijo Marcelle apresurándose hacia ellos.

Sam esperó a que Marcelle y Gabby desaparecieran para continuar.

— Puedes correr todos los riesgos que quieras en tu vida, pero no hagas que ella los corra.

— Soy muy cuidadoso con ella. No conduzco deprisa cuando ella está en el coche, pero conducir, correr, es parte de ella, Sam, parte de lo que ella es, de lo que era su padre, de lo que es su hermano.

— Ya no. No puedes seguir trayéndola aquí. No puedes meterla en el coche...

— He pasado cinco años tratando de recuperarla.

— Parece que no lo has intentado lo suficiente. ¿Dónde estabas cuando nació? ¿Dónde estabas cuando cumplió un año?

— Estaba en un hospital, Sam. Estaba herido, aprendiendo a caminar de nuevo. Y sí, fue por un accidente de coche. Y sí, fue un accidente de coche lo que mató a mi padre, pero pienso seguir en esto.

— ¿Cómo puedes decir eso? Podrías morir dentro de dos semanas en Australia, y si no en Australia, en Malasia.

— No puedes cambiarme, Sam. Puedes aceptarme, pero no puedes cambiarme.

— No puedo aceptarte. No puedo aceptar que arriesgues cualquier cosa, a mí, a Gabby, tu futuro, todo por un deporte.

— No es un deporte, es mi carrera.

— Tu carrera.

— ¿Y cómo de fuertes son tus sentimientos con esto, Sam?

Sam estaba demasiado triste, demasiado furiosa como para llorar. Todo se reducía a eso. Las preocupaciones, los miedos, la ansiedad que había estado creciendo en su interior desde que descubriera a qué se dedicaba Carlo, pero todo estaba a punto de explotar.

— No voy a... no puedo...

— ¿No puedes qué? — preguntó él.

— Hacer esto.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

- ¿Hacer qué? ¿Vivir conmigo? ¿Quererme? ¿Aceptarme? ¿Qué?
- Todo.

Capítulo 13

Carlo se quedó mirándola, escuchando las palabras que decía, pero incapaz de creerlas.

— ¿Sabes lo que estás diciendo, Sam?

— Sé que no puedo vivir preocupándome por ti cada vez que te pones al volante.

— Entonces no te preocupes. Llevo conduciendo desde que tenía once años. Gané mi primera carrera de karts a los trece. Sam, he cometido errores, algunos con los que tendré que vivir por siempre, pero no soy un temerario.

— ¿Por qué Gabby nunca me había dicho que la traías aquí? Gabby me lo cuenta todo. ¿Por qué no me contó esto?

— Le pedí que no te lo dijera.

— ¿Por qué?

— Porque le dije que te daban miedo los coches y que quizá te asustaras, y yo no quería disgustarte.

— Y decirle a una niña de cinco años que enmascarara la verdad, es decir, que me mintiera, no me iba a disgustar, ¿no?

El también estaba furioso. Furioso y cansado. Apenas había dormido la noche anterior y no quería pelear. Odiaba las peleas. Lo único que quería hacer era arreglar las cosas.

— Pensaba que tu miedo era irracional — dijo finalmente.

— ¿Irracional? — preguntó Sam apretando la mandíbula—. He perdido a todos los que quería en accidentes de coche, ¿y tienes el descaro de decirme que es irracional?

— Yo no soy tus padres, no soy Charles.

— ¡Carlo! ¿Te has mirado las piernas? ¿Has visto lo que te ha pasado por correr? ¿Cómo puedes pensar que has escapado indemne?

— Soy consciente del riesgo y del precio que pagamos. Pero lo he aceptado y lo he encarado, y si quieres tener una vida conmigo, también tú tendrás que encarar eso.

— No — dijo ella sintiendo cómo las lágrimas inundaban sus ojos—. No tengo que encararlo. No pienso encararlo. Te quiero, pero no puedo vivir así. Me destruirá.

— Porque estás dejando que te destruya. Elige otra cosa...

— ¿Y por qué no eliges tú otra cosa? ¿Por qué no te comprometes? ¿Por qué debería ser yo la que cambie?

— Porque esto es lo que más me gusta hacer en el mundo.

Y con eso lo había dicho todo, pensaba Sam. Le gustaban los coches más que nada en el mundo. Adoraba el peligro y la adrenalina. Adoraba competir y le encantaba ganar.

Pero también debía comprender cómo se sentía ella, lo asustada que estaba de perderlo. Tenía que comprender que la vida sería insoportable para ella y para Gabby si algo le ocurriese.

—Lo siento, Carlo —dijo Sam sin permitir que las lágrimas le cayeran por las mejillas. No comprendía aquella emoción, no comprendía qué era lo que la hacía sentirse tan furiosa. ¿Sería amor? ¿Odio? ¿Sería otra cosa?—. Perdí a mis padres en un accidente de coche, a Charles en un accidente de coche, y no voy a perderte a ti también. No de ese modo.

—No, me perderás de otra manera.

—No quiero perderte.

—Sam, empiezo a pensar que ni siquiera sabes quién soy.

—Sé quien eres.

—Entonces sabes lo que hago.

—¿Cómo puedes querer más a tu trabajo que a...?

—No vayas por ahí. No puedes decir eso. No te lo permitiré.

Quizá no quisiera más a su trabajo, pero sí que adoraba el peligro. Vivía para sentir el torrente de adrenalina. Buscaba el riesgo, la emoción. Le gustaba rozar los límites constantemente.

Quería ser genial. Quería ser famoso. Quería ser como su padre. Pero los hombres se hacían famosos de dos maneras: o hacían algo que desafiara a la muerte, o morían. Las dos eran arriesgadas. De cualquier manera, aquéllos que los amasen sufrirían. Y Sam no quería sufrir más. No quería preocuparse ni tener miedo. No quería irse a la cama sola, o despertarse sola, y echar de menos a alguien. Estaba harta de eso.

La vida tenía que ser más fácil.

—No dejaré de correr, Sam —dijo él—. No lo dejaré ni por ti ni por nadie. Si te importo, tendrás que aceptarme como soy, no por quien quieras que sea.

—Bien. No dejes de correr. Pero no pienso ir a otro funeral, y en tu deporte... profesión, la gente muere. Quizá no en todas las carreras, pero sí todos los años, y no son hombres mayores, Carlo. Son jóvenes. Tienen veinticuatro, veintisiete, treinta... Son padres, hermanos, maridos, amantes. Son hombres como tú.

—Sam, todo implica un riesgo.

Sam lo miró con desaprobación. Había riesgos y riesgos. Era un hombre listo. Tenía que conocer la diferencia.

—Te llevaré de vuelta —dijo él.

Ella asintió sin decir palabra y respiró profundamente mientras caminaba a su lado hacia el coche.

Condujeron en silencio hacia Cap Ferrat. Cuando cruzaron las verjas de hierro de la villa, ella lo miró. Tenía la mandíbula apretada. Una vez frente a la casa, aparcó el coche, pero no apagó el motor.

— ¿No vas a entrar?

— No.

— ¿Qué vas a hacer?

— Regresar a Montecarlo.

Sam se tragó el nudo que sentía en la garganta, se frotó las manos y dijo:

— ¿Cuándo te volveré a ver?

— Tendremos que hacer los preparativos con respecto a Gabby. No pienso perderla ni renunciar a ella. Tendremos que compartirla.

— No.

— Sí. Sam, las cosas van a cambiar, pero tenemos que hacer lo que sea mejor para Gabby.

— ¿Y qué es lo mejor para Gabby?

— Nosotros dos. Lo que significa que pasará parte de cada semana contigo y parte conmigo. Cuando yo esté de viaje, se quedará contigo, claro.

— Siempre podríamos pasar tiempo con ella los dos juntos.

— No nos veo haciendo cosas juntos. No quiero intentar hacer cosas juntos. No si se ha acabado. Lo he intentado, Sam. De verdad que lo he intentado.

Sam abrió la puerta del coche y salió. Aquello era una locura, una absoluta locura. Un día antes había sido el cumpleaños de Gabby. Sólo que un día antes todo parecía maravilloso. Mágico.

— Necesitaré un sitio donde estar en Montecarlo cuando esté allí con Gabby — dijo ella —. ¿Sigue disponible la villa de Johann?

— Ese lugar es un vertedero.

— No me importa.

— A mí sí. No quiero que Gabriela esté allí.

Sam cerró los ojos, preguntándose cómo demonios iba a explicarle todo eso a Gabby.

— ¿Qué le decimos, Carlo? — preguntó secándose las lágrimas con la mano —. Ella te quiere, y me quiere a mí, y adora la idea de que estemos juntos.

— Yo también adoraba esa idea — dijo poniéndose las gafas de sol —. Quédate en la villa por ahora. Cuando me marche a Australia, Gabby y tú podréis quedaros con el ático. Ya me buscaré un sitio.

– ¿Y qué le diré cuando estés fuera viajando durante semanas?

– Dile lo que le dicen a sus hijos los padres que tienen que viajar por negocios. Que estoy trabajando – contestó Carlo antes de alejarse conduciendo.

Los primeros días después de que Carlo se marchara, fueron irreales, duros y solitarios.

Pero él no llamó, y realmente parecía que estaba haciendo todo lo posible por hacer que todo acabara.

Pasaron las semanas, lentamente, muy lentamente hasta que transcurrió un mes desde que Carlo se fuera, y para finales de marzo, Sam se sentía como una muerta viviente.

No podía creer que le hubiese dado a Carlo un ultimátum. Y lo peor era que no podía creer que lo hubiera aceptado.

Qué tonta había sido. No sólo por darle un ultimátum, sino por echarlo de menos tanto como lo hacía. Porque incluso entonces, a finales de marzo, seguía esperando a que apareciese su coche deportivo de Italia Motors, o a que sonara el teléfono y fuera Carlo.

Pero no la había llamado. Enviaba mensajes, meros correos electrónicos, y se enteraba de cosas mediante conversaciones con Marcelle que, de algún modo, había pasado a ser la nueva niñera de Gabby.

Era Marcelle la que la llevaba a las fiestas a las que la gente comenzaba a invitarla al saber que la pequeña Gabriela era en realidad Gabriela Belluci.

Era Marcelle la que ponía al corriente a Carlo sobre los progresos de Gabby en la escuela.

Tal vez Sam le reprochara a Carlo el haberla sacado completamente de su vida, pero admiraba la devoción que sentía por Gabby. La llamaba a diario, sin importar que estuviera de viaje. Hacía tres semanas la había llamado desde Australia. Diez días antes desde Malasia. Y ahora desde Bahrein.

Le iba bien en las carreras. Había quedado primero en Australia, tercero en Malasia y primero otra vez en Bahrein. Tal vez Sam tuviera el corazón roto, pero a él parecía irle de maravilla.

Poco después de una semana, Carlo estaba de vuelta en la ciudad. Esperaba verlo, incluso tener la oportunidad de hablar con él cuando recogiera a Gabby para el fin de semana, pero ni siquiera supo que había estado en la villa hasta que vio a Marcelle llevando a Gabby al coche.

Carlo no se quedó. Arrancó en cuanto Gabriela estuvo sentada, y Sam observó cómo las dos personas que más quería desaparecían a lo lejos para pasar el fin de semana juntos.

Sam trató de distraerse aquel fin de semana dando paseos hasta el mar, paseos al pueblo, visitando el museo.

Pero los paseos no hicieron que dejara de pensar ni de sentir.

Sam amaba a Carlo. Lo echaba tanto de menos que se sentía rota por dentro. Pero no era sólo una cosa la que echaba de menos. Era todo.

Echaba de menos el modo en que hablaban por la noche con la televisión muy baja.

Echaba de menos el modo en que se sonreían el uno al otro por encima de la cabeza de Gabby cuando decía algo gracioso.

Echaba de menos su voz sexy y su risa profunda. Echaba de menos el modo en que la tocaba. Echaba de menos el modo en que la abrazaba. Echaba de menos hacer el amor.

Echaba de menos la vida que había tenido con él, aunque hubiese sido corta.

Por fin llegó el domingo por la tarde. Gabby regresaría a la hora de la cena. Para pasar el rato, Sam se entretuvo en ordenar la habitación de la niña, reorganizando sus juguetes y después, como no tenía nada más que hacer, se dirigió al jardín.

Pasó las fuentes hasta llegar a la piscina.

Se sentó en una de las tumbonas y se quedó mirando al océano. El mar seguía siendo hermoso allí. No pensaba que pudiese cansarse nunca de mirarlo. Y siempre y cuando se concentrase en la marea, estaría bien. Pero en cuanto perdía la concentración y se permitía pensar, perdía la calma.

Amaba a Carlo.

Y con sólo eso, los ojos se le llenaban de lágrimas.

Amaba a Carlo, pero él quería cosas distintas. Quería gloria y ella quería seguridad. Una familia. Paz.

Cerró los ojos. No iba a permitirse llorar. Había llorado demasiado en el último mes. Se dijo a sí misma que Carlo no estaba muerto, simplemente estaba lejos.

Y regresaría. Lo haría. Tenía que hacerlo.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol estaba más bajo en el cielo y una ligera manta cubría sus hombros. Parpadeó desorientada. Se dio la vuelta, miró hacia arriba y vio a Carlo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó incorporándose a toda velocidad.

— He traído a Gabby.

— ¿Qué hora es?

— Casi las seis.

— ¿Las seis? ¿Tan tarde?

— Has estado dormida desde que llegué, y nosotros llegamos hace un par de horas.

— ¿Dónde está Gabby? — preguntó Sam entreteniéndose en doblar la manta.

— Jugando en su cuarto.

Era todo muy extraño. Había pasado semanas sin verlo ni hablar con él y, sin embargo, allí estaban, teniendo una conversación como si fuera lo más normal del mundo.

El hecho de que pudieran tener una conversación normal hacía que todo fuese mucho peor.

No había razón para que no estuvieran juntos. No había ninguna razón.

Aparte del hecho de que Sam temiese perderlo en un accidente y de que él se negara a darse cuenta de lo doloroso que sería perderlo.

—Felicidades por la victoria en Bahrein —dijo sujetando la manta con fuerza. Desde que se habían dicho adiós sus emociones eran muy conflictivas.

Algunas personas estaban bien juntas.

Algunas personas encajaban.

Y salvo por la peligrosa profesión de Carlo, a ella le parecía que ellos dos encajaban.

—Gracias —respondió él—. ¿Qué tal va todo?

—Bien —mintió Sam.

—¿Estás bien?

Ella asintió, sin confiar en que pudiera hablar sin que le temblara la voz.

—Pareces cansada.

Sam comenzó a andar hacia la casa y él la siguió.

—No duermo bien —dijo ella—. Pero probablemente sea por todos estos cambios.

—El chef Sacchi dice que ya no comes nada de lo que prepara.

—Sí como.

—A mí no me parece que comas. Has perdido peso, y ya estabas delgada antes. No puedo dejar que te mueras de hambre. No es un buen ejemplo para Gabby.

—No estoy muriéndome de hambre. ¿De acuerdo? —puede que él fuese capaz de comer, ¿pero cómo iba a comer ella si sentía como si tuviera el corazón en la boca constantemente?

Llegaron a la casa y Carlo se detuvo.

—Quería hablarte sobre los planes de verano de Gabby —hizo una pausa antes de continuar—. Las vacaciones del colegio se acercan y me gustaría que viniera conmigo al Grand Prix de Estados Unidos en junio.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Sam.

—De dos a tres semanas.

—Es un viaje muy largo.

—Sería una gran oportunidad para que viese mundo, y ya conoces a Gabby. Le encantará. Es tan curiosa...

—¿Competirás?

—Sí.

—¿Entonces cómo...?

—Marcelle estará allí.

—¿Marcelle se va a Estados Unidos contigo?

—Sam, Gabby sólo tiene cinco años. Necesita que alguien cuide de ella. Lo siento. Eso ya lo sabes. Has pasado más tiempo con ella que nadie. Eras su niñera.

Era su niñera. Eso sí que era dejarle las cosas claras. Ni esposa, ni madre, ni amiga, ni amante. Sólo la niñera. De vuelta a ser una empleada.

Sam se habría reído de no ser por lo mucho que le dolía, aunque él tuviese razón. No era más que la niñera. Pero eso no significaba que no quisiera estar en el lugar de Marcelle, porque Sam quería ir a Estados Unidos, quería estar en el circuito y ver a Carlo competir.

—Dile a Gabby adiós de mi parte —dijo él sacando las llaves del coche—. Quería que me quedase a cenar, pero no es una buena idea.

—Eres bien recibido.

—No. Eso sólo conseguirá que la niña se haga ilusiones. Hará que desee algo que no va a suceder.

—¿Qué es lo que no va a suceder?

—Esto —señaló hacia la casa, hacia ella, hacia la puesta de sol—. Lo que fue. Lo que fuimos.

Estaba claro. Se había acabado. No habría vuelta atrás ni segundas oportunidades.

Bordearon la casa en silencio hasta llegar a donde Carlo tenía aparcado el coche. Abrió la puerta del conductor, pero no entró. Simplemente se cruzó de brazos y la miró.

—Espero que algún día encuentres aquello que estás buscando.

—Puede que no lo creas —dijo ella—, pero te estaba buscando a ti.

—Estabas buscando una versión más segura de mí, pero no a mí, porque si fuera a mí, aún seguiríamos juntos.

—¿Por qué no puedes darte cuenta de que eres tan valioso que ninguna mujer querría perderte? ¿Por qué no puedes ver que no es egoísmo, sino amor?

—Entonces es un amor muy controlador, y no quiero que me controlen. Quiero que me acepten. Que no es lo mismo —se subió al coche y cerró la puerta—. Y tú no eres la única que tiene miedo, Sam. El amor da miedo, y es arriesgado... para todos. Bella, tienes que vivir mientras estés viva.

Capítulo 14

Sonó el teléfono y Sam se estiró en su cama para contestar. Probablemente sería otra llamada para Gabby de alguna de sus amigas. Con un padre famoso ganando carreras a todas horas, Gabriela Grace Belluci se había convertido en la niña más popular de toda la costa azul.

– ¿Sí? – preguntó Sam quitándole el volumen a la tele.

– Sam.

Carlo. No habían hablado durante semanas.

– Hola.

– ¿Tienes un minuto?

– Sí. Gabby ya se ha ido a dormir.

El silencio se alargó entre ellos. Un silencio en el que Sam deseó escuchar sus palabras diciéndole que aún la amaba, que todo iba a salir bien porque ella quería que saliese bien.

– ¿Tienes abogado? – preguntó él finalmente.

– ¿Abogado?

– Que te represente.

– ¿Necesito uno?

– Deberías. De ese modo estarás protegida. Tendrás a alguien que mire por tus intereses.

«Y pensé que ése serías tú, que mirarías por mis intereses durante el resto de la vida», pensó ella.

– Si necesitas algunos nombres...

– ¿Vas a ayudarme a encontrar un abogado para nuestro divorcio?

– No quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti.

– Nunca te has aprovechado de mí antes. No lo ibas a hacer ahora.

– Cuando se acaba, Sam, se acaba.

– No sé lo que se supone que debe significar eso.

– Se supone que, si quieres algo, consíguelo ahora. ¿Conseguir? ¿El qué?

– ¿Y qué crees que quiero conseguir?

– Tu parte del pastel.

– ¡Nunca me ha importado tu dinero! Lo sabes, Carlo.

– Te mereces algo de seguridad, Sam. Consíguela.

– Me aseguraré de que mi ayudante te envíe las referencias. Son nombres de gente en la que puedes confiar...

– Carlo – dijo ella con urgencia, siendo incapaz de no interrumpir –. ¿Es que tiene que ser así?

– Prometí que siempre cuidaría de ti, del modo en que tú cuidaste de Gabriela.

– Lo siento – dijo ella con voz temblorosa mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas –. Carlo, lo siento mucho.

– Yo también – dijo él con voz fría como el hielo –. Puedes quedarte con la villa y con el ático en Montecarlo. Veinte mil al mes de manutención. Veinte mil para la pensión de la niña. ¿Te parece justo? Recibirás los primeros papeles a finales de semana. Haz que tu abogado los lea y me los reenvíe. ¿Alguna pregunta?

– No.

– Sam, no quiero que esto se alargue. Eso confundiría a Gabriela, aparte de hacerle daño.

– Lo entiendo.

– Tampoco quiero que esto aparezca en las noticias.

– Nunca iría a la prensa.

– Bien. Entonces creo que ya está.

Debió de decir adiós en algún momento, porque de pronto Sam oyó un clic y ya había colgado.

Dejó el auricular en su sitio lentamente y se tumbó boca abajo sobre la cama, con la cabeza oculta tras su brazo.

Antes, había sentido pánico al pensar que no podría soportar perderlo, que no podría contemplar la vida sin él.

Y lo había perdido.

Pero no se estaba muriendo. Se estaba divorciando de ella.

Lo cual en algunos aspectos era aún peor, porque sí tenían otra opción, sí podían encontrar la manera de solucionar sus diferencias. Sobre todo habiendo existido tantas cosas buenas entre ellos, tantas cosas que valía la pena guardar.

Cosas por las que valía la pena luchar.

Él no había luchado por ello, por ellos, por su relación. Pero ella tampoco.

Era lo más extraño de todo. Entonces abrió los ojos, levantó la cabeza y se incorporó rápidamente. Ella no había luchado por ellos en absoluto. ¿Por qué no?

Sam abandonó la cama, se dirigió al balcón y salió fuera.

No había luchado. No tenía sentido. Sam adoraba a Gabby porque era una niña vivaz, con coraje. Admiraba a Carlo por su fuerza, no sólo su fuerza física, sino la fuerza mental necesaria para recuperarse del accidente. Tanto Gabby como Carlo eran duros, valientes. Eran luchadores. Y Sam quería eso. Quería su coraje y su fuerza.

Se inclinó sobre la barandilla del balcón contemplando el mar oscuro y pensó en todos los desafíos a los que se había enfrentado en su vida. Había aprendido. Había cambiado y se había adaptado.

Podría hacerlo de nuevo.

Podría aprender a ser fuerte, a enfrentarse a sus miedos, a aceptar el riesgo.

Podría ser valiente y fuerte. Podría enfrentarse al peligro.

Sólo le faltaba encontrar una buena armadura, porque la iba a necesitar.

Cuatro días más tarde, Sam estaba sentada en el coche de Marcelle junto a Automobile Monegasque, el circuito que la escuela de conducción Belluci utilizaba para la sección europea.

—Marcelle, no puedes decírselo a nadie —dijo Sam—. Nadie puede enterarse por si fracaso estrepitosamente.

—No fracasará, y yo no se lo diré a nadie —dijo Marcelle, que la había acompañado a su primer día de un curso de una semana de duración para preparar a pilotos de carreras—. Simplemente, páseselo bien.

Sam salió del coche y miró el pequeño edificio que tenía enfrente. Allí estaba. Iba a ir a la escuela. Ese día había un curso para recordar las nociones básicas llamado Conducción de alto rendimiento. Al día siguiente tendría una introducción a las carreras, y al final de la semana podría correr en el circuito en un coche de Fórmula 1.

Iba a ser la peor semana de su vida.

Estuvo muy nerviosa aquel día. Tan nerviosa que vomitó dos veces por la mañana y una por la tarde, pero consiguió superarlo.

El martes fue igual de duro.

El miércoles no muy malo. Casi disfrutó conduciendo un Corvette C5.

El jueves aprendió a cambiar neumáticos y el funcionamiento del motor.

El viernes era el día de la carrera y Sam vomitó de nuevo. Se miró en el espejo del baño y pensó: «todo lo que tienes que hacer es conducir. No tienes por qué ir deprisa. No tienes que ser brillante. Sólo tienes que dar la vuelta al circuito. Te irá bien».

Salió del baño, se subió la cremallera de su traje y se recogió el pelo con una coleta antes de reunirse con Rodney, su instructor, junto al coche.

—Pareces una chica feliz —dijo Rodney.

—No trates de tomarme el pelo hoy, Rodney.

—Yo también estaré ahí en un coche. Sígueme, mantente cerca, toma bien las curvas y pásalo bien.

Aquello no iba a ser divertido, pero lo haría de todos modos. Iba a mirar al miedo a la cara y demostrar de una vez por todas que el miedo no la dominaba, sino que era ella la que lo dominaba a él.

En la zona de boxes, Carlo miró su reloj por enésima vez. Eran las doce y veinte. A esa hora, el circuito debería estar despejado. Era su hora de entrenamiento, cuando probaba los diferentes coches.

– ¿Quién sigue ahí fuera? – le preguntó a uno del personal.

– Rodney – dijo el mecánico señalando hacia el coche amarillo.

– ¿Está dando una clase ahora? – preguntó al ver cómo un coche azul de Formula 1 lo seguía.

– Debería acabar pronto.

– Debería haber acabado hace veinte minutos – dijo Carlo poniéndose en pie –. Que alguien traiga la bandera. Vamos a sacarlo de ahí. Tengo trabajo que hacer.

– Claro, jefe – dijo el mecánico, y otro de los del equipo sacó una bandera roja y comenzó a agitarla.

Carlo se abrochó el mono y vio cómo Rodney aparcaba junto a él, seguido del coche del estudiante.

– Eh, ¿qué tal va todo? – preguntó Rodney al salir del coche.

– ¿Qué haces todavía en la pista? Las clases sólo son por las mañanas.

Rodney se encogió de hombros y dejó el casco en su coche.

– No he podido evitarlo. La chica necesitaba un poco de tiempo extra. Los nervios y todo eso. Tuvo un ataque de nervios al principio, pero creo que lo hemos superado. ¿Qué te parece?

– Bien, ¿por qué?

Rodney abrió la puerta del coche de su alumno y le hizo señales para que se quitara el casco.

– Ven a conocer al jefe – dijo.

Carlo dejó de escuchar nada más ver la coleta rubia bajo el casco.

– ¿Qué diablos ocurre? – preguntó furioso mientras se dirigía al coche en el que Sam estaba sentada.

– Sólo le estaba enseñando a conducir. Ha pagado por las clases – dijo Rodney –. Durante toda la semana.

Ha estado aquí todos los días durante todo el día.

– Gracias, Rodney – dijo Carlo –. Yo me ocupo.

– Tú eres el jefe – dijo Rodney mientras se alejaba.

– ¿Qué diablos estás haciendo aquí? – le preguntó Carlo a Sam cuando llegó hasta su coche.

– Aprendiendo a conducir.

– ¿Un coche de Fórmula 1?

– También he practicado con otros coches.

– Estos son difíciles de manejar, Sam. No son los típicos coches a los que te subes sin más.

– ¡Dímelo a mí! – exclamó Sam –. Nunca en mi vida había trabajado tan duro.

– Sam, esto es peligroso. Rodney es un buen conductor, un instructor excelente, pero... – se detuvo un instante –. ¿En qué estabas pensando al tomar clases tuyas?

– ¿Tuyas? ¿Qué quieres decir con eso? Rodney Sterling es uno de tus mejores instructores.

– Nunca te habría confiado a él. No le habría permitido llevarte al circuito ni una sola vez. Ni en un millón de años.

Sam comenzó a reírse. Tenía que estar bromeando. Aunque, a juzgar por su expresión, no parecía ser el caso.

– Carlo, ha sido un profesor magnífico. He aprendido mucho. Mira, estoy conduciendo. Estoy conduciendo un coche de Fórmula 1. Y sigo viva.

– Podría haberte ocurrido algo. Podrías haber perdido el control.

– Me he apuntado a las clases que tú diseñaste. He aprendido del mejor. He dado clases en aulas, clases en la pista. Llevo el traje protector y me he puesto el cinturón de seguridad. Estaba completamente a salvo.

– Nadie está nunca completamente a salvo.

– ¡Mira quién habla!

– Yo conozco los peligros, Sam.

– No confías en mí.

– No es una cuestión de confianza.

– Sí lo es. Crees que puedes correr riesgos enormes y sobrevivir a ellos. Y yo no puedo correr riesgos pequeños.

– No quiero que corras riesgos.

– La vida está llena de riesgos, Carlo. Los dos lo sabemos. ¿No fuiste tú el que me enseñó a desafiar a la vida?

– Tú odias los coches, bella.

– Lo sé – dijo ella tragando saliva –. Pero te quiero más de lo que odio los coches, así que decidí intentar encarar mis miedos y correr algunos riesgos.

Carlo le agarró la barbilla con la mano y se inclinó dentro del coche para besarla.

– Eran unos miedos muy significativos. Los miedos que te hicieron dejarme.

—No quiero perderte, Carlo. No quiero dejarte marchar, no sin pelear —dijo Sam con lágrimas en los ojos—. Por favor, dame la oportunidad de luchar por ti. Por favor, dame la opción.

—Bella, creo que lo has conseguido.

—Tienes que saber que te quiero. Os quiero a ti y a Gabby, y los dos sois mi familia. Haría cualquier cosa por mi familia, para que permaneciera unida. Por favor...

—Hecho.

—¿Hecho?

La sacó del coche y la apretó contra su cuerpo rodeándola con los brazos.

—Somos tuyos. Yo soy tuyo.

—Tú no crees en el amor.

—Mentí. Necesito tu amor.

—Lo tienes —dijo ella antes de besarlo—. Durante los próximos cincuenta años. En casa, en tu oficina, en el avión, en la pista...

—Quizá con la casa y el avión sea suficiente. No creo que pudiera concentrarme lo suficiente para ganar una carrera si tú estás en la pista.

—¿Y qué hay de la oficina?

—¿Y qué hay del cuarto de los niños que tenemos en casa? —preguntó él—. Quizá necesites un bebé que te mantenga ocupada dado lo independiente que se está volviendo Gabby.

—Podría acostumbrarme a la idea de un bebé.

—Y quizá dentro de un año o así, con un bebé en casa, no necesitaré viajar tanto.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. Estoy teniendo un año magnífico, pero al final de la temporada me voy a tomar algún tiempo libre y a concentrarme en la escuela durante un tiempo.

—¿Por qué?

—Estoy pensando en retirarme.

—¿Retirarte? ¿Ahora? ¿Ahora que estoy metiéndome en el mundo de las carreras?

—Justo lo que me temía —dijo él riéndose—. Antes de que me dé cuenta estarás acampando en la pista para conseguir los autógrafos de todos los pilotos.

—No creo que eso ocurra. No si te tengo en casa —dijo Sam antes de besarlo—. Simplemente regresa a casa y haz que seamos una familia otra vez. Eso es todo lo que quiero, todo lo que siempre querré. No quiero cosas materiales, ni fama, ni dinero. Sólo una familia.

—Nuestra familia.

— Exacto.

Fin